

Universidad Andina Simón Bolívar
Sede Ecuador
Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría en Literatura
Mención en Escritura Creativa

Mamá siempre sabe

Sebastian Andrés Monteverde Bravo
Tutor: Leonardo Pedro Valencia Assogna

Quito, 2026

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional		
	Reconocimiento de créditos de la obra	
	No comercial	
	Sin obras derivadas	
Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia		

Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Sebastian Andrés Monteverde Bravo, autor del trabajo intitulado “Mamá siempre sabe”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Literatura con mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

11 de febrero del 2026



Resumen

La escritura de *Mamá siempre sabe* surgió de la necesidad de explorar, desde la ficción, las implicaciones éticas y afectivas de un hecho real que conocí de cerca durante mi vida universitaria: un accidente de tránsito cuyas consecuencias reconfiguraron relaciones familiares, silencios sociales y zonas de culpa. La novela se construye desde el punto de vista de Carmulena de Guerra, una madre conservadora que, al descubrir que su hijo podría estar implicado en el atropellamiento de un joven desconocido, decide encubrirlo. En su afán por protegerlo, se transforma: manipula autoridades, oculta pruebas, soborna, y, sobre todo, se convence de que está haciendo lo correcto. Esta transformación se narra desde un tono serio, introspectivo y dramático, que contrasta con el tono irónico y ácido que atraviesa las escenas protagonizadas por personajes secundarios como policías, paramédicos, mecánicos y feligreses, donde la indolencia se muestra como parte estructural del tejido social.

La novela reflexiona sobre cómo la indiferencia se ha normalizado en instituciones públicas y espacios cotidianos, donde el dolor ajeno se vuelve trámite, y la tragedia, una costumbre más. En ese escenario, la figura de la madre emerge como un eje moral en disputa: una mujer que se sostiene entre la culpa, el deber materno y la necesidad de mantener el orden familiar. El relato propone una mirada crítica al privilegio, a la evasión de responsabilidades y a las grietas éticas que se abren cuando el afecto confronta la verdad.

La figura del herido, Hans, permanece como un espectro silencioso, y el relato deja abierta la posibilidad de que su caída haya sido voluntaria. Sin ofrecer certezas ni culpables explícitos, la novela desplaza el eje narrativo del crimen a sus consecuencias éticas.

Palabras clave: madre, indiferencia, humor, accidente, corrupción, familia, bien común

Para Pochi, Carmi, Pepe y Roma.

Agradecimientos

A Gonza por su paciencia, confianza y soporte incondicional. A Leonardo Valencia por su guía y acompañamiento. A Martín Solares por su generosidad.

Tabla de contenidos

Introducción.....	13
Mamá siempre sabe	27
El parte policial- Viernes 25 de octubre	29
Un desayuno entre apuros	37
Hacia el hospital	41
¡Ándate ya cabrón!	45
La identificación	49
Los Guerra son una familia de ingenieros	55
Niño con aroma a hombre	61
¿Qué pasó con el otro?.....	67
Un cigarrillo y el cuello ortopédico	75
Ocho Loco	79
Tengo ganas de verla – Lunes 4 de noviembre	85
La Eucaristía y la chompa de cuero - Domingo 27 de octubre.....	89
No por malicia, sino por hábito	99
Papás fritas y honey mustard	103
Las gotas pesan como piedras - Lunes 28 de octubre.....	107
Las mejillas pegadas al individual.....	111
La cafeína y los favores	113
El tufo acumulado - Viernes 1 noviembre.....	117
La llamada - miércoles 6 noviembre	125
Jueves 7 noviembre	133
Lista de referencias	139

Introducción

El primer borrador de *Mamá siempre sabe* empezó a escribirse hace varios años. En aquel momento surgió de un impulso genuino por escribir. Tanto la estructura y construcción se elaboró a partir de mi intuición creativa, sin contar con conocimientos teóricos sólidos sobre narrativa. Sin embargo, gracias al proceso de reescritura y las técnicas aprendidas a partir de la maestría, la novela ha tomado su forma y una nueva dimensión.

A lo largo de la formación y desarrollo de la novela, he podido revisar, reescribir y perfeccionar la obra aplicando criterios literarios, así como nuevas ideas que surgieron del diálogo con docentes y compañeros, y de las nuevas múltiples lecturas sugeridas. Este proceso ha sido fundamental para convertir aquella intuición inicial en una propuesta más sólida y consciente. Además, la retroalimentación recibida en el taller literario de novela dirigido por el escritor mexicano Martín Solares, donde también se ha trabajado el texto, y los textos de los otros compañeros y que cada lectura ha sido de gran valor para mi fortalecimiento como escritor y por ende para el relato presentado.

¿Dónde nace?

Mamá siempre sabe nace de una experiencia personal: el testimonio directo de un conocido involucrado en un accidente de tránsito al inicio de mi vida universitaria. Aunque no se trata de una crónica, el relato parte de ese punto de origen. A partir de recuerdos y percepciones, me propuse entender, procesar y abordar la historia desde la ficción. La novela reconstruye no solo un accidente en sí, sino también los hechos posteriores y las consecuencias emocionales que impactaron a varios de los que estuvieron involucrados. De esta manera, el proyecto combina una base testimonial con el desarrollo narrativo propio de la ficción literaria.

Al acompañar al involucrado del accidente, en este caso el conductor del vehículo, durante los acontecimientos posteriores al percance, quise explorar una incógnita vital para la historia: si el actuar de un progenitor ante una situación crítica justifica el hecho de actuar sin responsabilidad ética. Me interesaba indagar cómo el amor filial puede llevar a un padre o una madre a utilizar todos los medios a su alcance para proteger a su hijo, incluso si eso implica ocultar la verdad, manipular a las autoridades o encubrir un crimen.

Dentro de esta exploración, era fundamental transmitir mi percepción, sin que quite protagonismo a la trama principal, acerca de las reacciones y comportamientos de los distintos actores de la sociedad frente a la indolencia y/o quemeimportismo de este tipo de eventos. Como varios de los personajes asumen una actitud de aparente eficiencia, pero sin verdadero involucramiento emocional. Generando una atmósfera donde la indiferencia se vuelve institucional y es parte del cotidiano.

¿Qué propone?

Mi propuesta para *Mamá siempre sabe* fue la de realizar una exploración íntima y emocional sobre los límites del amor parental en circunstancias extremas. ¿Hasta qué punto puede justificarse la conducta de una madre que, por amor, decide proteger a su hijo? y ¿cuál es el precio de sostener esa decisión? La historia se convierte en una indagación sobre la moral, la culpa y los límites éticos que se desvanecen en nombre del afecto familiar. Como le sucedió a Carmulena de Guerra, una madre que, tras un accidente de tránsito, toma decisiones que alteran para siempre su relación con el mundo, con su entorno y consigo misma.

En esas circunstancias, la novela se adentra en los matices de lo que se calla, lo que se sospecha, y lo que no se puede decir, para no caer en el conflicto lineal entre verdad y mentira. De tal forma que, a medida que la trama avanzara, el lector se diera cuenta de que conflicto no reposa sobre el hijo que conducía, quien debería llevar la carga y culpa, sino sobre la madre.

Boris, el hijo, permanece indiferente, casi inmaduro emocionalmente, mientras Carmulena se ve arrastrada hacia una versión desconocida de sí misma. La ética se vuelve entonces una carga personal.

No se trata únicamente de un relato sobre el encubrimiento, trata también del despertar de una conciencia: la de la madre, quien, al confirmar que su hijo está a salvo, comienza a cuestionarse lo sucedido. ¿Qué ocurrió realmente? ¿Fue solo un accidente? ¿Hubo más personas implicadas? ¿Y qué hacer cuando finalmente se da cuenta de que existe una víctima, un ser humano cuyo destino permanece incierto?

Mamá siempre sabe establece un diálogo con otras obras literarias que exploran dilemas éticos y situaciones dentro del contexto familiar y la que consideré desde un inicio. *Una cuestión personal*, de Kenzaburō Ōe, que examina el conflicto de un padre frente a la discapacidad de su hijo, y cómo este se enfrenta a sus propios temores que prueban los límites del amor y la moralidad. *Desgracia* de J.M. Coetzee que también

aborda la culpa y las complejidades de las relaciones familiares, donde los personajes se ven obligados a confrontar sus propios errores y el impacto de sus decisiones.

El cambio estructural

Inicialmente, el proyecto lo concebí como una novela de estructura coral. Planeé una narrativa dividida entre dos líneas: por un lado, la historia de Hans, el joven atropellado, y las razones que lo llevaron a cruzarse con el vehículo de Boris Guerra; y por otro, la de Carmulena de Guerra, madre del conductor, centrada en los sucesos posteriores al accidente.

Consideré utilizar un narrador principal omnisciente heterodiegético que relatara, de manera cronológica, los acontecimientos centrales que afectan a los personajes principales. Complementariamente, contemplé la incorporación de voces secundarias para los personajes secundarios, ideadas para enriquecer la perspectiva coral de la historia. También consideré algunas voces homodiegéticas, otras heterodiegéticas, que aportarían diferentes perspectivas sobre el suceso, sus implicancias y los entornos donde se mueve cada personaje.

Sin embargo, a partir de los comentarios y la retroalimentación recibida en la asignatura Teoría de la Narrativa, y posteriormente por parte de mi tutor Leonardo Valencia, comprendí que las múltiples voces podrían desenfocar el relato y confundir al lector. Por ello, decidí concentrarme en la familia Guerra, dejando de lado la historia de Hans y trabajar una focalización interna de los personajes principales, particularmente en Carmulena. Este giro estructural permitió no solo una mayor claridad, sino que aportó profundidad, una aproximación más íntima a la experiencia emocional de los personajes y una tensión más sostenida.

A partir del accidente y las necesidades de averiguar la verdad por parte de Carmulena, desarrollé una historia adicional que acompañaría silenciosamente el desarrollo de la trama principal. La participación del sargento Borja y del suboficial Manjarrez representan una mirada institucional del accidente. Desde el principio, definí que su aproximación sea burocrática. Esta dupla, funciona como un contrapunto narrativo a la intensidad emocional de Carmulena: mientras ella se descompone internamente, ellos se mueven con base en su lógica e idiosincrasia. Esta construcción paralela permite que el relato no dependa únicamente del drama familiar, sino que se complemente con una crítica a una estructura establecida.

La historia policial, en lugar de desarrollarse como una línea autónoma o investigativa, se diluye progresivamente en la inercia de un sistema acostumbrado a acomodar la realidad con base en las conveniencias.

Humberto aparece como una figura ambigua que introduce una nueva textura al relato. Su humor cínico y su relación de poder con Carmulena lo convierten en un personaje que tensiona el drama materno con sordidez institucional.

El incipit fue otra de los elementos que se modificaron durante la construcción de la obra. Primero planteé que el accidente donde Boris atropella a Hans fuese descrito a través de los ojos de un tercero, un conductor dentro del atasco que no tendría posteriores participaciones en el relato. Con la nueva estructura decidí dar mayor protagonismo a los personajes que intervienen en el accidente, específicamente a los policías que acompañaran en una subtrama paralela a la historia de la familia Guerra.

En algunos capítulos apliqué un nivel metadieético, para exponer ensoñaciones, o recuerdos, sobre todo en las escenas introspectivas de Carmulena. Por ejemplo, el capítulo *Las gotas pesan como piedras* se presenta como una pesadilla de la madre. Ahí se quiebra el hilo diegético principal para ingresar al subconsciente en el que Carmulena refleja su angustia y percepción distorsionada de la realidad.

Utilicé diversas figuras retóricas como metáforas, elipsis, anáforas que no solo enriquecen el lenguaje, sino que intensifican la carga emocional, construyen atmósferas y subrayan tensiones éticas y psicológicas.

Me interesaba que el personaje de Carmulena evidencie su obsesión y ansiedad. Para lograrlo utilicé la repetición de ciertas frases o ideas dentro de su monólogo interior. Estas reiteraciones revelan su estado mental, su incapacidad para avanzar en la comprensión de los hechos, y su necesidad de convencerse a sí misma de que está haciendo lo correcto. La repetición actúa también como ritmo interno que sostiene la tensión narrativa.

Las metáforas enriquecen la obra al dotar de profundidad simbólica a los elementos del accidente. El auto, la sangre, el cuerpo del herido, el sonido de los frenos: estos elementos no funcionan únicamente como recursos narrativos para avanzar la trama, sino que adquieren un valor simbólico que refleja la culpa, el miedo y la pérdida del control. En la pesadilla de Carmulena, las imágenes también se cargan de significados profundos: el cuerpo sin rostro y el camino sin fin se convierten en representaciones del colapso psíquico de la protagonista, de su imposibilidad de hallar una salida o redención.

La ironía se utiliza con fuerza en los diálogos entre los policías o en la indiferencia de los médicos. Esta figura funciona como herramienta de crítica social, permitiendo denunciar desde el humor lo que no se dice directamente.

La elipsis sucede cuando no se muestra directamente el accidente, ni se confirma la culpabilidad de Boris o la suerte final de Hans. Esos saltos de tiempo permiten el involucramiento activo del lector.

Carmulena, su transformación y la tensión familiar

Desde el inicio del proceso de escritura, supe que Carmulena sería el eje de la novela. Me interesaba construir con precisión su personaje y mostrar una transformación profundamente humana. Carmulena es una madre que ha dejado de lado su carrera profesional para dedicarse por completo al cuidado del hogar. Su vida gira sin mayores inquietudes, a las derivadas del quehacer cotidiano, pero todo cambia cuando su hijo está involucrado en el accidente.

La Carmulena conservadora y moralista, que en otro contexto sería la primera en juzgar con dureza cualquier comportamiento reprochable para encubrir un crimen, se ve obligada a tomar decisiones drásticas. Comienza a actuar de forma calculada: tergiversa la verdad, manipula documentos oficiales, soborna y planea cada movimiento con precisión para borrar rastros. Lo que la empuja es la desesperación de madre que busca proteger a su hijo del castigo. Aunque en el relato nunca se inculpa directamente a Boris, para ella es necesario evitar cualquier señal de culpabilidad, y eso justifica, en su lógica, sus acciones. Su transformación no es solo externa, sino interna: una transformación moral, mental y emocional.

Un momento clave de este proceso es el enfrentamiento con su esposo, Frank. Acostumbrada a una dinámica conyugal basada en la contención, la delegación de decisiones y el silencio, Carmulena rompe con su propio patrón de pasividad. Frente a la indecisión y el desapego de Frank, asume una posición de autoridad y lo confronta, lo obliga a actuar, e incluso lo desplaza del centro moral de la familia. Esta ruptura con la dinámica conyugal habitual no solo la empodera, sino que la empuja a crecer en dirección opuesta a sus principios previos. Se convierte en una mujer capaz de tomar el control de la situación. En esa confrontación íntima con su marido nace una Carmulena nueva, más decidida, más autónoma, más oscura.

Esa transformación ocurre, sobre todo, en el plano mental. Los monólogos internos de Carmulena contienen un eco literario de Lola, personaje de “La respiración

cavernaria” de Samanta Schweblin. Entonces sus pensamientos transcurren desde el exceso de culpa, el miedo, la contradicción hasta la racionalización. Así se construye una tensión constante entre su vulnerabilidad emocional y su creciente ambigüedad moral, lo que hace que el personaje adquiera densidad, oscuridad y una inquietante complejidad.

Este giro promueve a la madre. Se convierte en investigadora y encubridora al mismo tiempo. Este crecimiento plantea nuevas preguntas y permite que atravesase por nuevas capas de transformación. Ya no se trata únicamente de una madre dispuesta a encubrir a su hijo: Carmulena ahora manipula con astucia a quienes la rodean, se anticipa a los acontecimientos, y utiliza a viejas amistades y las enfrenta como Humberto o Inés con fines estratégicos.

Esta dualidad remite a los personajes de Patricia Highsmith: figuras encantadoras en la superficie, pero moralmente ambiguas y capaces de justificar lo injustificable. Como Tom Ripley en *El talento de Mr. Ripley*, Carmulena sabe mentir y manipular con serenidad. Conserva el control frente al mundo, pero internamente atraviesa un caos emocional que el lector percibe con claridad. Su fachada se mantiene intacta, pero sus actos y pensamientos revelan una fractura profunda. Ella ya no es la misma, y no podrá volver a serlo.

Carmulena se construye como un personaje multifacético cuya identidad se tensiona entre distintos roles sociales: madre, esposa, amiga. Cada uno de estos se activa y desenvuelve de distinta forma posterior al accidente.

En el caso de Boris se construyó un personaje que intervino ante el conflicto con la mayor indiferencia y desapego emocional posible. Su actitud frente al accidente va entre el cinismo y la evasión. No expresa culpa ni preocupación real con respecto a Hans. No reflexiona, no se transforma, no asume. Es un niño en cuerpo de hombre que espera que alguien más le resuelva los problemas. Su indiferencia es un eco literario de Tom Buchanan de *El gran Gatsby* de F. Scott Fitzgerald, donde su privilegio lo vuelve invulnerable a la culpa. En el caso de Boris, es una forma de ejercer poder desde la omisión. Él no pide ser protegido, pero al no hablar, impone esa tarea a los otros. Además de que, al no sentir culpa, alguien más debe cargarla, en este caso Carmulena. Por esa razón la madre es el eje ético de la historia.

Con Frank, por otro lado, quise representar la ausencia paterna. Aunque colabora en las acciones para encubrir el accidente, su participación está mediada por el desinterés, y la obediencia conyugal. No se enfrenta al hecho de forma directa, ni con Boris ni con su esposa. Su rol dentro es el de una figura desplazada: ausente emocionalmente,

irrelevante como figura de autoridad, desconectado como padre. Un eco literario al de Paul Rayment de *Hombre lento* de J.M. Coetzee. Frank, aunque no sufre una herida física, queda emocionalmente inmovilizado frente al accidente protagonizado por su hijo. No toma decisiones, no cuestiona a Carmulena, no ejerce autoridad como padre ni como esposo.

El accidente como punto de inflexión y núcleo estructural

La escena del accidente es el hecho que articula la estructura narrativa. A partir de la misma se despliega el conflicto. Más que una escena de acción, el atropellamiento funciona como un punto de inflexión. Desde allí, la historia se expande hacia los vínculos familiares y las zonas grises entre lo legal y lo emocional. El accidente se convierte en un espejo que revela las fisuras de la familia.

Si bien no es una referencia explícita, la construcción de esta escena, tomó elementos del atropellamiento en *El gran Gatsby*, de F. Scott Fitzgerald y en *Hombre lento* de J.M. Coetzee, novelas donde el hecho violento cataliza el colapso moral de los personajes.

A diferencia de otras narrativas centradas en el suceso o en el suspense policial, la novela construye un misterio en torno a cómo se reacciona ante lo sucedido. El foco no está en el hecho mismo, aunque este es presentado con crudeza, mediante el testimonio de Boris y las imágenes que Carmulena elabora mentalmente, sino en las acciones posteriores para distorsionar la verdad.

La indiferencia como lenguaje común

Era fundamental transmitir mi percepción acerca de los comportamientos humanos frente a la indolencia que caracteriza ciertas situaciones. Quería mostrar cómo, en ocasiones, la cotidianidad se automatiza hasta el punto en que la vida deja de ser vivida conscientemente, y las personas simplemente ejecutan tareas mecánicas, sin razonamiento ni reflexión.

Tanto los personajes principales como los secundarios operan, en gran parte, desde la evasión emocional focalizada. Los policías hacen bromas mientras describen cadáveres; los paramédicos cumplen su labor sin conexión emocional con el paciente; los testigos son curiosos que buscan un relato que contar en la oficina. Incluso Frank, el padre, prefiere no involucrarse demasiado y se refugia en la pasividad. Su relación con

Boris es distante, y su reacción ante la gravedad del hecho es más económica que emocional.

Esta indiferencia se plantea como un síntoma cultural. Se normaliza el desinterés, se institucionaliza el desapego. En ese sentido, la novela dialoga con la descripción que hace Thomas Bernhard en *El aliento*, donde los trabajadores del hospital ya no ven personas, sino cuerpos, rutinas, trámites.

Las hermanas tenían un ojo entrenado para los candidatos a la muerte, veían ya, mucho tiempo antes de que el propio interesado lo notase, que éste o aquél acabarían en el plazo más breve. Llevaban ya años o incluso decenios trabajando allí, donde habían terminado tantos cientos y miles de vidas humanas, y desempeñaban su trabajo, como es natural, con la mayor habilidad y la mayor indiferencia. (Bernhard, 1985, 26)

Convivencia de tonos

Uno de los desafíos más importantes fue lograr que el tono dramático y el tono humorístico convivieran sin restarse valor. No se trataba de aligerar el drama, ni de suavizar la crítica con ironía, sino de mostrar cómo, en una realidad cotidiana indiferente, el dolor y lo absurdo muchas veces coexisten. Esta convivencia se logra alternando registros, por ejemplo la intimidad y gravedad de los monólogos de Carmulena contrastan con las escenas coralmente absurdas del hospital o de los policías.

La historia de Carmulena está cargada de tensión emocional: el miedo, la culpa, la desesperación por proteger a Boris, la incertidumbre sobre el destino de Hans, y el no reconocimiento de sus propias certezas morales. Estos elementos estructuran un tono dramático y psicológico profundo, que a momentos parecen transmitir cierta sensación claustrofóbica.

Sin embargo, en paralelo, quise construir una línea narrativa donde el humor funciona como contrapunto y válvula de escape. Este tono humorístico tiene un objetivo narrativo claro y una dimensión crítica. Desde un inicio estuvo planteado el uso del tono, y lo implementé en el texto aplicando mi intuición creativa. Gracias a las sugerencias recibidas en el taller literario, decidí intensificar este aspecto, leyendo con atención obras como *La conjura de los necios* de John Kennedy Toole y *Dos crímenes* de Jorge Ibargüengoitia. Ambas me permitieron comprender cómo el humor puede utilizarse no solo para aliviar la tensión, sino para acentuarla y complejizarla.

El humor negro e irónico se manifiesta en diálogos absurdos, situaciones desproporcionadas, observaciones sarcásticas y personajes que, sin dejar de ser creíbles, rozan lo grotesco. Los policías Borja y Manjarrez, los médicos, los funcionarios del

hospital, los vecinos, todos ellos aportan momentos de comicidad involuntaria y de lógica torpe. El resultado que pretendo generar es una risa amarga, incómoda, que ponga en evidencia lo absurdo de un sistema automatizado y deshumanizado.

La dupla de policías, Borja y Manjarrez condensa este tipo de comicidad: sus diálogos están marcados por el desparpajo y una filosofía de vida que reduce el crimen y la tragedia a un trámite. El humor nace de la naturalización de lo inaceptable, como cuando discuten con ligereza y ponen a votación la marca y color del auto que participó en el accidente. En ellos, la brutalidad no es deliberada, sino producto de una lógica institucional que ha normalizado la deshumanización y que incomoda porque exhibe un sistema que no necesita villanos para operar con crueldad.

Por otro lado, Henry, el recepcionista del hospital, representa otro matiz del humor negro: su afán de protagonismo y su ansia por enterarse de lo que ocurre, revela una figura patética y humana. La comicidad que emana de Henry no solo viene de su conducta torpe o de sus intentos por ser tomado en serio, sino de su desconexión con el dolor que lo rodea. El chisme, en Henry, no es solo una forma de entretenimiento personal, sino su modo de existencia. Aunque no participa directamente en los hechos, se convierte en un recolector y distribuidor de información deformada. Él quiere ser el primero en enterarse, no para ayudar, sino para contarlo.

Además del humor, quise utilizar el sarcasmo y la ironía como herramientas narrativas para retratar la desconexión emocional y la banalización de situaciones críticas. Un ejemplo claro se encuentra en el capítulo donde la familia Guerra visita al médico. Al observar el tamaño del hematoma, el doctor, con ligereza y cierta sorna, pregunta si atropelló a un San Bernardo, sugiriendo, entre líneas, que el impacto pudo deberse a una criatura de gran tamaño, o algo aún más serio.

Ante el silencio de Boris, el galeno remata con una sentencia: “No pasa nada. No hace falta que me den detalles. Siempre es mejor así”. Este comentario, aparentemente inofensivo, tiene un efecto incómodo, ya que expone el cinismo, el sarcasmo no busca provocar risa. La ironía se transforma en una herramienta crítica que desnuda la normalización del absurdo y la falta de sensibilidad.

Para que la convivencia de los tonos resultara, decidí alternar las escenas y con ello marcar el uso de voces diferenciadas y de la variación del ritmo narrativo. También, a través del lenguaje, Carmulena habla desde la introspección y la contención, mientras que los personajes secundarios emplean expresiones populares, lugares comunes y un lenguaje local.

Mamá siempre sabe y su elección como título

La elección del título fue un proceso que me acompañó y se refleja en la evolución misma de la novela. Durante mucho tiempo, la obra llevó por nombre *Gris después de todo*, una frase que había escogido inicialmente por su sonoridad y carga melancólica, aunque no tenía una conexión directa con la trama. Era un título que sugería una atmósfera, pero no revelaba el núcleo de la historia. Fue durante la construcción del plan de tesis que se nos recordó que el título podría cambiar y que muchas veces se definía recién al final del proceso.

Esa observación me permitió soltar el nombre inicial y buscar uno que realmente representara a la trama y que pusiera la figura de la madre en el centro, no solo de la historia, sino en el título. Así nació *Mamá siempre sabe*, una frase que contiene el instinto protector y la sabiduría intuitiva de la madre, y que está cargada de ironía.

En este contexto, *Mamá siempre sabe* no solo remite a la sabiduría, sino también a la capacidad de manipular, encubrir, resolver. El título juega con esa ambigüedad: mamá sabe arreglar, sabe cuidar y sabe mentir.

La figura de la madre no solamente contempla a Carmulena, con la incorporación de Delia, madre de Hans, el título adquiere una dimensión dual. Delia, aunque con menos presencia, también actúa desde el saber: sospecha, observa, calla y luego actúa. A su manera, también encarna esa intuición, incluso cuando nadie las nombra. Su presencia amplía el alcance del título y refuerza la idea de que la maternidad, no es garantía de virtud.

Un relato regional y marco temporal octubre – diciembre 2002

La historia se sitúa entre finales de octubre y las últimas semanas de diciembre del año 2002. Ecuador se encontraba en un momento de alta inestabilidad política, marcado por la segunda vuelta electoral entre Lucio Gutiérrez y Álvaro Noboa. No me interesaba tematizar directamente este proceso electoral, pero lo utilizo como telón de fondo para sugerir un clima de incertidumbre y desencanto social.

La ambientación también remite al periodo posterior al Mundial de Corea-Japón. Además, que utilizo elementos muy populares de la época como las bandas de Nu metal Korn y Limp Bizkit, y el uso de objetos referentes a esa juventud como el perfume Acqua di Gio, el refresco Kapo, y la selección de vehículo Renault Twingo de primera

generación año 1999 para Boris. Estos elementos sitúan la historia en una Quito de clase media.

Aunque la historia transcurre en Quito, considero que la trama y el conflicto puede inscribirse en cualquier ciudad latinoamericana. Los comportamientos, los valores, el lenguaje y las estructuras sociales que habitan la novela podrían trasladarse sin afectar a la trama. Las formas de encubrimiento, el clientelismo, la desigualdad en el acceso a la salud y la normalización de la violencia y la falta de responsabilidad civil son elementos que dialogan con una idiosincrasia compartida en la región.

Además, en el contexto latinoamericano el humor ha sido históricamente una forma de lidiar con lo trágico, de nombrar lo inaceptable y de resistir la desesperanza.

Trama entregada

Para el proyecto de titulación, no he considerado presentar la totalidad de la historia. La novela sigue en proceso de escritura. Proyecto que el trabajo final tenga entre 200 y 250 páginas, por lo que el material entregado no debe considerarse como la versión definitiva, listo a continuación, el detalle de capítulos entregados y un resumen de su trama:

- El parte policial – Viernes 25 de octubre
- Un desayuno entre apuros
- Hacia el hospital
- ¡Ándate ya cabrón!
- La identificación
- Los Guerra son una familia de ingenieros
- Niño con aroma a hombre
- ¿Qué pasó con el otro?
- Un cigarrillo y el cuello ortopédico
- Ocho Loco
- Tengo ganas de verla – Lunes 4 de noviembre
- La Eucaristía y la chompa de cuero – Domingo 27 de octubre
- No por malicia sino por hábito
- Papás fritas y honey mustard
- Las gotas pesan como piedras – Lunes 28 de octubre
- Las mejillas pegadas al individual

- La cafeína y los favores
- El tufo acumulado – Viernes 1 de noviembre
- La llamada
- Jueves – 7 de noviembre

Un joven desconocido, Hans, ha sido atropellado y llevado inconsciente a un hospital. El conductor del vehículo involucrado es Boris Guerra, un joven universitario apático, hijo de Carmulena y Frank, una pareja de clase media. Carmulena, al enterarse del suceso por medio de su hijo, decide tomar el control de la situación: primero lo interroga, luego empieza a maquinan cómo encubrirlo. Desde ese momento, la historia se despliega en paralelo entre el drama familiar y la indolencia institucional.

Mientras Boris se mantiene emocionalmente ausente, Carmulena inicia una cadena de acciones destinadas a protegerlo: limpia el auto, oculta evidencia y comienza a tejer una red de mentiras. En medio de esto, debe lidiar con la pasividad de Frank, su esposo, y con la creciente tensión dentro del hogar. La policía, a través de los sargentos Borja y Manjarrez, inicia una investigación burocrática, marcada por la informalidad, el desinterés y el humor absurdo. Paralelamente, el cuerpo del herido permanece en el hospital, y las autoridades médicas actúan con la misma apatía que los agentes del orden.

A medida que pasan los días, Carmulena acude a antiguos conocidos para reforzar su plan. Recupera el contacto con Inés, una vieja amiga, y busca la ayuda de Humberto, un teniente coronel retirado con quien mantiene una relación ambigua, teñida de historia compartida, favores y manipulación. En estos intercambios, Carmulena muestra una faceta desconocida: se vuelve más estratégica, más decidida, incluso más oscura. Experimenta pesadillas y alucinaciones que revelan su angustia creciente.

Aunque no se ha llegado al cierre definitivo de la novela, lo entregado hasta el momento permite vislumbrar una protagonista transformada, dispuesta a hacer todo por sostener una mentira que, poco a poco, comienza a desmoronarse desde adentro.

Los capítulos que faltan

Los capítulos presentados constituyen un avance. Sin embargo, aún falta incorporar parte del desarrollo posterior y el cierre definitivo. En los siguientes capítulos se expondrá el desenlace de la novela. A continuación, se presenta una proyección de lo que está contemplado desarrollar:

Se relatará la travesía que emprenden el sargento Borja y el suboficial Manjarrez para localizar a Hans, por encargo de Humberto y alejado de los canales formales de investigación, vale aclarar que estos capítulos se los presentará antes dentro del relato.

Se introducirá a Delia, madre de Hans, quien mantiene una conversación reveladora con Katy, su arrendataria. Durante este diálogo, Delia expresará preocupación por el cambio de ánimo que había notado en su hijo en los últimos meses. Katy sugerirá que Hans pudo haber estado involucrado con el consumo de drogas, e incluso le expone indicios que podrían confirmarlo. En este capítulo se añadirá de manera superficial la figura de Hans, y expondrá que estaba pasando por una crisis antes del accidente.

Carmulena se enterará por Henry, el recepcionista del hospital, de que los policías ya conocen la marca y color del vehículo que atropelló a Hans. Ante el temor de que su hijo sea capturado, contactará nuevamente a Humberto y le solicitará un cambio en el parte policial. En ese proceso se producirá un encuentro entre Carmulena y el Sargento Borja.

Posteriormente, Henry comentará a Carmulena los resultados de unos exámenes médicos, en los que los doctores se cuestionan si Hans ya presentaba un estado de salud comprometido antes del accidente. Poco después, se confirmará la muerte del joven. Esta noticia afectará profundamente a Carmulena, quien, en un intento de aligerar la culpa que siente por su familia, se obsesionará con Delia. Averiguando todo lo posible sobre ella: la espionará, investigará su entorno, y se infiltrará en la iglesia a la que Delia asiste, hasta conseguir acercarse y ganarse su confianza. Todo esto lo hará a las espaldas de Franky y Boris.

Al quedar Delia en una situación económica crítica tras la muerte de su hijo, Carmulena se enterará, a través de los reportes informales de Henry. Entonces le ofrecerá trabajo en su casa como empleada doméstica. Todavía no está definido si Delia ganará protagonismo. Posiblemente, sin enfrentarlos directamente, tomará ventaja de la situación: utilizará su rol dentro de la casa para vengarse silenciosamente, sabotando tareas, incomodando y manipulando a Carmulena.

Frank encontrará por casualidad el parte del accidente en un cajón de Carmulena, y la enfrentará, Boris saldrá a su defensa y se generará una pelea que deberá ser disimulada ante la presencia de la señora que limpia la casa.

La novela se cerrará desde la perspectiva del sargento Borja y el suboficial Manjarrez, quienes, en una escena final cargada de rutina burocrática, decidirán archivar el caso sin resolverlo.

A partir de las observaciones recibidas por parte del tribunal, se plantea una revisión del texto orientada a profundizar el desarrollo narrativo y a reforzar su dimensión dramática. El humor se mantendrá como un elemento constitutivo de la novela; sin embargo, se desplazará del costumbrismo explícito hacia una ironía más sutil, filtrada principalmente a través de la mirada de Carmulena. En este sentido, se trabajará con mayor rigor la focalización del personaje, ampliando sus capas y facetas y asegurando una transformación progresiva a lo largo del relato y reforzando la indación. Finalmente, se implementará una economía del lenguaje orientada a eliminar reiteraciones y pasajes acartonados, con el objetivo de lograr una prosa más fluida y precisa.

Mamá siempre sabe

El parte policial - Viernes 25 de octubre

Es una mañana fría en Quito. La lluvia disminuye casi al punto de sentirse imperceptible, el tráfico en la avenida Occidental está colapsado. Los autos permanecen inmóviles, pero las agujas del acelerador suben y bajan con impaciencia, reflejan el nerviosismo de los conductores. Si en ese momento hubiera existido *Waze* mostraría que el tiempo para cruzar el atasco, desde la salida de la urbanización El Condado hasta el barrio de San Carlos, es de treinta minutos. Sin embargo, en aquel entonces, no existía el soporte de aplicaciones móviles. Cada quién estaba inmerso en sus propios pensamientos, como en una isla absorta de preocupaciones.

—A todas las unidades de la zona cuatro, se ha registrado un 6-01 con posible 8-04 en la avenida Occidental, a la altura del barrio la Romería. Repito, se ha registrado un 6-01 y probable 8-04. Acudir cuanto antes. Cambio y fuera.

—¡No puede ser, Manjarrez! ¡Somos nosotros! Justo cuando nos van a pasar el séquito de pollo. ¡Un posible 8-04! Y yo que me muero de hambre. Ojalá que no haya muertos, porque si no, estaremos ocupados toda la mañana. Ese camello nos llevará mínimo dos horas, te lo apuesto, mi Body. Sí que iniciamos bien el viernes ¿no? Ahí traen los platos. ¡Qué rico! ¿Qué haremos ahora?

—Comamos rapidito, mi sargento. Si hay un 8-04, podrán esperar diez minutos.

—Estoy de acuerdo contigo, Manjarrez. Pueden esperar, y así será. Por un 8-04 es posible que ni almorcemos. No tendremos respiro. Hoy no desayune por este sequito de pollo. Allá nadie nos dará un pan, eso es seguro. Por cualquier novedad, es mejor ir bien comidos; no vale arriesgarnos. Además, así soportaremos mejor la lluvia. ¿No te parece Body?

Apaga el Handy, ya tendremos tiempo de enterarnos al llegar. Eso sí, apúrate y pásame el ajicito. Señor, no se olvide la gaseosa, una colita de litro y medio, pero rapidito, por favor, que estamos de urgencia.

En un kilómetro y medio de cuesta, una serpenteante fila de rostros confinados a sus reflexiones se pierde dentro de una matriz de vehículos. El monóxido de carbono alimenta a la neblina y al desánimo de los ocupantes. Apenas alguno se mueve, los conductores buscan su espacio, invaden los carriles y estrechan distancia. La curiosidad de saber qué sucede más adelante es más fuerte que el frío y varios choferes, animados

por otros, posan sus gélidos pies sobre los travesaños, impulsándose de puntillas para ver mejor. La fila es interminable y se pierde en una curva al final de la montaña.

La desesperación dentro de los vehículos de transporte masivo es mayor. La aglomeración empaña las ventanas, y la falta de aire sumado al vaho generalizado, tiene coléricos a los pasajeros. Varios prefieren bajarse de los buses y caminar entre diez y catorce cuadras en busca de otro transporte. Incluso los ladrones, camuflados entre los pasajeros, deben esperar que se reactive el tránsito para ejercer su oficio.

—¡Qué rico estuvo! Necesito un cigarrillo. Le espero afuera hasta que termine.

—No Body, suficiente para mí. Vamos. Fumas en la patrulla. Tráete la colita, todavía sobra un poco.

Las voces de los vallenatos se mezclan con las de los uniformados. La sirena despierta el espíritu colaborativo. Conforme se aproxima, anima a los ocupantes de los vehículos. La patrulla T438 avanza entre las hileras de autos orillados a sus costados, como una supermodelo en una pasarela de alta costura. A medida que se acerca, deja una delta de autos a su espalda. El humo del cigarrillo escapa por la ventana del conductor, acentúa la neblina y difumina las luces que giran sin descanso. Los pitidos de claxon que antes ensordecían por avanzar, ahora lo hacen como reprimenda a los conductores que no dan paso a la autoridad.

—Quiero que este tráfico no nos sorprenda con un 8-04, Manjarrez. ¡Está larguísima la fila! Es un mal precedente, mi Body. Acelera, haz que te den paso. Qué incompetentes estos municipales, no pueden gestionar un simple accidente.

Los fisgones de accidentes de tránsito son como los albatros a los barcos de pesca: apenas lanzan la red, aparecen, atraídos irresistiblemente por la sangre y los metales retorcidos. La curiosidad no discrimina; la silueta conjunta de no menos de treinta personas se refleja sobre el destello azul y grana del charco de sangre mezclado con los restos de lluvia. Oficinistas, estudiantes, albañiles, y taxistas forman una medialuna humana alrededor del accidentado.

Los más morbosos, aquellos que relatarán los detalles al llegar a su destino, tienen un sitio privilegiado en el puente peatonal. Desde allí observan el escenario amplificado y sin interrupciones. Miran también el tráfico del otro lado de la avenida. Muchos conductores, animados por sus colegas, reducen la velocidad para husmear y almacenar alguna imagen en su memoria.

—Se han sacado la madre, mi sargento. Lo bueno es que solo hay una ambulancia. No parece tan grande el accidente. Ojalá solo sea un 6-01.

—No lo sé, Manjarrez. Todo está hecho un desastre.

El primer objeto que notan al bajar de la patrulla es una mochila roja tirada cerca de varios pedazos de vidrio. Caminan hacia la ambulancia sin fijarse en las marcas de los neumáticos que han trazado un zigzag en el asfalto. Al llegar encuentran un hombre joven tendido en el suelo, con las piernas torcidas apuntando hacia la acera.

—Es como si el cuello no tuviese huesos, mi Body. Tiene la cabeza pegada como chicle al pavimento. Mira toda la sangre...Creo que trabajaremos horas extras con este, Manjarrez. Qué suerte la nuestra.

Desde el puente peatonal, el cuerpo, postrado por más de media hora, parece una pluma caída sobre un charco de tinta china. La cabeza y el cuello están girados hacia su espalda, y las piernas cruzadas. Su figura descompuesta revela un rostro inflamado. El párpado de un ojo, incapaz de cerrarse, deja al descubierto una esclerótica inundada de sangre que apenas refleja luz. La mandíbula dislocada complicará aún más la identificación para la madre.

—Parece un muñeco de trapo. ¿Cómo se deformó tanto, mi sargento?

—Sólo Dios sabe, Manjarrez. La imprudencia, esa arrogante imprudencia. ¡En qué lío que nos metimos!

—¿No le da náuseas?

—¿Acaso eres maricón? Claro que no. He vistos cosas peores. Debes endurecerte, ya te he dicho. En este trabajo es así, ¿o piensas vomitar el seco de pollo? Acabemos con esto de una vez. Preguntemos a los paramédicos qué sucede.

Después de la reprimenda, calla. Aunque no es su primer accidente grave, a veces reacciona mal ante laceraciones y deformaciones, y se olvida que eso no le gusta a su superior.

—¿Cómo le va, doctora? Soy el sargento Borja y este es el Suboficial Manjarrez. Estamos a cargo del siniestro, para servirle. Perdón por la demora, atendíamos una diligencia mayor. ¿Qué nos puede comentar? ¿cómo está el señor?

—Buenos días, sargento. Acabamos de llegar. Tuvimos un error en la asignación de los accidentes, y ahora estamos cortos de tiempo. ¡Es un paciente crítico! —justifica Michelle, la encargada de la ambulancia.

—Ya escuchaste, Manjarrez, anota rápido que estamos apurados: Doctora Michelle Santana. Paciente inconsciente con pronóstico reservado, signos vitales bajos y múltiples traumatismos. ¿Ya lo tienes? Apunta también: Traumatismo cra-ne-o-en-ce-fá-li-co, con fractura y hemorragia externa.

—Cuando éste despierte, si despierta, no quiero imaginarme el dolor de cabeza que tendrá— dice Borja riéndose. Al notar la incomodidad de la doctora, cambia su tono y sigue dictando.

Michelle lo mira con desprecio. Se lo hace saber al cruzar los brazos enfáticamente.

—Apunta también: Tejidos cutáneos y subcutáneos desprendidos en la nuca. ¿Ves eso, Manjarrez? Acércate te digo. ¡Huesote! ¡Qué doloroso! ¿La pierna también, doctora? Escribe: fractura compuesta en peroné izquierdo y pantorrilla parcialmente cercenada.

—¿Eso es todo? — pregunta Borja con indiferencia—. No parece que tenga muchas esperanzas. ¿Qué dice usted, doc? ¿Se salvará? Si es así, quien se encargue de este chico tiene mis respetos.

La doctora está acostumbrada a lidiar con personas así; aunque le incomoda, entiende que lo más práctico es seguirles la corriente. Observa a Clara, su compañera, avanzar con los procedimientos y necesita brindarle apoyo.

—Le vendrán unos años de a perro. Creo que sería mejor que ya no despierte — le dice Manjarrez en voz baja a Borja.

—¿Les falta mucho más?, debo llevarme al herido — interrumpe Michelle.

El pulgar de la mano derecha del accidentado permanece inmóvil, rígido en la misma posición en la que lo encontraron los primeros testigos, postrado sobre su cintura como si sujetara algo inexistente. Sin embargo, titila ligeramente. La doctora, aunque alerta, decide no intervenir. Se concentra en organizar el traslado del herido desde el áspero asfalto hasta la camilla de la ambulancia.

—Oiga, mi sargento, qué suerte que recién llegó la ambulancia, ¿no? —comenta Manjarrez con una sonrisa ligera mientras inicia su inspección.

—Perfecto para nosotros, mi Body —responde el sargento con un tono de complicidad—. Gracias a su confusión, no tendremos que justificar el tiempo del sequito de pollo.

Intercambian miradas rápidas, cargadas de camaradería implícita. Manjarrez, saca su libreta del bolsillo y se la entrega a su superior. Sin perder tiempo, se inclina para revisar las pertenencias del accidentado.

A unos pasos de distancia, Borja permanece de pie, observa cada detalle con atención. Será él quien registre los hallazgos. Su uniforme le queda ajustado, expone su corpulencia, lo que limita su movilidad. Sabe que, si intentara agacharse o arrodillarse, el pantalón podría romperse en las costuras; y es un riesgo que prefiere evitar.

El herido lleva una billetera marca *No Fear* de color negro en el bolsillo posterior izquierdo. Encuentran su cédula, se llama Hans Ángel Ñacato Chantó, de 24 años, oriundo de Guano, Chimborazo.

—No parece tan jovencito — comenta Manjarrez. Compara la foto del documento de identidad con el rostro transformado que tiene al frente.

—Por el accidente, Manjarrez. Así como está, este chico no parece nada. ¡Qué desgracia! Se fregó la vida, ¿qué más hay? —pregunta Borja al tomar la cédula en sus manos.

—Un billete de cinco dólares y tres monedas de veinticinco centavos, mi sargento.

—¿Nada más, estás seguro? Revisa en los bolsillos internos, tal vez tiene más dinero. —pregunta Borja con un tono de esperanza.

—Solo hay este paquete de condones, mi sargento.

—Mira tú, Manjarrez, este chico sí sabe lo que es importante. Ligero de equipaje y listo para todo. Es un capo. Una lástima que esté hecho polvo. ¿Seguro no hay más plata?

—Nada.

—Estamos de malas. ¡Qué maldita pobreza! —se lamenta Borja quien retrocede varios pasos y se apoya en la ambulancia.

—Registra nomás los cinco dólares. Revisa qué más hay por ahí. La paramédica habló de una mochila — ordena el superior.

El suboficial se pone de pie y camina varios metros para tomar el bolso. Ha permanecido en el mismo sitio. Borja, no tiene intención de moverse y lo espera. Al inspeccionar la mochila, encuentran una sombrilla roja, un saco de lana verde y un paquete de tabacos *Belmont*.

— ¿Qué dice, mi sargento? ¿Dejamos sin registrar los cigarrillos? Total, no va a fumar en mucho tiempo.

—Yo no fumo esa porquería. Este muchacho ha sido como tú, les gusta botar la plata. Ya te he dicho que fumes *Lark*, ese es cigarrillo de varones. Quédatelos si quieres. Que no te vea nadie, eso sí. Ya sabes, la discreción, ante todo.

Borja se reincorpora, camina hacia su compañero, juega con la libreta agitándola sobre su mano. Los galenos que permanecen dentro del vehículo de emergencia.

—No estoy tan seguro de que nos salvemos del 8-04, Manjarrez. Será mejor que tomemos todos los datos posibles para llenar el parte. Igual si muere el muchacho ahí estará registrada la información.

—Doc Santana, ya registramos lo necesario. Espero que logren salvar al chico. Tenga sus pertenencias, por favor firme aquí. Al desocuparnos les damos alcance. El parte seguramente se lo harán llegar a su superior.

Clara y Michelle se organizan para subir al herido a la ambulancia, se aseguran de que vaya a estar bien inmovilizado. Afuera, el sargento y el suboficial ordenan a los policías municipales coordinar el tráfico para que el vehículo de emergencias tenga una salida rápida y segura. Julio, el conductor de la ambulancia, enciende la sirena una vez más, el sonido llena el ambiente con su agudo lamento. El conductor acelera, abriéndose paso entre el congestionamiento vehicular.

Los oficiales, recorren el lugar del incidente. Buscan pistas que expliquen lo sucedido: marcas en el pavimento, fragmentos del vehículo involucrado, o incluso algún testigo que pueda aportar información para su reporte. El eco lejano de la sirena se pierde en la distancia.

—¡Qué cantidad de gente! La muerte atrae a los curiosos, como la mierda a las moscas. Ya te lo digo yo: estar asignados a esta zona es un castigo. Al menos desayunamos antes, fue lo mejor que pudimos hacer.

Suposiciones y comentarios imprecisos de los testigos obligan al suboficial a usar su ingenio para discernir entre teorías disparatadas y hechos reales. El resultado es una versión parchada y desordenada, que no convence a Borja, quien toma el mando de la investigación. Ambos recorren el lugar para entrevistar a los involucrados.

—¿Entonces, llegaron después de la ambulancia? ¿Hora exacta, por favor? ¿Tocaron o movieron algo? De acuerdo. Ahora que se retira la ambulancia pueden habilitar otro carril para el tránsito. Nosotros estaremos cerca — cierra la entrevista con los agentes de tránsito el suboficial Manjarrez.

Tras liberar de la declaración a los policías municipales, Borja solicita agrupar a los testigos. La necesidad por sentirse útil hace que varios de los espectadores se aglomeren frente a los oficiales. Varios consideran que no hace falta haber presenciado el accidente para colaborar.

—¿Cuántas veces tengo que repetirle, señora? ¡No empuje! Tenga paciencia, ya le tomo la declaración. Esto va para todos: no empujen, por favor. Mi Body, ordénales que formen una sola fila.

—¡Ya escucharon al sargento! Una sola columna, pegados a la pared. Si no cooperan, no se les tomará el testimonio. Rapidito, por favor, que llueve más fuerte y nos mojamos.

—¿Era o no un *Twingo*? ¿por qué el señor de allá dice que fue un *Forsa Dos*? ¡Silencio! Más seriedad, señores. ¡Silencio, digo! A usted, señor, sí, al de la gorra, le estoy hablando. Sácalo de la fila, Manjarrez. Si no se comporta, no declarará. Ni usted, ni nadie.

—Ya ve, por gusto le hace enfadar al sargento. Por favor, salga de la fila.

—Señores, quiero que quede claro: todo lo que se registre en esta libreta lo utilizará criminalística para sus investigaciones. Por eso, hagan memoria y respondan con claridad. ¿Estamos de acuerdo? Entonces levante la mano quien dice que era un *Twingo*. ¿Siete? Muy bien. ¿Y quién dice que era un *Forsa Dos*? Solo uno. Está claro que fue un *Twingo*. No sé qué vería usted señor, pero las pruebas son evidentes. Que quedé registrado, Manjarrez: vehículo tipo compacto, marca *Twingo*.

—¡Placas! Nos faltan las placas. ¿Algún testigo vio el número? ¿No? ¿Están seguros? Sí, ya anoté que iba muy rápido, señora, gracias por repetirlo por cuarta vez. ¿Entonces, ninguno vio las placas, verdad? Registrado sin placas. Alguna otra pregunta ¿mi sargento?

—Claro ¿Reconocieron al conductor? Algunos dicen que era mujer, otros, que un varón. Más seriedad, por favor.

—Esta gente no ayuda mi Sargento. Qué difícil es trabajar así.

—Tranquilo, Manjarrez, déjame a mí. Señores, existe un herido delicado. Debemos esclarecer los hechos para que las autoridades tomen las medidas necesarias. Así que les pido nuevamente: levanten la mano los que creen que el conductor era mujercita.

—Anota, mi Body, sexo indeterminado. No perdamos más tiempo. Es todo por ahora, señores. El suboficial le tomará los datos de usted, de usted y la señora de rojo. El resto pueden retirarse. Muchas gracias por su colaboración.

—¿Qué velocidad será de registrar, mi sargento?

—Rápido dijeron que iba, se nota por cómo quedó el pobre tipo. Sabes que no me gusta complicarme con esos cálculos. Mira qué suerte tenemos, el auto ha derrapado. Apunta esto:

Según las marcas de frenado en el asfalto mojado y al aplicar una regla de tres compuesta, la velocidad promedio fue calculada entre los ochenta y noventa kilómetros por hora. Un excedente sobre los cincuenta, límite permitido para una avenida.

—Ahora sí, a darle alcance a la ambulancia. Hay que ser precavidos, mi Body. Si se nos muere en el camino, al menos mi teniente sabrá que estuvimos ahí.

Un desayuno entre apuros

Yo sé que mientras existamos / Recordaremos / Y que el tiempo transforma todo amor /
En casi nada / Mas casi yo me olvido de un gran detalle / Un gran amor no va a morir así
/ Por eso, de vez en cuando, tú vas / Vas a acordarte de mí [...] (Roberto Carlos 1984)

La sonrisa de fin de semana de Carmulena danza entre cada verso de la canción de *Roberto Carlos*. La madre de la familia Guerra prepara jugo de tomate de árbol para el desayuno. No ha faltado en su mesa desde el día que su vecina, la señora Carrillo, le contó que ayudaba a bajar de peso.

—Ha sido excelente para mi Borichi. ¡Ya no está tan gordito!

Pela los tomates recién hervidos, tararea al *cantante del millón de amigos* quién le recuerda las tardes lluviosas en las que aún trabajaba en la extinta oficina matriz de Correos del Ecuador. Gracias a la baja concurrencia de usuarios se juntaba a hacer tests de la revista *Vanidades* o a jugar *Ocho loco* con Inés del departamento de atención al cliente. Inesita, su compinche, la que le cubría para salir temprano y fugarse con su entonces novio y actual esposo. Su gran amiga, a la que no ha visto en mucho tiempo y extraña. Apaga la licuadora y corre por su cartera. Saca su agenda y mientras cierne el fruto del residuo de las pepas, busca. Toma el teléfono inalámbrico.

— ¡Inesita querida! ¡Qué ingratitud! Yo bien, gracias a dios, hija. Cuéntame, ¿cómo sigue Correos? Desde que vendí la renuncia no he sabido de ustedes. Quería invitarlos hoy a jugar baraja como en los viejos tiempos. ¿Qué dices vienen tipo ocho al *Ocho loco*? Perfecto, conversa con Humberto. Aguardo tu llamada. Un besito.

Revuelve los huevos con pimienta. Mira su reloj diminuto, marca las seis y cincuenta. Espera que Frank quiera participar de la invitación de Inés y su marido, está cansada de que él nunca quiera hacer nada. Apaga la hornilla y con la sartén en la mano camina hacia el cajón de las gradas. Si no desayuna rápido, Boris llegará atrasado.

—¡Borichi! Apúrate hijito. ¡Ya son las siete!

Guarda los huevos pericos dentro del horno para que no se enfríen y coloca la mesa. Mientras la cafetera cola el café corta un pan recién comprado en la tienda del barrio y lo unta con mermelada de piña.

Frank baja en pijama y se sienta el comedor de diario. Carmulena se acerca y le da un beso en la mejilla. Al no recibir respuesta, levanta la voz y dice:

—Buenos días.

Su marido sin prestarle atención pregunta:

—¿El periódico?

—Debe estar en el patio, como siempre.

—No entiendo que tanto te cuesta meterlo cuando compras el pan...

—Lo mismo que te cuesta a ti saludar a tu mujer

—¿Puedes servirme el desayuno, por favor, o también lo debo hacer yo?

El diario del día veinticinco de octubre ha sido dejado dentro de un sobre plástico en el quicio de la puerta de entrada. Para acceder a él, Frank debe mojarse las pantuflas. Frustrado se saca las babuchas en el lobby, Carmulena no puede evitar sonreír al verlo ingresar descalzo a la cocina.

Minutos después, Boris encuentra a sus padres sentados en la mesa. Con parsimonia se acerca a Frank y le da un beso en la mejilla. Carmulena se levanta para recibirlo con un abrazo y luego busca su desayuno en el horno.

—¿Qué son estas horas de bajar? ¿Acaso no tenías clases? —pregunta el padre, tras dejar a un lado la sección de noticias internacionales.

—No me despertó la Cucha, pues — responde Boris con irritación, mientras da un sorbo de jugo.

—¿Cómo qué no, Borichi? Vago irresponsable, fui dos veces a tu cuarto.

—¡No me grites, Cucha! No empieces desde tan temprano tus sermones. Me quedé dormido. ¡Ya está! Puedes tranquilizarte. Ni siquiera he desayunado y comienzas.

—Eres el colmo, seis y diez te fui a despertar.

—Ya no avanzo a llegar, iré a la segunda clase. Así paso un tiempito con mi mamita y desayuno con calma— argumenta Boris.

Frank, quién es el más interesado en la carrera de su hijo. Participa.

—¿qué te pasa, carajo? Sabes muy bien que el estudio es lo primero. ¡Es lo único! No me importa si desayunas o no. Te me vas ahorita mismo a clases.

—Pero Cucho, todavía no desayuno.

—No me importa. Carmulena, quítale el plato a este vago. Debe aprender a ser responsable.

La madre, aunque no esté de acuerdo con el maltrato, apoya a su marido en ese momento. Pero con el tiempo cambiará de parecer. Culpará a Frank por obligar a Boris a asistir a la clase de Análisis Matemático II esa mañana. Fue el viernes veintiséis de octubre del año dos mil dos.

—No quiero enterarme de que estés faltando a clases. La universidad no es un chiste — sentencia Frank antes de regresar a la noticia del secuestro masivo en el Teatro Dubrovka, en Moscú, Rusia.

Hacia el hospital

Los pocos árboles recién plantados en el parterre central reciben como bofetadas las ráfagas del vehículo de emergencia. Julio esquiva los baches con destreza, mientras Clara Estévez intenta estabilizar al herido, intubado y conectado al monitor de desfibrilación. Michelle Santana, líder de la comitiva, coordina vía radiofrecuencia el ingreso del paciente con el hospital Pablo Arturo Suárez, el más grande del norte de Quito.

La caravana llega a la avenida Edmundo Carvajal, conocida como acceso principal al Centro Comercial El Bosque.-La vía está saturada de vehículos y buses que regresan tras dejar a los empleados en el mall.

—¡Apúrate! Es una emergencia. ¡Te voy a meter preso! — grita el conductor —
¿Acaso no oyes la sirena?

—Don Julito, no sirve de nada perder los nervios. Concéntrese en llegar, podemos perder al paciente.

—Por eso mismo me pongo así. Saben que estamos de urgencia y no colaboran.

La patrulla T438 del sargento Borja alcanza la ambulancia después de varios minutos. Los policías avanzan detrás del vehículo, manteniendo una distancia prudente. Los policías avanzan detrás conforme la furgoneta se mueve.

—¡Qué lentos! De ganas nos ofrecimos a escoltarlos, Manjarrez. Este pendejo parece novato. Ni se crea que le abriremos el paso. Si no nos ponemos pilas, esto nos llevará todo el día. Lo mejor será marcharnos, pero antes deben saber que estamos aquí. Haz algo para que lo noten.

El suboficial enciende la sirena y coloca la patrulla a la par de la ambulancia. La acción permite que el tráfico fluya. Borja baja la ventana del copiloto y hace un gesto de aprobación con su mano derecha. Don Julio levanta su ceja en señal de agradecimiento. El vehículo de emergencia retoma el liderazgo de la caravana y avanza hasta que gira por la avenida Machala.

—Síguelos, al menos lleguemos hasta el hospital —comenta Borja mientras saca media cajetilla de *Lark* de la guantera y enciende un cigarrillo.

Tardan trece minutos y veintiséis segundos en llegar hasta el ingreso del hospital.

—Es el momento, Manjarrez. Déjalos entrar y sigue de largo

Arriban por emergencias y al entrar Julio se percata por el retrovisor la huida de los policías.

—Se fueron los chapas, niña. Siempre es lo mismo: si no hay coima, no se involucran. ¡Quéjese si le llaman a declarar! Por favor, quéjese.

—Don Julito, este no es el momento. Si me citan, no se preocupe, yo aclararé todo. Ahora estacione; debo bajar al paciente.

Julio se detiene detrás de otra ambulancia que está por salir. Clara y Michelle bajan al herido con mucho cuidado. La lluvia diluye las gotas de alcohol y suero fisiológico que cubren el rostro de Hans y se pierde entre los hilos humedecidos. El guardia que custodia la entrada se apresura a auxiliarlas. Un delegado de funerarias se acerca en busca de algún pariente para ofrecer sus servicios.

—Hoy no— grita Don Julio desde la ventana—. A sangrar a otro, ¡Carroñero!

Apaga el motor, toma una botella de agua y bebe un par de sorbos. Se dirige hacia la entrada del hospital. Busca a los policías, revisa en la calle, cruza a la vereda del frente, camina hasta la esquina, regresa, no da con ellos. Vuelve al vehículo, enciende la radio, no le interesa lo que suena. Sale de nuevo, toma la botella y se echa lo que queda en la nuca. Sin taparla, la lanza con todas sus fuerzas contra la llanta delantera.

—¡Pero si lo reportamos por la radiofrecuencia! Yo misma lo solicité ¿Cómo que no tienen espacio? ¿No ven lo grave que está? No podemos llevarlo a otro hospital; podría no sobrevivir.

Clara sostiene a Hans frente a la puerta de urgencias. Ha sido la única persona que permaneció junto a él desde que el auto lo atropelló. Limpia su cara con gasas nuevas. Intenta quitarle las gotas de dolor. El roce delicado contra su rostro es la única muestra de afecto que su cuerpo ha percibido desde los apabullantes golpes. A pesar de que es un paciente más, para ella, cada caricia es un acto sentido de compasión.

—El paciente puede morir en el trayecto. Por favor, denos una mano — suplica Michelle.

—No le van a recibir, Clarita. Están saturados. ¿Para qué diablos activan la radiofrecuencia? Son unos incompetentes.

—¿Qué haremos? Mira lo delicado que está — pregunta Clara y levanta la mano para mostrar el rostro ensangrentado.

—Anota el nombre del doctor. Si algo le pasa, él será el responsable. No podemos hacer nada más. Debemos irnos.

Al verlas, Julio estira el cuello por el malestar y prende la furgoneta. Retrocede la ambulancia hacia la zona de desembarque. Con el motor encendido, corre a abrir la puerta trasera.

—¿Ahora qué, niña Michelle? ¿Tendrá seguro social o vamos al Vozandes, que está cerca? ¿Revisaron si traía tarjeta de crédito?

—No, Don Julito. Directo al Eugenio Espejo. Dudo que tenga seguro, peor dinero para un hospital privado. ¡Saldrá un dineral! Vamos a lo seguro. Ya aviso por radiofrecuencia.

Del hospital Pablo Arturo Suárez al Eugenio Espejo hay más de diecisiete kilómetros. Para ahorrar tiempo, deben usar el carril exclusivo del trolebús. Julio toma la avenida Vaca de Castro, son tres cuadras de viejas casas que, conforme la casa de salud se ha convertido el núcleo y centro de atención médica del norte de Quito, sus fachadas y patios ahora funcionan como farmacias, laboratorios clínicos y centros de Rayos X. Descienden hacia la avenida de la Prensa.

El piso mojado complica las maniobras, pero Julio conduce con habilidad.

—Nunca es fácil—repite todas las noches a su mujer cuando ésta le consulta cómo le fue en su día.

No deja de presionar el acelerador, a menos que sea estrictamente necesario. Michelle y Clara, acostumbradas a su conducción, saben cuándo y cómo actuar con los movimientos del automotor. Pendientes de los monitores e indicadores, esperan que la situación de Hans no empeore.

Tras una maniobra más arriesgada, en la intersección de la avenida La Prensa y el inicio de la avenida Amazonas, al tomar la curva, Julio no calcula correctamente la velocidad y la furgoneta se desestabiliza, queda en dos llantas. Al caer con las cuatro llantas, el movimiento ocasiona que la camilla salga de su riel de aseguramiento y quede al vaivén del desplazamiento. Clara logra sostener al paciente y evita más daños.

—¡Don Julio! Esto no puede pasar. Casi volamos. Conduzca con calma.

Una vez que el herido está seguro, continúan. El vehículo avanza sin mayor contratiempo. Los semáforos les favorecen, y llegan a la avenida Patria en menos tiempo del esperado. Avanzan algunas cuadras más e ingresan al hospital.

—Fue lo mejor que pudimos hacer, mi sargento. Suficiente acompañarles hasta el hospital. Voy a estacionar detrás de ese árbol, necesito orinar.

—En esa tienda pide dos vasos. Me dio ganas de tomarme la colita que sobró. Pero lávate las manos primero. Pide que te presten el baño.

— Sírvase, mi sargento. ¿Qué hacemos ahora? ¿Patrullar?

—Está frío. Regresemos al PAI, descansamos un rato y después te pones a redactar el parte. En la tarde, antes de acabar el turno, nos damos una vuelta por el hospital y, de paso, me das un aventón por mi casa.

Al llegar, Michelle decide entrar sola para verificar si recibirán a Hans Ñacato. Es el hospital público más grande y concurrido de Quito. Las áreas de urgencia y consulta externa están abarrotadas. Corre en búsqueda del responsable a cargo, no lo encuentra, conversa con los médicos residentes de turno y les explica el cuadro. La respuesta es la misma que en el anterior: para un caso tan grave, no hay disponibilidad inmediata. La atención podría tardar al menos dos horas. Le recomiendan trasladarlo al Hospital del Sur, que recientemente abrió una nueva área de cuidados intensivos. Michelle hace el último intento para registrarlo. Uno de los médicos la lleva a la sala de urgencias para que comprenda la situación.

—Nuestra única opción es el hospital del Sur — le dice Michelle a Don Julio — Debemos ir de inmediato y conseguir un cupo. ¿Cuánto tiempo tomará?

—No menos de veinte minutos, niña. Ese tráfico es cosa seria. Habrá que tomar los atajos.

—Vamos, Don Julio. Es nuestra última oportunidad.

Para el traslado final evitan usar la radiofrecuencia. Se dirigen directamente al destino. Desde que partieron del lugar del accidente hasta llegar al Hospital del Sur ha transcurrido más de una hora. Contra todo pronóstico, el paciente resiste. Al llegar, sacan al herido de la ambulancia, y Michelle, decidida, irrumpe en la sala de emergencias gritando:

—¡Necesito atención inmediata para este paciente!

Cuando un residente se acerca, Michelle detalla la situación con rapidez:

—Tiene múltiples traumatismos, craneoencefálico con hemorragia interna y externa, desprendimiento de tejidos, fractura múltiple en peroné y rodilla. ¡Está muy grave! Lo deben atender ahora mismo. ¿En qué cubículo lo ingreso? ¡Rápido!

¡Ándate ya cabrón!

07:10. Apurado entra a su habitación, maldice a su padre. Se alista al apuro. Corre hacia su baño y se coloca los lentes de contacto, los usa desde los quince. Aplica una gran dosis de desodorante en cada axila, no quiere pasar vergüenzas con sus compañeras de aula. Adicional a la camisa blanca y chaleco amarillo se pone el reloj *Fossil* de acero inoxidable que le regalaron por sus dieciocho años. Corre hacia el baño de sus padres y como represalia a Frank toma la botella de cien mililitros de *Acqua di Gio* y la rocía por su rostro, su cabello y los hombros. Regresa a la habitación, toma su mochila y sale con dirección hacia el parqueadero. Sobre su escritorio queda abierto el libro de Física de Zemansky, del que no entiende nada y que años después, por su gran tamaño, sólo servirá a Carmulena como pedestal para su laptop.

Entra nuevamente a la cocina, pasa de largo a sus padres. Toma de la alacena un refresco *Kapo animado*, de cereza, y lo mete en su mochila, al guardarlo emite un murmullo de molestia y al no encontrar respuesta por parte de sus progenitores sale de la cocina sin despedirse y azota con fuerza la puerta.

Está cansado de la presión de su padre. Quiere hablar con Frank; no le interesa seguir el legado familiar. En los dos semestres que ha cursado, se dio cuenta de que no sirve para la ingeniería. No le gusta estudiar. Desea tener un negocio propio.

Sus amigos están hartos de escucharlo decir que nació para ser millonario, un gran empresario que no necesitó "*quemarse las pestañas*" durante cinco años para terminar trabajando por quinientos dólares al mes. Quiere dejar la carrera, aunque no la universidad.

—En la Cato hay unas peladas riquísimas, ¡huevón! — Saca en cara a cualquier que le pregunte.

Siente como mérito propio los rasgos y atributos físicos de las estudiantes más guapas de las facultades de Administración y Biología. Sabe que no es agraciado ni tiene suerte con las mujeres, aun así no se cansa de jactarse ante sus grandes amigos del colegio de su buena fortuna. Siempre que puede, recalca que él es el único que logró entrar en una de las universidades más caras y que, además, va en su propio auto.

Tiene veinticinco minutos para llegar. Eso si el profesor de Análisis Matemático II está de buen humor y aplica la regla de los diez minutos de gracia. Molesto se sube en su auto y lanza sin precaución su mochila en el asiento trasero.

Abre el portón del garaje y pone su última adquisición, *Freak on a Leash* de Korn, en el reproductor de discos compactos. Baja las ventanas, selecciona la tercera canción, *Got the Life*, y sube el volumen al máximo. Espera paciente, busca a la silueta de su padre en la ventana. La caja de cambios está en neutro; presiona el acelerador hasta el fondo, exige toda la potencia del motor de mil doscientos centímetros cúbicos.

El escándalo es mayúsculo. Quiere llamar la atención del vecindario. El piso sigue mojado y el cielo está nublado, pero aun así saca de la guantera sus gafas *Oakley originals* y se las ajusta. Revisa su cabello en el retrovisor y deja la puerta del garaje abierta.

Espera que su padre, cómplice de la escena, salga de la casa para buscar el control remoto que guarda en su auto y cierre el portón.

Frank hábilmente se las ideó para asesorar y encarrilar a su hijo. La promesa de regalarle un auto propio si lograba entrar a la facultad de Ingeniería Civil de la Universidad Católica, su alma mater, fue su estrategia definitiva. Fue un orgullo para Carmulena que del sexto curso del colegio Humbert su hijo fuera uno de los cinco que lograron ingresar a la Cato.

Tres días después de leer el nombre de Boris en la lista de admitidos, en el puesto treinta y cinco de treinta y seis, Frank cumplió su oferta. Le entregó las llaves de un Renault Twingo de segunda mano, modelo del 96, y ahí mismo lo bautizó con el nombre de *Tivi*.

—¡Rojo Ferrari, marica! ¿Qué más te podías esperar? ¿Carrazo, no? —le dijo al oído a Nico, el Choto, cuando fue a presumir su regalo.

07:17. Sabe que está atrasado y para llegar a tiempo deberá cruzar gran parte de Quito en menos de quince minutos. Cómo se va a arrepentir por el resto de sus días el haber jugado a ser Ayrton Senna. Una verdadera hazaña considerando que es viernes de lluvias.

Dead Bodies Everywhere es entonada por Jonathan Davis al pasarse el semáforo en rojo de la avda. Machala y la avda. Vaca de Castro. Critica a Frank por no dejarlo desayunar. Le crujen las tripas y se muere de las iras porque recién probará bocado al acabar la segunda hora de clases. Espera no desmayare, maldice a su padre por obligarlo a estudiar ingeniería y también a su madre por no hacer nada al respecto. Piensa en los huevos pericos, presiona a fondo el acelerador. Desea el sánduche de mermelada de piña entre sus manos.

—Las galletas *Tango* — recuerda los dos paquetes que tiene guardados en la guantera.

Curva a la derecha por el parque Inglés y hace una maniobra acrobática para obtener su premio. Con desespero abre la envoltura de la primera galleta y la come de un bocado.

Son tres cuadras las que debe circular hasta llegar a la avda. Occidental. El semáforo tiene una cola de cinco vehículos. En la espera retrocede el reproductor hasta la canción número dos *Freak on a Leash*, su favorita. Se ha declarado el fanático número uno de *Korn* y de las nuevas bandas de *nu metal*. No puede ser de otra manera. Es la música que escuchan sus compañeros de universidad. Es su nuevo género favorito como antes era amante de la corriente de Onda Vaselina y después, muchos años después, no parará de perrear con Bad Bunny y C Tangana.

Se termina la segunda galleta. A su costado se detiene un *Suzuki Forsa Uno* con los vidrios polarizados y una calcomanía con el logo de *No Fear* en el parabrisas. No puede creer el mal gusto. Al cambiar el semáforo, pita hasta captar la atención del conductor y grita: —¡Cholo de mierda!— y acelera de tal manera que se escucha derrapar las llantas contra el pavimento mojado.

07:25. Agradece que la avenida Occidental esté despejada, puede aprovechar para correr. La vía es de tránsito rápido y es uno de los pocos desfogues que tienen los quiteños para cruzar la ciudad de norte a sur relativamente rápido. *All in the family* suena a todo volumen. Boris conduce con la mano izquierda sobre el manubrio. Aunque no sabe inglés, balbucea la letra y mueve su cabeza de arriba hacia abajo. El auto pasa los condominios de San Carlos.

Para aprender a manejar no fue a una escuela de conducción, Frank se encargó de enseñarle al cumplir los doce años. Sabe muy bien que el carril derecho no es para rebasar, y decide avanzar por ahí.

A menos de cincuenta metros del paso peatonal de la avenida Occidental y la calle Veinticinco de Noviembre, aparece un gran bulto frente al parabrisas. El velocímetro marca noventa y tres kilómetros por hora. Boris presiona el pedal del freno y su frente se estrella bruscamente contra el cristal. Reacciona instintivamente. Con mucha dificultad controla el auto que acaba de dar una vuelta de campana. *So, you hate me / And I hate you / You know what, you know what? / It's all in the family* se escucha a todo volumen. Pierde noción de lo que sucede. Sus manos están pegadas y su cuerpo atontado tiembla. Apenas logra respirar.

Se toca el pecho, el cuello y la cara. Gotas resbalan por sus mejillas y tiñen de rojo su chaleco. Sus dedos tropiezan con una herida en la frente, justo sobre un gran chibolo. Un latido punzante le sacude la cabeza. Está a punto de vomitar y devolver las galletas *Tango*: sin embargo, se contiene al darse cuenta de la sorpresiva llegada de curiosos.

Las caras desconcertadas le regresan a la realidad. Su parabrisas está quebrado. ¿Qué fue lo que le impactó? Con las manos todavía temblorosas apaga la música. El dolor de cuello le impide darse la vuelta. Con mucho esfuerzo se acerca al retrovisor y se reconoce detrás de una máscara de sangre, una máscara que lo desnuda y expone al mundo. Respira profundo, gira el espejo con dificultad, se encuentra con un grupo mayor de curiosos que miran un cuerpo tendido en el asfalto. Sólo ahí entiende la situación. El bulto que dañó su auto y voló hacia sus espaldas, es un ser humano. No lo puede creer, ¿cómo pudo meterse en un lío así?

Boris está a punto de desmayarse. Hiperventilando busca desesperado algún signo, una reacción, algún movimiento. Sabe que la persona tendida es la culpable de que él sangre, de que tenga un intenso dolor de cabeza y no pueda mover su cuello, aun así, quiere verlo ponerse de pie. El peatón permanece inmóvil, impávido, tendido en el pavimento como un muñeco de trapo.

— ¿Qué le pasó a este cabrón? ¿Qué le pasó a este hijo de puta? — se pregunta histérico al darse cuenta del problema en el que está metido.

— ¡Le maté!, ¡Huevón! ¡Le maté al cabrón! — Grita desesperado, afónico de esperanza. Nunca el vacío había tenido tantos colores. — ¡Maté al hijo de puta! — repite mientras golpea con fuerza el volante.

— Si tienes un accidente, debes darte a la fuga. No te portarás cojudo, podrías arruinar tu vida. — Recuerda decir a su padre.

07:27. — No te puedes bajar, Huevón. No lo hagas — repite una y otra vez. Se imagina detenido, esposado, y llevado a la cárcel. No deja de mirar el charco de sangre, implora que se levante el peatón. Su corazón late tan fuerte que siente que va a explotar. Los curiosos se multiplican, entiende que en cuestión de segundos cualquiera lo puede enfrentar. Tiene que decidir si se queda y auxilia, o se da a la fuga.

— ¿Te quieres cagar la vida? ¿Te quieres cagar más? ¡Ándate ya cabrón!

La identificación

Quedan algunos basureros por vaciar. El escándalo que surgió minutos antes en la recepción llamó tanto la atención de Gloria quien decide acercarse a averiguar, una vez que termina con la limpieza del departamento administrativo. Una bolsa de desechos comunes se arrastra por un pasadizo oscuro, donde una luz de tungsteno parpadea.

—Oye, Henry. ¿Qué pasó? ¿Quién gritaba?

—La paramédica que trajo al nuevo. ¡Qué cabreada! No se fue hasta que le dieron admisión. Estaba histérica, Glorita.

—¿En serio?

—Sí. Me recordó a la esposa del doc McKenzie cuando se enteró que él le fue infiel en la fiesta de navidad.

—Henry, ya te he dicho que no seas boca floja. ¡Qué lengua tienes! ¿Acaso tú le viste que le fue infiel? Luego metes a la gente en problemas.

—Glorita, no es así. La misma gente se mete en problemas. Yo solo soy un espectador. Lo único que le puedo decirles es que, a partir de esa fiesta, la señora dejó de llamar al hospital.

—Ya vas. Henry, eres el diablo. Que ni te escuchen, porque un día te echaran por chismoso. A ver, déjame pasar, que necesito recoger la basura.

—Henry.

—Licenciada, buenos días— contesta sorprendido al ver a la jefa de enfermeras de pie detrás de él.

—Henry, el paciente que llegó recién será intervenido hoy mismo. Necesito que encuentres un familiar lo antes posible.

—Licenciada, ¿tenemos las pertenencias para fijarme si hay algún documento o teléfono?

—Ese no es mi trabajo, deberías saberlo. —responde con ímpetu la enfermera. Quién da media vuelta e ingresa a la sala de emergencias.

—Te lo dije. Seguro te escuchó la licenciada— susurra Gloria—. Qué bruto eres, ¿cómo vas a hablar del jefe así?

El asombro desvanece el brillo de sus ojos. No esperaba que alguien más le escuchara, mucho menos la persona más estricta del hospital. La vergüenza ha invadido su cuerpo; su rostro, colorado, le hierve como si hubiera recibido un gran golpe en los

cachetes. Queda inmóvil, sin saber cómo reaccionar, cuando la encargada de la limpieza le pide paso para abandonar la recepción. Al no moverse, ella debe empujarlo para pasar.

—Haz rápido lo que te dijo la licenciada, así no te ganas más problemas. — sentencia Gloria antes de desaparecer por el mismo corredor por el que llegó.

Henry prefiere quedarse solo. En medio del gran salón, se siente tan solitario, pequeño e insignificante, que el momento resulta demasiado incómodo para él mismo. Sabe que debería salir de su cubículo circular y buscar las pertenencias de Hans, pero la idea de un encuentro con el doctor McKenzie le aterra. Su dedo, inquieto, gira sobre la rueda del radio. Quisiera que alguna emisora le ofrezca una respuesta a su dilema. El equipo de sonido apenas emite un murmullo entrecortado de estática y voces lejanas, tan difusas como las ideas que rondan su mente. Tras un prolongado silencio, decide esconderse.

—Ese es tu trabajo. ¿Quién se ha creído esta vieja para tratarme así? — murmura al asegurar con candado la puerta batiente de la recepción.

Aunque no necesita ir al baño, entra con su rollo de papel. Sentado sobre la tapa del inodoro recuerda, los gritos del jefe de emergencia a los médicos de guardia, los insultos a las enfermeras y el maltrato a los familiares de los pacientes. Le tiene miedo y no quiere pasar por eso.

— ¡Vieja metiche! Seguro le fue con el chisme. — increpa a la jefa de enfermeras. —¿Qué voy a hacer?

Escucha abrirse la puerta. Las voces de dos hombres resuenan entre las paredes color blanco hueso. Henry recoge las piernas, las abraza con las manos. No quiere ser descubierto. Reconoce una voz, es de uno de los nuevos médicos residentes.

— Si no fuera por su tamaño, no creo que aguantara. Tiene un edema cerebral, y hay que hacerle una craneotomía descompresiva — comenta el galeno.

El recepcionista endurece los músculos del rostro, tanto que parece una roca. Respira lentamente. Oye abrirse uno de los grifos.

—El tipo está hecho un desastre. No creo que se salve. Ya lo están preparando para quirófano — alega el doctor tras lavarse las manos.

— En dos horas termina mi turno, así que no cuenten conmigo, peor por ese caso perdido— replica la voz que el recepcionista no logra identificar.

Henry evalúa pedirle ayuda al doctor. Él podría ingresar tranquilamente a la sala de urgencias y buscar las pertenencias de Hans. Sin embargo, conoce el ego de algunos médicos y las barreras que suelen poner con otros trabajadores. No son amigos. Como

apenas han conversado un par de ocasiones, desiste de la idea. Resignado, decide quedarse inmóvil hasta que el sanitario quede vacío.

No se le ocurre una idea para evitar al jefe de emergencias. Quisiera quedarse escondido de por vida en ese cubículo. Está claro de que, si habló la enfermera, no tiene salida, y cuanto más tiempo pase, más grave será la reprimenda. Seguramente la licenciada ya pregunta por él, y si lo encuentran escondido, será peor. Espera hasta que se cierre la puerta de los servicios higiénicos y se esfumen las voces. Sólo cuando gobierna el silencio baja las piernas del inodoro. Le cuesta incorporarse por el entumecimiento, para no generar sospechas tira de la cadena. Sale del baño con el papel higiénico, intacto, en la mano.

El olor a muerte se le impregna al ingresar en la sala de emergencias. Acostumbrado a la fatalidad, no se sorprende por la mezcla de antisépticos, látex y fluidos corporales. Tampoco presta atención al sonido de las camas que cambian de lugar ni al ajeteo de las enfermeras que colocan sondas, o el de los médicos que entuban a los pacientes. Le que sí despierta su interés, eso sí, es el sonido de las máquinas; le recuerdan a los cosmos y sus videojuegos. Lleva puesto una mascarilla y trata de ajustarla para cubrirse todo el rostro.

No se inmuta al ver a Hans intubado, boca abajo en la cama número cuatro, con una abertura en la nuca y cables pegados al cuerpo.

—Todo por culpa de este pendejo — comenta al ingresar con una funda al cuarto improvisado con una cortina. La cierra y se acerca a las pertenencias del paciente, colocadas sobre una silla. Hans, inclinado treinta grados, permanece inconsciente.

Henry siente una mezcla de curiosidad y repulsión. La abertura en la nuca expone el hueso fracturado, algo que lo deja atónito. Aunque ha trabajado en el hospital durante años, nunca había estado tan cerca de una herida abierta como esa. El morbo domina a Henry.

—¿Qué corona tienes para que hagan tanto escándalo? — pregunta al aproximarse hacia la herida.

Una fuerza oculta dentro de él lo impulsa a seguir mirando, casi hipnotizado. Se inclina más hacia la abertura. No puede dejar de contemplarla. ¡Sus sesos! Desea verlos, lo necesita. Desconoce ese interés repentino y no le importa, sabe que no tendrá otra oportunidad para ello. Deja la funda en el suelo, y estira su mano derecha hacia la cabeza del paciente. Quiere tocar, explorar, saber qué hay más allá.

De repente, el sonido del cordel de la cortina corriéndose lo hace saltar.

—¿Qué haces acá? ¿Acaso quieres suturar al paciente? — pregunta irónicamente el jefe de la unidad con su habitual tono de superioridad.

El susto hace que el recepcionista retroceda bruscamente, y gracias a una rápida reacción no caiga sobre el accidentado. El galeno, de pie frente a él, con su figura imponente, bloquea cualquier intento de fuga.

—Doctor... buenos días. Vine por las cosas del paciente, la Licenciada Regina me pidió ubicar a un familiar —responde Henry con nerviosismo.

—¿Y qué esperas? ¿Acaso quieres que yo lo haga?

Henry permanece inmóvil, preparado para recibir la reprimenda.

—¡Estorbas! Hazte a un lado. —ordena McKenzie, empujándolo con una mano en el pecho al pasar junto a él.

El recepcionista queda impresionado por la fragancia del médico, un aroma que neutraliza los antisépticos y proyecta una autoridad casi sobrenatural. Le encanta, quisiera una igual para reflejar la misma presencia.

—¿Por qué sigues aquí? — insiste McKenzie, irritado.

—Ahorita mismo reviso las pertenencias, doctor. Si es necesario quedarme horas extras para ubicar a un familiar, así lo haré. — responde aliviado Henry al intuir que no recibirá una reprimenda.

—¡Nada de horas extras! Encuentra al familiar ahora mismo y desaparece de mi sala. No te quiero ver más.

Henry sale de la sala de emergencias con la mochila sobre el hombro y una sonrisa que no es perceptible por la mascarilla. El paso es apresurado, siente que ha salido victorioso al evitar un regaño mayor.

—Se salvó la vieja solterona. Mejor que no dijo nada, si no, se las habría visto conmigo —comenta, con soberbia, Henry al regresar a su puesto de trabajo.

En la recepción, Gloria lo espera con una expresión curiosa.

—¿Por qué te ríes? ¿Te regañaron? ¡Cuéntame, muchacho!

—Cómo va a pensar eso, Glorita? Con todo lo que sé, soy intocable en este hospital. Ni *pío* se atrevió a decirme el doctor. Venga, acompáñeme a revisar las cosas del paciente.

—¿Acaso crees que soy desocupada? Mira todo lo que tengo que limpiar.

—Ya va a decir que no le da curiosidad. Entre acá y hágase la que barre.

—Henry, eres el diablo. Apúrate si quieres que te acompañe.

La sonrisa de Henry regresa al inspeccionar las pertenencias de Hans, si bien no le emociona realizar el trabajo, salir victorioso del encuentro con el doctor McKenzie le reconforta con una mezcla de emoción y rutina. Gloria, interesada, lo observa de reojo con el trapeador en mano.

—Veamos qué nos trajo la Navidad. Tenemos una mochila, un saco de lana, un paraguas... ¡Bingo! La billetera. ¿Dónde están mis lentes? Ay, qué bruto, claro, si los tengo puestos.

—¿Así dices que eres intocable? —se burla Gloria.

—¡Glorita, póngase seria! Veamos... Aquí está su cédula. Es soltero y nació en el setenta y ocho... Ah, no, en el setenta y nueve. Tiene veinticuatro años. Lugar de nacimiento: ¡Guano!

—Cinco dólares... Seguro los registraron en el parte. ¿Cuánto dinero tendría de verdad?

—¿Cómo de verdad? —pregunta incrédula Gloria.

—Nada, nada. Mejor no arme polémica. ¿No hay una libreta de direcciones? ¡Qué iras! Tendré que usar la guía telefónica. ¿No será mejor esperar la operación?

—No seas desalmado. No me moveré hasta que los encuentres.

Suspira resignado. Se sienta junto al teléfono y empieza a marcar números en la guía telefónica.

—Ñacato Chantó, al menos no creo que haya muchos con esos dos apellidos:

Hola, buenos días, ¿hablo con la familia Ñacato Alvarado? Estoy buscando a un familiar de Hans Ñacato, ¿Tal vez ustedes lo conocen?...

Qué tal, ¿hablo con la familia Ñacato Becerra? Estoy buscando a un familiar de Hans Ñacato, ¿Tal vez ustedes lo conozcan?...

¿Hablo con la familia Ñacato Díaz? Disculpe, un buen día...

—Llamé a toda la guía telefónica y el chico no está emparentado con nadie. Es un pobre diablo, Glorita. Ya no puedo hacer más.

La encargada de limpieza lo observa con el semblante serio. Le pide paso y sale de la recepción.

Los Guerra son una familia de ingenieros

El sonido del timbre del teléfono la sorprende. Carmulena, aún más extrañada, se asombra de haber llamado tan temprano a su amiga Ines. Intrigada, se apresura a tomar el auricular inalámbrico que quedó sobre el mesón de la cocina. Una voz desconocida, de tono seco, la saluda al otro lado de la línea. Es una mujer que pregunta por su marido.

—¿Frank? —pregunta Carmulena con incredulidad.

—Sí, por favor, pásamelo. Es urgente.

—¿Urgente? —Titubea. Un incómodo silencio llena la conversación por unos segundos. Finalmente, Carmulena pide cortésmente que espere un momento.

Desconcertada, abandona la cocina y sube apresurada a la habitación. Encuentra a Frank vistiéndose.

—¡Teléfono! —exclama ella con impaciencia.

—¡A esta hora! ¿Quién es? —responde Frank, irritado.

—Una amiga que te necesita con urgencia. ¿Qué hiciste para que te llamara a la casa?

—Ya vas a empezar, mujer.

Frank toma el auricular mientras se acomoda la camisa bajo el pantalón y saluda. Su expresión cambia al reconocer la voz.

—¿Juanita? ¿Pasó algo en la oficina?

Carmulena, apoyada en el marco de la puerta, escucha atentamente.

—¿¡Boris!? —pregunta sobresaltada.

—¿Cómo que Boris? —interviene Carmulena, acercándose con preocupación.

Su marido le pide calmarse, le da espalda para prestar atención a su compañera. Se aleja hacia la ventana del dormitorio.

—¡Un accidente! —dice Frank, y la palabra retumba como martillazo que destroza los tímpanos Carmulena.

—¿¡Accidente!? —repite ella con voz quebrada, llevándose una mano al pecho que late con violencia, como un parche de tambor de capoeira.

—¿En la Occidental? —escucha decir a Frank. La frase la paraliza. Sabe que los accidentes en esa avenida suelen ser devastadores. Una nube de desconcierto invade su alma, la incertidumbre la consume. Se desespera por conocer la verdad, sin darse cuenta de que, a veces, el precio es demasiado alto y uno puede perderse al buscarla.

Se acerca con su pijama de desazón a su marido, y le araña el brazo con la intención de hacerle daño. Quiere lastimarlo como ella se siente lastimada. El miedo de su mirada habla por ella.

—¿Cómo está él, Frank? ¡Pregunta!

Frank la aparta con brusquedad, trata de ordenar sus pensamientos. Necesita claridad entre tantas palabras.

—¿Qué le pasó a mi Borichi? —reclama Carmulena, con la voz cargada de desesperación.

La espera la desmorona, pero finalmente escucha a Frank:

—¿Estás segura, Juanita? ¡Gracias a Dios!

—¿Qué? ¿Qué te dice? —lo interrumpe, aferrándose a su brazo.

—Muchas gracias, Juanita. Qué bueno que estés con él. Salimos para allá.

Frank cuelga y entrega el teléfono a su mujer. Al darse cuenta de que sigue en pijama, le pide que se vista con lo primero que encuentre mientras él corre al armario por sus zapatos.

—¡Antes dime qué le pasó a mi Borichi! ¡Responde, carajo!

—Tranquila, mujer, tranquila. No entiendo cómo puede ser tan bruto. Este muchacho sólo usa la cabeza para sostener las gafas.

—¿Qué le pasó? ¡Cuéntame!

—Se le atravesó un perro en la vía y, como seguro iba como loco, lo impactó y salió disparado. Su cabeza se estrelló contra el parabrisas. ¿Y adivina qué? Lo destrozó.

—¿Mi Boris? ¡Dios mío! ¿Cómo está? ¿Qué pasó con nuestro hijo?

Basándose en la impresión de su colega, Frank minimiza el incidente:

—No está herido, al menos no de gravedad. Sí está asustado, como es de esperarse, pero nada más. El auto parece haber recibido la peor parte. Ya veremos cuánto me costará repararlo. Y créeme, de alguna manera le haré pagar.

—¿El arreglo?! ¿Nada más?! ¿Él es el bruto, Frank? ¿Dónde demonios está mi hijo? —grita Carmulena mientras se cambia el pijama por una licra. Lo reprende con una mirada fulminante. Está furiosa por la actitud de su marido y le promete que, si algo grave le ocurre a su hijo, nunca se lo perdonará.

—Seguro chocó por hacerte caso, para llegar a tiempo a esas clases que detesta. Para complacerte. Porque claro, *los Guerra son una familia de ingenieros*, ¡qué maravilla! Y ahora, por esa tontería, nuestro guagua está *un poco asustado*. ¡Nada más! Ustedes dos me van a matar de un ataque de nervios.

Sin esperar respuesta, Carmulena lo empuja para abrirse paso.

—¡Hazte a un lado, carajo! ¡Déjame pasar!

A medida que se acercan a su destino, la madre, inquieta, teme por la magnitud del golpe que sufrió Boris. Sabe que si el parabrisas está destrozado, el impacto no puede ser leve dice la compañera de trabajo de su marido.

—¡Apúrate! ¡Es una emergencia! ¡Acelera, carajo!

Carmulena, desesperada, se inclina sobre los brazos de Frank y toca el claxon con insistencia. Luego, sin dudarlo, presiona la pierna derecha de su marido, exigiendo más velocidad. El asfalto sigue húmedo, pero a ella no le importa; lo único que desea es llegar lo antes posible.

El estado de ánimo de Frank armoniza con el cielo gris de Quito. Por la situación deja pasar el atrevimiento de su mujer. Conoce su tendencia a exagerar, está cansado de ello. Prefiere no persuadirla, podrían empeorar las cosas. Sin mucho éxito intenta distraerse con las noticias en la radio ya que cada vez que sube el volumen ella lo baja.

Al llegar al parque del barrio de la Granda Centeno, divisan el auto de su hijo parqueado al otro lado del parque. Desde esa distancia, no parece haber señales evidentes del accidente.

—Ahí está mujer. Te dije que, no era para tanto. Te alteras por gusto.

El barrio está asentado alrededor del parque y deben circunvalarlo. Los padres de Boris avanzan y se encuentran con el vehículo parqueado de espaldas. La primera impresión es de alivio: el auto parece intacto. Sin embargo, al aproximarse más, las lágrimas de Carmulena revelan la verdad.

Frank comprende a su colega. La situación es más grave de lo que esperaba. La parte delantera del *Renault Twingo* rojo Ferrari está desfigurada. Carmulena siente un nudo en el pecho al ver el estado del parabrisas, del cual sólo quedan fragmentos en el salpicadero y el interior del vehículo. Los diminutos cristales brillan bajo la luz, mientras manchas de sangre se camuflan en las abolladuras del capó. Frente al asiento del conductor, una grieta en forma de estrella decora el vidrio, y más tarde descubrirían pequeños restos de cuero cabelludo en el metal.

—Le cagó al carro — murmura Frank, intentando de que su esposa no lo escuche.

Gracias a que el silencio de los metales torcidos es insoportable, Carmulena lo escucha. Ella reacciona furiosa propinándole un puntapié en la rodilla.

Agradece a Dios que su hijo siga vivo, necesita saber cómo se encuentra. No conoce la casa de Juanita, aun así, la madre corre hacia el primer portón que ve y golpea

con fuerza. Frank la persigue y cuando da alcance le pide tranquilizarse, no quiere que se arme un escándalo. Deben ser prudentes por lo que acaban de ver. Discretamente la toma del brazo, lo presiona con fuerza y la hala hacia la casa correcta.

—¡Suéltame! Puedo sola, me lastimas.

Al timbrar, Juanita aparece detrás de la puerta principal. Tras ella, su hijo.

Boris se presenta irreconocible, muy distinto a la última vez que lo vieron en la mañana. Su camisa y chaleco están cubiertos de sangre, y su rostro muestra rastros de plasma seca. Una venda improvisada cubre un gran chibolo, y la tez de su frente tiene un tinte morado verdoso.

Carmulena no se puede contener y, a punto de desmayarse, se lanza hacia Boris. Frank, afectado pero firme, saca fuerzas y sostiene a su esposa. El abrazo es doloroso y sentido, Boris no recuerda haber visto a sus padres tan asustados e intenta tranquilizarlos.

—Cuchos, estoy bien. De verdad, es sólo sangre— aseguró Boris con voz débil.

Juanita para suavizar el momento, interviene:

—Gracias a Dios, sólo son heridas superficiales. Es una desgracia con felicidad, su hijo estará bien, se los aseguro.

Las palabras de Juanita desatan indignación en Carmulena y su reacción es vibrante:

—¿Superficiales? ¿Eso dices? ¡Mira cómo está mi hijo! No, eso no lo puedes decidir tú. Necesita atención médica.

La madre no sabe cuánto le costó a Boris convencer a la amiga de su padre que no llame a una ambulancia.

—¡Cucha, no! Estoy bien. Por favor, sólo quiero descansar. Yo mismo le dije a Juanita que no llame a la ambulancia.

—¿¡No es necesario?! ¡Mira cómo estás y cómo quedó el auto! Vamos al hospital Metropolitano ahora mismo.

Juanita, visiblemente incómoda, le responde:

—Si quieres, traigo el teléfono para que tú misma llames a la ambulancia. Eso iba a hacer y tu hijo no me dejó.

Frank en aras de calmar los ánimos, interviene.

—Tranquilas, por favor. No hace falta llamar a nadie más. Ya estamos aquí. Boris, te guste o no, iremos al hospital.

Carmulena con lágrimas en los ojos, lo abraza nuevamente.

—Borichi ¡Gracias a Dios te tenemos con nosotros!

Frank añade con dureza:

—Mira el auto, no sirve para nada, lo destruiste. Qué irresponsable eres, Boris. Tienes suerte de seguir vivo.

Molesto por el regaño, Boris toma a su madre y, con esfuerzo, se sienta con ella en la entrada de una casa cercana. Se refugia en sus brazos como cuando era niño. Frank, acostumbrado a estas escenas y la compicidad de su esposa. Juanita le acompaña, queda a la espera de que tomen una decisión para poder ir a trabajar.

Niño con aroma a hombre

En el noticiero *Primer Impacto* vio días atrás una noticia acerca de las consecuencias de las contusiones en el cerebro. Reflexiona sobre la suerte de su hijo. Le impresiona el chibolo que sobresale de su frente. Cada segundo que pasa, percibe más grande al hematoma. Lo observa crecer y crecer, piensa que explotará.

Cuando Carmulena intenta quitarle el vendaje improvisado, Boris retrocede varios centímetros y lanza un rugido. La detiene con un manotazo, ella se asusta y retira inmediatamente el brazo. La reacción de su hijo la deja perpleja, no sabe cómo actuar. Es la primera vez que siente que no está ahí para él, que no puede ayudarlo. ¿Por qué no parten al hospital? ¿Qué hace Frank, por qué revisa el vehículo y no está con ellos?

Ya lo escuchó en el programa de televisión: una contusión puede tener consecuencias fatales. Se debe actuar con celeridad. Le parece increíble la parsimonia de todos.

—Hijito, debe revisarte un doctor, mi amor. ¡Estás bañado en sangre! Me preocupa ese golpe, hijito. — comenta mientras sus dedos inseguros exploran con delicadeza el rostro.

Boris toma la mano de su madre y la separa bruscamente de su cabeza.

—¡Basta! —Se incorpora con dificultad—. Deja de insistir con lo del doctor. Te traje hasta aquí para contarte la verdad. ¡Déjame contarte la verdad! Después iremos donde se te dé la gana —reclama, irritado.

Carmulena lo sostiene al darse cuenta de que está por caer. Al hacerlo, percibe cómo la acción incrementa el malestar de su cabeza; la molestia es intensa y el mareo inevitable. Boris se apoya en la puerta. La madre intenta pedir ayuda a su esposo. Boris interviene:

—Cucha, no lo llames. ¡Tengo que contarte la verdad! —expresa con el rostro descompuesto.

Apenas termina la frase, suena la alarma de un auto. Boris cree que es una patrulla e intenta huir. El dolor en la espalda le impide avanzar más de dos pasos, y su madre lo sostiene.

—¡Borichi! ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? —pregunta, desesperada.

Hay varios autos estacionados sobre la vereda. Busca la patrulla, pero solo encuentra un Nissan Sentra con las luces parpadeantes entre dos puertas del garaje de una

casa vecina. Respira aliviado. Un señor regordete con un maletín en la mano pierde la sonrisa al ver al chico ensangrentado.

—No te preocupes, Alfredo. Está todo bien, son amigos míos —dice Juanita.

El hombre temeroso saluda con la mano libre. Desactiva la alarma de su vehículo y entra en él.

¿A qué se refiere con la verdad? ¿De qué habla Boris? Hace apenas minutos, Juanita, la servicial Juanita, les contó lo que sucedió. Carmulena desconoce a su hijo. ¿Por qué antepone su salud por el accidente? Si cuando tiene gripe exige ser tratado como enfermo hospitalizado, ¿de qué verdad habla? ¿Para qué mentirle a Juanita? Ella es una extraña. La observa; sigue de pie frente al portón de su casa con los brazos cruzados. Lleva pantalón pijama y bata. Seguro se muere de frío, no le importa. Se concentra en Boris, lo ayuda a incorporarse hasta que queda de pie. Lo abraza. Por primera vez en la vida tiene miedo de mirar a sus ojos. Entiende que, si engañó a Juanita, una mujer tan irrelevante para él, no tuvo otra opción. Siente su espalda húmeda; la situación hace que Boris transpire de más. No deja de abrazarlo. El olor a hombre, ese aroma penetrante, agrio y ácido, le hace aceptar que su niño ya no es un niño. El tufo, el desagradable olor, le aterriza. Sus ojos esquivan los de Boris y se pierden en el suelo. Sigue abrazándolo.

Ha cesado la lluvia. Sus ojos se concentran en una hilera de hormigas que emerge desde el borde de la acera y recorre la misma ruta serpenteante una y otra vez. Cruza entre los pies de la madre y el hijo, e ingresa finalmente en un pequeño agujero en la pared. La imagen le concede paz, le anima, y sube la mirada. El rostro manchado de sangre sigue ahí. ¿Cómo se salpicó su hijo? ¿Es una desgracia con felicidad? ¿Debe agradecer a Dios por poner a su niño en esa situación, por tenerlo a su lado con un aroma penetrante de miedo?

Compara sus pequeños pies con los de su primogénito. Contrasta su delgadez con la protuberante panza de Boris. Los tenis deportivos parecen esarpines versus los zapatos color mostaza, talla cuarenta y tres, del niño que abraza. ¿Cómo llegó sangre hasta ahí? Se fija en la camisa ensangrentada y todavía no puede creerlo. ¿Dónde está el chaleco amarillo? ¿Qué pasó con él? Es una de las prendas favoritas de Boris. Se fija en el auto y ve a su marido darle vueltas. ¿Qué busca? Termina el abrazo y mira las manos manchadas, las de Boris y las suyas. Apenas puede temblar.

—¿La verdad...? —susurra. ¿Qué verdad puede contarle el niño que calza cuarenta y tres? El cuerpo firme de la madre que antes soportó al endeble conductor ahora pide auxilio. ¿Qué busca Frank? ¿La verdad...? Su miedo pide auxilio, sus ojos buscan a

Juanita, la servicial Juanita, que sigue de pie frente al portón de su casa con los brazos cruzados. Es la última persona con la que quiere tener contacto; aun así, sus ojos la buscan.

Buscan a la mujer de bata y pantalón pijama que ha estado más tiempo con su hijo desde que se produjo el accidente. Quiere evitarla, pero sus ojos la buscan.

Le invade la misma desesperación de la mañana. El alma humana es débil y, sobre todo, la mente mucho más frágil. Necesita escuchar a Juanita decir de nuevo que *es una desgracia con felicidad*, necesita que sea igual de servicial que antes. ¡Necesita que le mienta! No puede apartar la mirada de la camisa ensangrentada, el auto destrozado y sus propias manos manchadas. El pecho le arde.

Juanita está frente al portón de su casa, con los brazos cruzados. La madre busca a Frank; no quiere cargar sola con la condena. Mira el moretón en la frente de su hijo y siente que ese chibolo crece y crece. ¡Necesita que le mienta! Su miedo pide exilio, pero sus ojos vuelven a Juanita. Es la última persona con quien desea hablar, y aun así, sus ojos la buscan.

El moretón en la frente crece y crece. *Se rompió el parabrisas y dices ¿nada más, Frank?* Busca a Frank, no quiere ser la única en recibir la condena. Mira a su marido darle vueltas y vueltas al vehículo. ¡Necesita que le mienta! Quiere ser una hormiga de la hilera, quiere caminar hasta desaparecer. *¿Estás segura de que está bien, Juanita? ¡Gracias a Dios!* ¿Debe agradecer a Dios por poder abrazarlo? *¡BastaCucha! ¡Déjame contarte la verdad!* ¿Cómo llegó tanta sangre a sus zapatos? Quiere ser una hormiga de la hilera, quiere caminar hasta desaparecer. Contrasta su delgadez con la protuberante panza de su hijo. Conoce a Boris y si mintió, no tiene nada bueno que contar. Es una *desgracia con felicidad*.

Hacen contacto visual. La madre pregunta por el hijo a través del miedo de sus ojos lampareados. Pregunta y pregunta, y cada interrogante la debilita. Apenas puede temblar, pero pregunta. Pregunta y pregunta, pero entre más pregunta, se debilita. Carmulena sostiene a Boris, lo aguanta. Juanita la servicial, también es madre, y las madres mienten porque protegen. La Juanita madre que sigue con bata y pantalón pijama, la Juanita tampoco se separa del niño con aroma de hombre; también protege. Las madres protegen a las madres. Las madres guardan secretos, se entienden en silencio.

Por primera vez, Carmulena nota las sandalias de Juanita. Está segura de que sus pies de madre deben tener frío. Ella misma no lo percibe, pero preferiría hacerlo. Su licra repele el frío mejor que el pantalón de pijama. Lloro, y el llanto enrojece su rostro,

alimentando sus delgados pómulos. Ambas llevan el rostro virgen de madre recién despierta y el cabello recogido. Es viernes, y ninguna está lista para enfrentarlo.

—¡Basta, Cucha! ¡Déjame contarte la verdad!

Carmulena baja el rostro. Busca hormigas, pero ya se han ido. Observa sus tenis y los zapatos color mostaza. Entiende todo. La madre es cómplice y culpable. Apenas puede temblar. Toma el brazo de su hijo; las manchas de sangre se comparten. Lo mira y le cierra los labios con sus dedos inseguros de madre, lo absuelve.

Cruzando el parque, desaparecen entre los arbustos. Carmulena elige una banca junto a una acacia negra, lejos de las casas. El metal frío traspasa su licra lila. El aroma a pasto mojado consuela sus manos manchadas, que acarician a Boris con movimientos lentos. La madre se abstiene de saber la verdad, la madre se distrae, pero sus ojos siguen buscando a Juanita, que se acerca al *Renault Twingo*. Su corazón galopa. ¿De qué hablan? Se preocupa ¿Será que Juanita vio algo en sus ojos? Se molesta con Frank ¿Por qué prefiere ese cacharro a su propio hijo?

—Juanita se creyó lo del perro. No te preocupes — dice Boris—¿Y si no? Cucha, ¿qué puede saber ella? —lo recalca.

Boris con el mismo dolor de espalda se acomoda sobre las barandas, toma las manos de su madre, las acaricia. —Debo contarte lo que realmente pasó ...

La madre sonríe modestamente con los dedos inseguros que acarician las manchas comunes.

—No fue mi culpa —susurra Boris.

Observa como la transpiración de su hijo crece y se asienta en el clima frío y nublado de Quito. La camisa blanca manchada de sangre, tensionada por la corpulencia, se pinta de gris alrededor de las axilas. El brillo del cuello destaca, y refleja la historia. Boris insiste en su inocencia. Necesita que su madre le dé la razón, mientras ella quiere que su hijo le mienta.

Una *Daewoo Tacuma* sale del parqueadero de un edificio vecino. El auto se acerca desde el final de la calle, hasta que disminuye la velocidad frente al *Renault Twingo*. Boris se calla y adopta una postura de alerta. Carmulena se incorpora y comparte la preocupación. Juanita se acerca hacia el vehículo, Frank se junta a su compañera de trabajo ¿Qué hace su padre? ¿Por qué mueve sus brazos de manera exagerada? Las manos manchadas de Boris, aprietan con fuerza a la de su madre. El auto permanece quieto, Carmulena está decidida a intervenir, se pone lentamente de pie, pero el coche se marcha.

—Todo fue tan rápido que no entendía que pasó.

Madre e hijo permanecen sentados en la banca del parque, la brisa de invierno abofetea sus rostros. Carmulena, llama a Frank con la mano, él está entretenido con Juanita. Boris continua el relato. Sus ojos perdidos en las flores de las tupirrosas denotan el estado catatónico en el que se encuentra. La historia remendada se relata en base a lo que el conductor del *Renault Twingo* vivió y creyó vivir.

—Salió de la nada, te lo juro. Sentí un golpe seco.

El aroma a hombre se hace más fuerte, mezclándose con la tensión del momento. Interrumpe los jadeos y penetra como dagas la garganta de la madre. Cada palabra que pronuncia despierta rechazo y desolación en su progenitora.

Explica lo sorprendente que fue. La madre no quiere escuchar, intenta desaparecer al cerrar los ojos, pero las palabras retumban con fuerza dentro de su cabeza.

—¡Un bulto!, Cucha. Casi me mata.

Las manchas de las manos cobran color, rojo vivo. La quemazón se esparce, sube desde los dedos hasta los hombros.

—No se movía, Cucha. Estaba tirado en medio de un charco de sangre. Si me bajaba, estaría preso.

El hormigueo es constante. Contrasta con el viento de invierno. Su estómago, traicionero se revela. Expulsa el pan y café del desayuno. Una masa marrón se mezcla entre tierra húmeda y bilis. Vomita y llora.

Madre e hijo sentados en la banca del parque; ella vomita y él la socorre. No se siente enferma, el cuerpo habla por ella. Lloro y Boris la toma del cuello, él la acompaña en llanto. Lloro porque es más fácil que hablar.

La imagen del cuerpo en el suelo gira sin cesar en la mente de Carmulena. Teme que alguien haya visto a su hijo. Cada auto que aparece por la entrada del parque la hace imaginar un patrullero. Una Blazer sale del portón de la casa de Juanita, se asusta un momento y respira.

Se sorprende por la rapidez con que Boris reaccionó y se admira por cómo manejó las circunstancias. Está consciente de que no es tan brillante como aparenta con sus amigos, a ella no se le habría ocurrido acudir a Juanita con la historia del perro.

—Un día le acompañé al Cucho a su casa —dice Boris, justificando su presencia allí—. No se me ocurrió otro lugar.

La madre se limpia la boca con el puño de su suéter. Exhaustos, ambos logran reincorporarse. Ella agradece que su hijo esté a su lado y no sea un *bulto*.

—Solamente es un chibolo— le dice Boris mientras ella acaricia la zona afectada del rostro.

El olor penetrante de Boris se mezcla con el del vómito. A ella no le importa. Sueña con que todo sea una de las bromas pesadas a las que su hijo la tiene acostumbrada. Sin embargo, las lágrimas que bloquean sus ojos le obligan a enfrentar la realidad. Mira a su hijo, a su Borichi ensangrentado como un criminal a la vista de todo el mundo. Tan vulnerable frente a un vómito lleno de bilis. ¿Por qué su Dios les castiga de esa manera?

Cuando Boris termina de contar la verdad, le reprocha el abandono que sintió en el coche, el estrés de conducir tras el incidente y la paranoia de creer que todos los vehículos lo seguían. Ella lo acepta, reconoce las recriminaciones como parte de su condena.

Es un momento crítico. No hay más tiempo para lamentarse. Deben actuar con rapidez e inteligencia. Carmulena se promete proteger a su hijo a cualquier costo. Nadie sabrá que conducía. No permitirá que lo lastimen ni que se lo arrebaten. Con decisión, se pone de pie como mamá relámpago, lo besa con ternura. Después, frustrada pero decidida, se dirige hacia Juanita, preparada para lo que venga.

¿Qué pasó con el otro?

Carmulena se disculpa con Juanita, si bien no le hace gracia confraternizar con ella, hace lo posible para que sus palabras suenen reales. La dueña de casa, sin entender cómo se metió en tal embrollo escucha con detenimiento y hace las paces para que todo termine. Firmado el acuerdo simbólico, pide prestada una chaqueta, pone como excusa el clima. La madre que protege sonríe en señal de agradecimiento a la madre que ayuda. Pacientes, sus frágiles ojos siguen a Juanita hasta que la pierden de vista.

Corre hacia su esposo. Agitada con el corazón desbocado, le toma del hombro con fuerza. Le hace prometer que no reaccionará mal, le suplica, casi al borde del llanto. Él se suelta, está concentrado en recoger diminutos fragmentos vidrios esparcidos sobre el tablero.

Él no responde, prefiere no hacerlo. Está absorto. Recoge uno a uno los cristales, los coloca con cuidado sobre una franela manchada de sangre. Su mente, lejos de las súplicas de su mujer, calcula frenéticamente número a número: el costo del arreglo del vehículo, los gastos médicos y el impacto que tendrá la travesura de su hijo en las finanzas de la familia.

—¡No fue un perro! Frank — exclama agitada para llamar su atención— Boris miente.

El silencio permanece, es un muro infranqueable. Sale del auto con un puñado de vidrios sobre la franela percutida, los lanza con rabia en la vereda y la sacude varias veces hasta que la considera limpia. Su mirada de hastío se dirige a la mujer, está cargada de incompreensión.

—¿De qué hablas, mujer? — pregunta irritado, frunciendo el ceño.

La voz de Carmulena tiembla. Se acerca al marido, invade su espacio personal y queda frente de su rostro. El susurro crece —¡Este desastre, Frank! Es culpa tuya. ¡Tuya! —le acusa, y tras el desfogue se permite denunciar la indignación acumulada.

—Siempre has presionado a mi Borichi con tus malditos estándares, con esa maldita Universidad. ¿Para qué? Para lucirlo como trofeo frente a tus ex compañeros de facultad. ¡Está harto! Tu hijo está harto, no quiere seguir estudiando.

Frank está atónito, pocas veces la ha visto hablarle con esa firmeza.

—Carmulena... ¿Qué estás diciendo? ¿Qué te sucede?

La madre se lleva las manos al rostro desfigurado por la lástima y el dolor, le da la espalda. Quisiera que los segundos que calla fueran perpetuos. Deja escapar un sollozo sofocado y confiesa su pena contra el padre carente.

—Mi Borichi atropelló a un hombre, Frank. ¡A un hombre, no a un perro! — lamenta, al encararlo nuevamente.

El peso de las palabras abate al hombre, quien hasta hace un momento tenía como mayor preocupación los asuntos financieros. Frank retrocede un paso, como si la verdad lo empujara hacia un abismo. Solo entonces comprende que la franela que aún sostiene entre las manos está manchada con la sangre de un ser humano.

Le toma un momento asimilar lo que su hijo ha causado. Entiende por qué su vástago engañó a Juanita, y hasta siente orgullo por ello. Como su esposa, está sorprendido de la reacción de Boris. Sin embargo, esa sensación no sirve de mucho. Sabe en el verdadero problema que están metidos tras haber revisado el *Renault Twingo* color rojo Ferrari. La paciencia que logró conservar se desvanece y su esposa no se sorprende al reconocer su rostro transfigurado como las latas torcidas del capot.

—¿Cómo pudo ser tan estúpido? — reclama el padre estrujando la franela —. ¡Éste nos quiere arruinar! Es un mal agradecido.

—No digas eso, Frank. Mi Borichi no lo hizo a propósito. Él está destrozado— responde Carmulena tomándolo de los brazos. ~~Quiere hacerlo entrar en razón.~~

—¿Dónde está? — exige saber Frank con vehemencia.

—No te atrevas a tocarlo. No lo permitiré, no más — le advierte Carmulena con la misma determinación que mostró minutos antes.

Un miedo desconocido irrumpe su rostro fraccionado. Desconoce ese coraje que lo deja perplejo. Su esposa lo ha confrontado de una manera devastadora, lo ha desnudado: por primera vez, las palabras dicen el daño que los malos hábitos han provocado. Se siente completamente expuesto. Carmulena está frente a él, y él no logra sostenerle la mirada. El furor que antes deformaba sus facciones cede y deja visible una expresión de vulnerabilidad. Nunca le ha pedido disculpas; no sabe cómo hacerlo y por más que lo intenta su voz quebrada no lo permite.

Para proteger a su hijo, la madre ha destrozado el cristal donde se grababa los secretos que no se puede decir. Ese acto de desesperación ha transformado todo. Su intención ha sido para que él reaccione, que se alce para defender a Boris y tome partido por su familia. Ella se acerca, lo envuelve en un abrazo, abraza su miedo, busca darle la fuerza para enfrentar lo que se les viene.

—¿Te das cuenta en el desastre en que nos ha metido? —reclama Frank, todavía con el tono de voz frágil.

—Agradece que logró darse a la fuga y está con nosotros — argumenta la madre después de soltar los brazos de Frank.

—¿Qué pasó con el otro? — consulta el padre al retomar el aliento.

—Parece que quedó muy mal, mi Borichi piensa que hasta pudo morir.

—No digas eso mujer, ni se te ocurra.

—¡Muerto, Frank! Para eso le diste un carro. ¡Miserable!

Carmulena enfatiza la responsabilidad de su esposo ante la situación. Le cuestiona la decisión de regalarle un auto.

—¡Cállate, no levantes la voz! No sabes qué pasó allá, así que tranquilízate.

Frank, omite sus comentarios y se concentra en salir del apuro.

—¿Dónde está?

—No le vas a hacer nada, ¡prométemelo!

—Que no, mujer. Tráelo rápido, que hay que solucionar este desastre.

Boris camina con los brazos caídos, arrastra los zapatos color mostaza detrás de su madre. La camisa revela manchas de sangre mezcladas con las de sudor. El trayecto es doloroso, su cuerpo ha sufrido mucho y no quiere enfrentar a su padre. El malestar lo frena, le impide ir al paso que quiere Carmulena, quien, con insistencia, le exige que se apure. Ella sabe que deben abandonar el lugar cuanto antes.

Mientras espera, el padre se esfuerza por desaparecer cualquier marca visible del percance. Frota la franela con energía y frustración, intenta controlar el nerviosismo que lo consume. La familia se reencuentra frente al vehículo accidentado. Boris evita cruzar miradas con su padre, mantiene la cabeza gacha. La culpa le impide hablar. Frank, alertado por la gravedad del asunto, lo examina con una mezcla de rabia y preocupación.

—Tu mamá ya me contó la estupidez que hiciste. ¿Cómo pudiste ser tan irresponsable?

—No fue mi culpa, Cucho. Te juro que ese longo, hijo de puta, apareció de la nada y se estampó en el parabrisas. ¡Te lo juro, huevón! No fue mi culpa.

—¡No hables así, carajo! ¡Aquí está tu madre!

—Perdón. De verdad no sé cómo pasó. Ese cabrón se lanzó al Tivi.

—¿Alguien te vio? Eso es lo más importante ahora.

—No sé, Cucho. No sé, todo fue tan rápido que tengo nada claro.

—Trata de recordar, Borichi. ¿Crees que alguien te pueda reconocer?

—No creo, Cucha. Yo sólo aceleré. No me fijé si había gente.

Carmulena intercambia una mirada con Frank, busca alguna solución entre la desesperación y el miedo.

—¿Qué vamos a hacer, Frank?

El silencio pesa, roto finalmente por Boris, quien, con la voz quebrada por el llanto, deja escapar su angustia.

—Lo dejé tirado en la calle. Seguro está muerto, Cucho. Ese hijo de puta está muerto— sentencia Boris con voz de resignación.

El eco de sus palabras queda suspendido en el aire y parece detener el tiempo. La familia, está atrapada en una encrucijada de temor y culpa. El vehículo, testigo de la tragedia, parece acusarlos con su presencia desfigurada. Les cuesta comprender lo que Boris ha dicho; en ningún momento imaginaron que la gravedad del accidente podría alcanzar tales magnitudes. Rotos y desconcertados, actúan. Esconder el auto y atender a su hijo son las prioridades.

Carmulena, con la misma decisión toma el liderazgo. Organiza las actividades y acuerda con todos que, antes de partir, deben borrar la mayor cantidad posible de pistas del accidente. Aunque Boris, todavía con la mirada baja, está dispuesto a colaborar, no se lo permiten. Lo obligan a permanecer dentro el auto familiar; no quieren exponer más de lo necesario.

Frank se encarga de retirar los restos del parabrisas roto y la madre se ocupará de limpiar las manchas restantes de sangre.

—¡Debemos irnos ya!— Argumenta, Carmulena. Sabe que el tiempo corre en su contra y que cualquier demora podría empeorar la situación.

Frank corre hacia el *Renault Twingo*, se sienta en el puesto del conductor. Cada movimiento es rápido y preciso, impulsado por la urgencia y el miedo. Se cubre el rostro con el codo derecho y pateo el parabrisas. Es difícil quebrarlo; una parte aún está sujeta al marco. Aprovecha la hendidura creada por su hijo tras el impacto y, tras varios puntapiés, pedazos de cristal vuelan. Los fragmentos se multiplican y se esparcen por el espacio. El empeño vale la pena; la parte menos comprometida cede. Saca la estructura pegada al marco. El esqueleto todavía tiene varias partes unidas por la membrana protectora.

Carmulena toma la franela de su marido y se cubre la mano con cuidado. Lo que menos desea es cortarse y acompañar a Boris como paciente. Corre hacia el garaje de Juanita en busca de una llave de agua, sus pasos resuenan en el silencio. Al encontrarla,

remoja la tela y la escurre. La eflorescencia que durante años ha cubierto el cemento con tonos que van desde blanquecinos hasta negros, se tiñe ahora de color vino. La mezcla crea patrones caóticos, similares a una pintura rupestre.

La madre suelta el trapo, asustada. Es su primer contacto tangible con el horror del accidente, una experiencia que la paraliza y que le impide contener las lágrimas. Lágrimas que se deslizan por sus mejillas, igual que el chorro rosáceo que desciende lentamente por la pendiente del garaje, y que deja un rastro imborrable.

No puede avanzar con la limpieza así que regresa al auto y prefiere auxiliar a su marido. Ambos cargan lo que queda del cristal, con el mayor disimulo ingresan dentro del parque y lanzan la malla de vidrio en uno de los basureros.

Boris continua en el asiento del copiloto. Sus dientes rechinan, cada roce le produce un cimbrón en la espalda. Es la primera vez que le pasa y no sabe cómo reaccionar. Observa ansioso cada uno de los movimientos de sus padres, él más que nadie desea irse del lugar para que alguien le quite el malestar. A parte de sus padres, también vigila cada auto que aparece por el inicio de la calle.

Al regresar, Juanita, vestida con el uniforme de la empresa, se sorprende que el auto ya no tenga parabrisas. Carmulena se acerca a recibir la chaqueta y agradece que venga acompañada de una camiseta. Toma la ropa y va con Boris.

Frank se queda con su compañera de trabajo y antes de que ella pregunte por el parabrisas, se adelanta.

—Por seguridad — se justifica. —Imagínate que al llevarnos el auto y un vidrio salga volando.

A los pocos minutos Carmulena regresa hacia Juanita. Le agradece nuevamente por su ayuda. La abraza y antes de cerrar el encuentro con un gran beso en la mejilla, con un tono zalamero le dice que se ha portado como un ángel.

Frank encabeza la caravana, conduce en el auto sin parabrisas. Carmulena le sigue en el vehículo familiar junto a su hijo.

—Evita las avenidas. Llamas mucho la atención—le dice su esposa antes de partir.

El trayecto se hace eterno para la familia. Con la intención de pasar lo más desapercibidos posible, toman vías alternas para llegar a casa.

Ingresan por la calle Pedro Sarmiento, que deben transitar hasta alcanzar la avenida Brasil. Carmulena nota cómo los ojos curiosos de las señoras que pasean a sus perros se dirigen al auto de Frank. De vez en cuando, le hace luces altas para que acelere. Antes de incorporarse a la avenida, decide recostar a su hijo en el asiento del copiloto.

Boris, sin embargo, prefiere quedarse sentado; el dolor de espalda lo atormenta. Su madre, preocupada, lo cubre por completo con una chaqueta prestada.

El recorrido por la avenida principal es inevitable. Frank soporta con temple la fría brisa de Quito que lo invade constantemente. No tiene otra opción. Al menos, agradece que el auto no tenga mayores daños mecánicos. Sabe que es un imán para las miradas de los transeúntes: las personas que abren los locales comerciales y los curiosos que se asoman por las ventanas de los edificios residenciales. Se consuela de que al menos la calle que va en sentido sur-norte no esté tan transitada.

Al girar desde la calle Cosme Renella hacia la avenida Machala, la lluvia regresa. Frank se limpia el rostro continuamente, en pocas cuerdas su camisa ya está empapada. La situación, sumada al frío, lo deja absorto. Todavía no puede creer que su hijo los haya metido en semejante problema y que, por ello, Carmulena tome esa actitud tan distante. En su cabeza resuenan las palabras de su esposa, y se promete no dejar que lo trate de esa manera.

En la avenida Machala, los edificios residenciales y las casas comienzan a ceder paso a locales comerciales y viviendas adosadas. El flujo de personas debería ser mayor, pero la lluvia hace que los pocos transeúntes se concentren en llegar rápidamente a sus destinos. Por ello, la familia logra pasar prácticamente desapercibida y alcanzar su hogar sin mayores contratiempos.

Al llegar, Frank detiene el vehículo frente al garaje. Mientras espera que el portón eléctrico se abra, ve a Carmulena bajar de su auto y correr hacia el interior de la casa. Una vez que parquea y apaga el motor, su esposa sale de la puerta principal con varias sábanas en sus brazos.

—Hay que esconderlo. Sabes cómo son de chismosos los Carrillo —dice Carmulena al entregarle una de las esquinas de las mantas—. Espero que no te hayan visto. Si lo hicieron, seguro vendrán a preguntar qué pasó. ¡Apúrate, Frank!

—¡Ya está! Ya estamos en casa, lo logramos. ¡Tranquila, mujer! Si vienen a preguntar los Carrillo o quien sea, que se cansen de tocar el timbre. No tenemos por qué dar explicaciones a nadie.

Cubren el automóvil y entran rápidamente a la casa para cambiarse de ropa. Con urgencia atiende las heridas de Boris. Carmulena lleva a su hijo a la habitación y lo ayuda a quitarse la ropa ensangrentada. Retira el vendaje improvisado de la frente y descubre por primera vez el alcance del horror del accidente. El hematoma y la herida mal cerrada, parece una cicatriz que jamás desaparecerá.

La madre contiene el aliento, no tiene lágrimas para su hijo. No se permite mostrar debilidad; no frente a Boris. Si él percibe su angustia, el peso del accidente se volverá aún más insoportable. Con firmeza casi ensayada, mantiene el rostro sereno, aunque por dentro la culpa y el miedo la carcomen.

Por su parte, Boris, quien siempre ha sido reservado con su cuerpo deforme, no muestra pudor al quedar semi desnudo frente a su madre. Sin embargo, la marca prominente encima de su rostro lo llena de vergüenza. No puede evitar sentir que es una sentencia por parte del atropellado, un recordatorio eterno del accidente.

El silencio entre ambos se vuelve asfixiante. Ninguno se atreve a pronunciar palabra. Carmulena abre la llave de agua caliente y prepara una toalla limpia. Con movimientos meticulosos, recoge la ropa sudada y manchada de sangre. Coloca las prendas en una bolsa de basura negra. Decide que las quemará en la parrilla del patio. No quiere que nada quede como evidencia, ni siquiera los zapatos color mostaza que tanto le gustan a su hijo.

El agua tibia inunda el piso de la tina. Carmulena llama a su hijo con suavidad y lo ayuda a entrar con cuidado al baño. Él no se queja, aunque cada movimiento parece una tortura. La madre, antes de que su hijo se desnude e ingrese a la ducha le comenta:

—Esto pasará, mi vida. Todo pasará —susurra con voz quebrada, no sabe si lo dice para consolarlo a él o para calmarse a sí misma.

Boris no responde. Sus ojos permanecen fijos en su reflejo en el espejo. Carmulena sonríe, aunque evita mirarlo directamente al rostro. El momento no podría ser más incómodo. Observa a su hijo, inmóvil, con la toalla en la mano y una expresión carente de espíritu. No sabe cómo ayudarlo, y ambos permanecen de pie, frente a frente, comparten el silencio.

Boris, en un intento por animar a su madre, le devuelve la sonrisa, aunque tenue. Luego, sin decir nada, cierra la puerta del baño y deja a Carmulena con un nudo en la garganta.

Afuera, la lluvia continúa, como si quisiera borrar los rastros de todo lo sucedido, pero dentro de la casa, el peso de la desgracia apenas inicia y se hace sentir. La carga del accidente está sobre los hombros de la madre, la imagen de la herida de Boris no deja de perseguirla.

Ingresa a su dormitorio y se encuentra a Frank secándose el cuerpo.

—Dime, ¿pensaste a dónde llevar a tu hijo? —pregunta su marido.

—Sólo se me ocurre un sitio. La señora Carrillo me habló de un doctor de mala fama que atiende abortos en Carcelén.

—¿Abortos? — repite, Frank, sorprendido y con molestia.

Al escuchar esa palabra, el padre no puede evitar reaccionar. Está sorprendido por su mujer. La idea lo desconcierta, pero al mismo tiempo comprende a su esposa.

—Sí, hace abortos a jovencitas. Si no tiene escrúpulos para dañar a esas pobres criaturas, no creo que se escandalice por atender mi Borichi—sentencia Carmulena con dureza.

Aunque intenta comprenderla, Frank no se siente cómodo con lo que escucha. Conociendo a su mujer, profundamente católica, le cuesta aceptar que considere acudir a alguien con semejante reputación. Su incomodidad es evidente, y Carmulena lo nota. Sin embargo, no le importa; su prioridad es proteger a su hijo.

—Tú? ¿pensaste en alguien? —le pregunta ella, con el mismo tono que refleja la molestia su esposo.

—No, yo no tengo una señora Carrillo que me cuente esas cosas —responde Frank, casi a la defensiva.

Un cigarrillo y el cuello ortopédico

Las frías losas de terrazo desgastado, amarillentas por millares de pisadas confusas e inocentes, se extienden ante Carmulena, Boris y Frank al bajar las primeras gradas del consultorio del doctor Eugenio Prado. Este, una vez graduado de la medicina interna en la Universidad Central del Ecuador, al no encontrar trabajo en los hospitales del estado, decidió abrir su propio consultorio en lo que alguna vez fue el jardín de la casa de su suegra en la ciudadela popular de Carcelén. El consultorio, construido a casi un metro de profundidad del nivel del suelo, solo cuenta con dos pequeñas ventanas que se abren los fines de semana y ocasionalmente por las noches, convierte una visita al doctor en una experiencia desoladora.

Apenas ingresan, el doctor Prado cierra la puerta con llave. Frank no dice una palabra, pero evidencia su molestia con un gesto de asombro y desaprobación.

—Tomen asiento — retumba una voz seca y carrasposa dentro del bunker quedado en el tiempo.

El doctor guarda la llave en el bolsillo del mandil y camina hacia su escritorio. Carmulena sujeta la mano de Boris y lo hace sentarse en una de las dos sillas con el cuero agrietado. Frank, de pie, observa un diploma que cuelga sobre la cabecera del escritorio, revisa las firmas y el sello. Si es falso, no podría hacer mucho ya que no tienen otro lugar a donde ir. Sigue con la observación, le fastidia el olor a humedad mezclado con medicamentos. Se da cuenta de que en la pared derecha hay una puerta pintada del mismo color blanco hueso que el resto del cuarto, y sobre ella cuelga un pequeño rótulo con la palabra *Quirófano* escrita en letras rojas. ¿Por qué no está pegado a la puerta y cuelga de un hilo? se pregunta Frank. Si bien sabe dónde están, el tener el rótulo movable con la palabra *Quirófano* le hace pensar lo peor, ¿por qué razón lo descolgará?

—Ya veo, atropellaste a un perro. Pero con semejante hematoma, ¿acaso era un San Bernardo? —pregunta con ironía el doctor al comenzar su revisión.

Boris, que está frente al galeno, se desconcierta por el fuerte olor a cigarrillo y licor. En los pocos minutos que lleva en la consulta, ha quedado impresionado por la imponente presencia del médico, tanto que, por el miedo que le genera, desearía que dejara de revisarlo.

Ante el silencio, el doctor continúa:

—No pasa nada. No hace falta que me den detalles. Siempre es mejor así. — sentencia mientras prosigue con la inspección.

Para examinarlo, el doctor no se pone guantes, y Boris siente los dedos ásperos sobre la herida. Sin delicadeza, presiona el área lesionada con la misma intensidad que si analizara el estómago. El quejido del joven pone en alerta a su madre, quien, al levantarse de la silla, es detenida por la orden tajante del médico.

—Tranquila, mamita, quédese ahí; es una revisión de rutina —comenta a Carmulena mientras, al mismo tiempo, lanza una reprimenda a Boris—. Macho, miijo, no me saldrás con mariconadas.

Frank, atónito, observa a su esposa con desprecio. No interviene; considera que esto es una suerte de venganza contra ella.

El doctor lanza un suspiro mientras se limpia la mano en el delantal. Luego, mira al paciente con desidia.

—A ver, cholito, si brincas como gato cada vez que te toco, no podré revisarte y terminarás peor —afirma tras oprimir nuevamente la herida con el dedo aún manchado de sangre.

Boris aprieta los dientes, contiene las lágrimas. Quisiera pedirle que se detenga, pero la voz se le quiebra. La madre, inmóvil, observa con las manos crispadas y una expresión cargada de reproche.

—Están de suerte. El golpe es superficial. No veo necesario hacer una tomografía, a menos que los papitos quieran gastar —concluye el médico con tono autosuficiente.

—¿Está seguro, doctor? Júreme que no tiene nada grave —pregunta la madre con un hilo de esperanza en la voz.

—Así es mamita. Éste es un longo grande ¡longote! Estás bien gordo, eso te ayudó a aguantar el impacto. Solo hay que curar esa herida — comenta el doctor al caminar hacia el único gabinete del consultorio.

Abre la puerta y varios papeles caen al suelo del estante inferior. No se inmuta y los deja desperdigados. Revuelve frascos y botellas del estante superior hasta que da con lo que busca.

—Aquí está. Esto va a doler, pero no te matará. Mejor que los papitos vengan a sujetarlo de los brazos.

Los padres se acercan hacia Boris, que está sentado en una silla metálica con la pintura descascarada.

—Macho, miijo, no me harás perder la paciencia.

Boris está a punto de desmayarse al sentir cómo el líquido, vertido sin cuidado, recorre su cabeza, cae sobre su rostro y termina goteando en el suelo.

—¡Quieto! —grita el doctor mientras sujeta al paciente con firmeza—. A ver, papitos, que lo sostengan les dije.

—Eso es. Así, mi cholo. Sin berrinches. —añade con una sonrisa de satisfacción.

Carmulena no puede más, incapaz de contenerse, alza la voz:

—Doctor, ¿de verdad no puede ser más cuidadoso?

El médico suelta al paciente, se incorpora y, con un gesto desdeñoso de señalamiento, responde:

—Mamita, si quiere que le hagan caricias, llévelo a un spa. Aquí curamos, no consentimos.

Durante el resto del procedimiento no se producen más interrupciones. Los padres, tan abrumados como su hijo por el comportamiento del médico, se limitan a colaborar en lo necesario para que el tormento llegue a su fin.

—¡Listo! Eso era todo, ¿ves? Ni las hembritas son así de quejumbrosas —comenta mientras lanza las gasas usadas al basurero.

Se dirige al lavabo expuesto en la esquina del cuarto y se lava las manos rápidamente. Sin una toalla a la vista, se las seca en el mismo delantal que lleva puesto. Luego, se sienta frente a su escritorio y, del primer cajón, saca una libreta de recetas y una cajetilla de *Lark*.

Frank observa con incredulidad. Quiere pensar que esperará a terminar la consulta para fumar, pero se equivoca. Con toda tranquilidad, el doctor enciende un cigarrillo y aspira profundamente.

—Te vas a poner bien, en tres días estarás como si nada —afirma mientras exhala una nube de humo.

—Qué alivio, doctor. ¿Y el cuello? le duele mucho —interviene la madre.

—¡Frío! Una funda de hielo en la mañana y otra en la noche —responde sin siquiera mirarla, concentrado en escribir la receta.

—Como estás bien gordo, no creo que tengas problema por no hacer ejercicio durante dos semanas. Igual lo tienes prohibido. ¿De acuerdo, cholo?

Toma una pausa antes de continuar:

—Solo si el dolor es insoportable, te tomas una de estas pastillas: *Arcoxia* de 90 miligramos. Pero escucha bien, máximo una diaria. —añade, y le entrega la receta.

—Doctor, por el malestar de cuello, ¿no cree que sería necesario usar un collar ortopédico? —pregunta la madre, insistente.

El médico suelta una risa cargada de sarcasmo.

—No, mamita. Al pobre perro —dice mientras hace comillas en el aire con las manos—, si no murió, seguro que a él sí deberían ponerle un collar. —La burla en su tono es evidente—. Ese malestar es normal. Ahora, si usted quiere gastar, yo mismo le vendo uno. Mire, tengo de todos estos. ¿Cuál prefiere?

Ocho Loco

Al retornar del doctor, Boris, exhausto por el maltrato, desciende del vehículo con la ayuda de su madre. Sus movimientos son torpes; el cuello ortopédico le resulta un estorbo. Durante la consulta no se atrevió a decir una palabra. Sin embargo, en el recibidor, Carmulena es avisada de que él no usará el collarín en público. Una forma de vengarse con los padres por no defenderlo ante los abusos del galeno.

Ella calla y lo acompaña hasta la habitación. Suben las gradas y suena el teléfono. Espera que Frank, quien en ese momento cierra la puerta de entrada, atienda. No lo hace. El timbre se repite, una y otra vez. Le grita para que responda. Su marido, poco habituado a contestar, ha ido directamente al baño. Corre a su habitación para tomar el auricular. Llega tarde. La luz roja intermitente en el dispositivo le indica que han dejado un mensaje. Se lo toma con calma: se saca la chaqueta de jean, la cuelga en el closet, se cambia los zapatos de taco por sandalias. Luego toma el aparato y marca el código para escuchar el audio.

—Amiga, soy Inés. Me costó convencer a Humberto, pero lo logré. ¡Sí, vamos esta noche! Pon a hacer hielos, que nosotros llevamos la botellita. ¡Besos!

En ese momento recuerda la invitación que hizo esa misma mañana. Su mano tiembla al dejar el auricular. Qué mal momento para recibir una visita... Peor la de un policía.

—¡Cancelemos! —grita Frank desde el baño.

—¿Cómo que cancelar? ¿A esta hora? —protesta cuando su esposo sale del baño—. Conoces a Humberto: si lo hacemos, seguro arma un problema a Inesita.

—Dile que estoy enfermo. Que me pisó un auto— responde con ironía al ajustarse el cinturón.

—No bromees con eso — reclama visiblemente alterada.

—Tranquila mujer. Si no quieres que vengan, llámala y dile que no puedes. Y ya está.

—Siempre es lo mismo contigo, Frank. Deshacerte de la gente es lo mejor que haces. Pero esta vez no. Aunque te mueras de iras, tendrás que soportar a Humberto.

—No me culpes a mí. ¿Quién fue la brillante que los invitó?

—Yo. Porque en ese momento me pareció lo correcto. Inesita ha sido una buena amiga... y, no sé, quería distraerme un poco, divertirme una vez en la vida.

Frank guarda silencio tras una cara desfigurada. Carmulena baja la voz, como si hablara consigo misma.

—No es solo por compromiso... No quiero causarle un disgusto. Con todo este desastre, no espero más dramas.

Para ocultar el auto cubierto por sábanas, Frank ha improvisado una especie de pared con el plástico usado en la pintada de la casa del verano pasado. Antes de salir a recibirlos, se asegura que la cortina tape todo el vehículo.

Ha pasado al menos un año desde la última vez que se vieron. Inés es la primera en bajar del auto con vidrios polarizados. Se acerca y saluda a Frank con un beso en la mejilla.

—Qué gusto, amigo. Tu siempre tan elegante. Puedes esperar a Humberto, ya viene. Está al teléfono.

Carmulena deja el pórtico y corre a su encuentro. La abraza con emoción, la toma de la mano, y la conduce al interior con la intención de que no se fije en la improvisada barrera.

Humberto sale del vehículo en cuanto termina la llamada y se adelanta para saludarlo. Da dos palmadas secas y sentidas en su espalda.

—¡Cuánto tiempo sin vernos, ñaño!

A Frank no le causa gracia; aun así, sonríe y le estrecha la mano con firmeza. Lastimosamente, el anfitrión sale mal librado ante la fuerza del policía. Victorioso, antes de ingresar a la casa, retorna al vehículo. Abre la cajuela del Chevrolet Rodeo y saca una botella de Ron Matusalem Gran Reserva.

—Me debían un favorcito —comenta, inflando el pecho con orgullo.

Le da otro golpe en la espalda, esta vez más suave, y lo empuja para ir con las mujeres.

—Vamos a probar esta delicia, antes de que me arrepienta.

En el comedor, las parejas ríen. No faltan las anécdotas de los tiempos en Correos del Ecuador. Las noches de cartas son acompañadas de picaditas, y de las ya famosas empanadas de morocho que prepara Carmulena, servidas con su ají de chocho casero, ese que tanto le gusta a Boris.

Antes de repartir la baraja, Frank se levanta a llenar la hielera. Cuando está a punto de mezclar el ron con Coca-Cola, Humberto lo detiene con un gesto casi solemne.

—¡Naño, no le pongas esa porquería! Los que sabemos tomar, lo hacemos solo con hielo.

A Frank se le transforma el rostro. Carmulena interviene con tono claro y elegante.

—La Coca-Cola es para mí y para Inesita, Humberto —dice sin mirar a su amiga, segura de que estará de acuerdo—. Nosotras queremos un Cuba. Ustedes, que son hoscos y se creen tan machitos, tomen como les dé la gana.

Inés ríe y asiente con naturalidad, toma su vaso y lo eleva para hacer un brindis.

Salud, Carmu. —bromea—tú siempre tan diplomática.

—Estas mujeres no saben nada de la vida, hermano— comenta Humberto antes de chocar los vasos.

Se reparten las cartas. Cada jugador mira su mano con disimulo y esconde sus emociones detrás de las copas. Inicia la partida de *Ocho loco*. La dinámica es sencilla; entre broma y broma, el juego se vuelve una excusa perfecta para deshogar la tensión de los dueños de casa.

—Empiezo yo —anuncia Carmulena, con confianza. Lanza un ocho al centro de la mesa—. Cambio el color a rojo, y prepárense para perder.

—¡Ya está con sus jugadas forajidas! —exclama Humberto entre risas.

No querido, es estrategia —responde ella— Aunque seguro se te hace difícil entenderlo.

Los demás sueltan risotadas, incluso Frank, a quien no le agrada del todo ese tipo de bromas de su esposa.

Inés, siempre amable, juega sin prisas ni intención de robar ningún protagonismo. Cuando le toca, descarta un dos de corazones y lanza una mirada cómplice a Carmulena.

—Te sigo el juego, no me harás quedar mal.

—Tranquila, Inesita —dice Carmulena en tono teatral— en esta mesa tú y yo somos las únicas con clase. Lo demás... puro relleno.

Con cada ronda, la anfitriona despliega su carisma. Comentarios ingeniosos van y vienen, celebra sus propias jugadas con modestia fingida. La arrogancia natural, como ella misma la llama, brilla con fuerza. Inés la acompaña con paciencia y humor. Conoce bien a Carmulena y sabe que, cuando bebe, crea esa fachada alegre.

Las partidas avanzan. El ají de chocho pasa de mano en mano, las empanadas se acaban poco a poco, y la noche, entre cartas y copas.

—¿Y Boris? —pregunta de repente su amiga.

Aunque su hijo duerme en la planta alta, la pregunta la descoloca. Ese malestar que sintió en la tarde regresa con intensidad.

—¡Boris! Pobre Boris... —responde en automático, como si la penitencia admitiera un descanso.

Bebe su trago de un solo golpe, mira la baraja sobre la mesa, hace una pausa y apaga el cigarrillo con firmeza. El ambiente se detiene apenas un instante. Inés deja las cartas a un lado y se interesa en su amiga.

—Amores juveniles —interviene Frank, antes de que Carmulena suelte la lengua—. Nos salió picaflor, como el Humbertito, que vivía correteándote. ¿Te acuerdas, Inés? —dice, dirigiéndose a la mesa con la intención de exponer al teniente coronel.

—¡Mira el varón que se ganó! —responde Humberto, riendo—. Cuando quieras, le doy clases a tu hijo para que se convierta en gavilán.

Levanta su vaso y lo vacía en un solo trago, acompañando el gesto de Carmulena.

—Qué difícil es a veces verlos así, ¿no, Inesita? —dice la madre, en voz baja, como si hablara consigo misma.

Su mirada se queda fija en los hielos solitarios que habitan el vaso. Parece mirar algo que los demás no. Suspira.

—Y más difícil aún —añade, en tono apenas audible— no saber qué hacer, ni cómo aconsejarles.

Inés, a pesar de concentrar la mirada en su amiga, no entiende su desahogo. Entonces, Humberto deja sus cartas sobre la mesa, sin apartar la vista de Carmulena.

—No hace falta saber qué decirles. Si no lo que vas a hacer para que no sigan así. Los guambras a esa edad apenas pueden atarse los cordones— protesta emocionado—. Depende de ti.

Carmulena guarda silencio por un momento. Su expresión cambia apenas, aunque su mirada se enciende. Con un gesto casi automático, recoge otra carta, y se sacude la emoción como si se quitara una hebra de lana del hombro.

—Dependerá de mí ¡Entonces! —continúa, al cambiar súbitamente de tono—. Y no me van a ganar por un lapsus en el noble y agotador oficio de ser madre. ¡Señores, voy por una! —grita al lanzar la penúltima carta con gesto triunfal.

Las risas retornan alrededor de la mesa. El ambiente se recompone. Inés, sin embargo, permanece en silencio. Está intrigada por los mensajes codificados. Sin decir palabra, y con calma aparente, lanza la K de trébol.

—¿Ques hijita, ¿no somos un equipo? — reclama Humberto, con indignación.

Afligido toma tres cartas del mazo, como dictan las reglas.

Tengo ganas de verla – Lunes 4 de noviembre

La rutina del lunes por la mañana inicia a las ocho, con el patrullaje por los barrios de La Pulida y San Carlos, hasta llegar a los encebollados *El Salpicadito*, en la avenida Vaca de Castro. Parar allí se ha vuelto una tradición para aliviar el chuchaqui del fin de semana. La mañana está tranquila, no hay emergencias que interrumpan el desayuno. Borja aprovecha el momento para contarle a Manjarrez los detalles del viaje que planea realizar durante el feriado.

—Me costó convérsele, mi Body —dice Borja— esta pelada me ha sacado canas.

—¿No quería aceptar?, mi sargento —pregunta Manjarrez mientras añade mostaza en su encebollado.

—Es una caliente orejas, ya sabes. Hubieses visto cómo le brillaron los ojos cuando le mencioné la playa.

Borja se incorpora de la silla plástica con dificultad, apoyándose en la mesa. El movimiento amenaza con derramar los platos de sopa. Manjarrez actúa rápido, logra sostener el tablero y con eso evita una catástrofe. Finalmente, Borja saca la billetera del bolsillo trasero y muestra los boletos de la Trans-Esmeraldas.

—Mira, mi Body, salimos el miércoles a las diez.

Manjarrez, se fija en la fecha. Respeta y admira a su superior, pero varias veces ha comprobado que le gusta exagerar en sus historias.

—Dos meses me tuvo de un lado a otro, hasta que por fin aceptó el paseo —continúa Borja.

—Me encanta este encebollado, creo que es el mejor del norte ¿No? —pregunta Manjarrez con la intención de desviar la conversación.

—¿Qué pasa, mi Body? Te cuento algo serio y me sales con eso —protesta Borja, visiblemente ofendido.

—Es que no ha comido nada, mi sub. Me pareció que no le gustó.

Manjarrez intenta distraerlo, consciente de que si no lo detiene, el viaje será el único tema del día. El sargento ignora la respuesta y retoma su entusiasmo.

—Me muero por verla en bikini. No te miento, esa mujer es un manjar.

Sus gestos exagerados dejan claras las proporciones de la chica, aunque Manjarrez sospecha que el sargento no ha avanzado mucho con ella.

— Hay que buscarte una igual—dice Borja—le puedo preguntar si tiene una amiga.

Manjarrez, incómodo, concentra su atención en la sopa. El sargento lo observa, espera una respuesta. Para evitar una discusión y complacerlo, asiente mientras lleva la cuchara a la boca. Borja sonríe satisfecho y se acerca más a la mesa para seguir y lo acompaña. El resto del desayuno transcurre entre descripciones del viaje: la playa, el hotel, la comida, el dinero que llevará. Borja no omite ningún detalle. La confianza que le tiene a su subordinado le anima a seguir. El suboficial lo escucha, en parte le tiene envidia, él no ha planificado nada para los próximos días de ocio.

Al terminar de comer, ambos se levantan. Sus movimientos lentos reflejan satisfacción. Se dirigen a la caja que está continua a la salida. Sincronizados, se colocan el kepi y antes de decir gracias, hacen un saludo militar. Salen con su venia. No pagan la cuenta, la consideran parte de la retribución por el servicio que brindan a la comunidad. Camino al vehículo, Borja ofrece un cigarrillo *Lark* a Manjarrez, aún emocionado por la charla. El suboficial asiente y prefiere fumar el resto del cigarrillo en silencio.

De regreso en el PAI (Puesto de Auxilio Inmediato) del parque de La Concepción, la mañana se mantiene tranquila. No ha habido mayores novedades a través de la radiopatrulla, así que cada uno se dedica a sus labores habituales. Manjarrez archiva los partes de las últimas dos semanas, mientras Borja, después de prepararse un café, se recuesta sobre su escritorio y ojea el periódico.

—Que bellas son las Manabitas, mi Body. Estoy enamorado.

Manjarrez ha perdido la cuenta de las veces que ha escuchado ese tipo de confesiones a su superior. Entendiendo que la charla no terminará pronto, decide seguirle la corriente. Se levanta para servirse una taza de café.

—No me contó que era manaba.

—Es de Charapotó, el paraíso de las curvas. ¡Las mejores del país! mi Body.

El comentario le saca una sonrisa nerviosa a Manjarrez, quien debe esperar frente al microondas el minuto y medio que tarda en calentarse el café. Borja, al notar que tiene toda su atención, deja el periódico a un lado y se incorpora bruscamente, y provoca un chillido en la silla.

—No te imaginas lo regia que está. En el viaje le sacaré fotos —comenta Borja con ojos brillantes— para que te des cuenta de mi fortuna. Es un bombón. Veintidós añitos.

—No pensé que era menor, mi sargento —. Manjarrez no comprende cómo alguien tan joven podría interesarse por él—. ¿Y de qué hablan?

—¿Hablar? Mi Body, esas preguntas... De lo que sea. Eso es lo de menos.

Borja, se levanta por completo de la silla, toma la pistola que está sobre el escritorio y la guarda en su funda.

—¡Vamos a que le conozcas!

—¿Ahorita? —cuestiona, Manjarrez.

—¡Sí, ahorita! Si no ¿cuándo?

Borja sale decidido de su cubículo, no espera una respuesta de su colega quien no tiene ganas de patrullar ni de conocer a la desdichada.

—¿Y el café? — Manjarrez sopla su taza recién calentada.

—Te lo tomas después. Acabaste de comer— ordena Borja.

Manjarrez mira la taza de Borja y se admira. No puede creer que ya se la haya acabado tan rápido y esconde un gesto de desaprobación.

Da un sorbo y regresa la taza caliente dentro del microondas. Resignado, guarda los partes en el único cajón libre de su escritorio. Borja, observa cada movimiento con júbilo, ha logrado su cometido. Sin embargo, cuando están a punto de salir, la radiofrecuencia interrumpe. Manjarrez sabe que lo mejor es contestar. Se acerca hacia el dispositivo, pero el sargento lo aparta.

—Prepara la patrulla, ya te alcanzo.

La voz al otro lado de la radio pertenece al teniente. Borja, al escucharla, se tensa. No suele comunicarse con él a menos que algo importante haya ocurrido. La postura del sargento se vuelve firme de inmediato. El sargento agradece no haber salido cinco minutos antes en la patrulla.

El superior apenas le permite saludar, el lleva la conversación en base a un monólogo. Borja analiza los últimos días en su gestión en busca de alguna señal de alerta. Quiere anticiparse. Pasados el primer minuto el sargento se relaja y baja las armas al darse cuenta de que no habrá un regaño. El tono de su líder es serio, como de costumbre, pero lo considera afable. Borja acerca una silla al escritorio y registra cada detalle que le parece importante.

—¿Un 6-01? —repite con duda—déjeme acordarme...

Tiene los segundos contados, la paciencia de su superior cambia de un momento a otro. Sus dedos tamborilean sobre la madera desgastada del escritorio.

—Tiene razón, mi teniente, sí tuvimos uno — responde sin estar seguro.

El monólogo continuó con las disposiciones a seguir.

—¿Averiguar qué pasó con el atropellado? ¿Eso no es responsabilidad de criminalística?

Apenas termina la pregunta, Borja se da cuenta del error que acababa de cometer.

—No digo eso mi teniente, no me malinterprete —dice Borja— estoy clarísimo que nosotros somos co-responsables del parte y de que se cierre el caso. Lo sé, mi teniente. Siempre nos recuerda lo mismo— interrumpe Borja, con la esperanza de reducir la tensión— Le repito a Manjarrez todos los días, se lo aseguro.

El sargento también se impacienta, la intensidad del teniente lo pone nervioso y le cambia el humor. Quiere terminar con la conversación, pero su jefe está empeinado en recordarle su responsabilidad.

—¿Para mañana? ¿Tan rápido? — pregunta con evidente escepticismo.

— No, no se moleste. No se preocupe, mi teniente. Le tendré el informe listo.

Termina la conversación lamentándose haber contestado. Toda la emoción de minutos antes se ha esfumado. Con paso lento, se dirige hacia la patrulla, donde le espera Manjarrez impaciente con evidente incomodidad por el intenso calor acumulado en el vehículo.

—Cambio de planes, mi Body. Era mi teniente. Hoy no conocerás a mi negrita — dice, visiblemente apenado, mientras se acomoda en el asiento del copiloto.

Manjarrez encendió el motor y, sin disimular su contento, pregunta:

—¿A dónde vamos ahora?

—Estamos jodidos, Manjarrez. ¡Maldita sea! ¿Te acuerdas del 6-01 del otro día? Fue hace un par de semanas, ¿no?

—¿Cuál, el de la Occidental?

—Ese mismo. Pues mi teniente quiere saber qué le pasó a ese sujeto —responde Borja—. ¿En qué hospital lo dejamos?

Manjarrez frunce el ceño, intenta recordar con precisión, mientras pone el vehículo en marcha.

La Eucaristía y la chompa de cuero - Domingo 27 de octubre

El sol apenas se muestra tímido, en el horizonte. El rocío, adherido a las sábanas, intenta inútilmente ocultar lo ocurrido en los metales arqueados del *Renault Twingo* color rojo *Ferrari*.

Frank camina hacia el garaje, seguido de su hijo, quien lleva puesto un collar ortopédico. Cargan la aspiradora y dos baldes con detergente. El frío los encara sin piedad; Boris aún siente los estragos del ron *Cacique* que tomó con sus amigos la noche anterior. Los efectos de la mala noche se evidencian en su rostro.

—¡Qué frío! Huevón, ya me muero. ¿Hay que hacer esto hoy, Cucho? ¡Mira cómo tiemblo! —muestras sus manos Boris con la esperanza que su padre ceda.

—¡Por borracho! Tiemblas por borracho. ¡Qué bruto eres! Y sí, hoy hay que llevar el auto a la mecánica. Apúrate.

—Cucho, necesitaba desestresarme. ¿Acaso tú mataste a alguien?

—¡Cállate, Boris! ¡No vuelvas a decir eso! —Frank se acerca, los ojos encendidos— no repitas esa mierda. No te das cuenta de que te puedes arruinar la vida. ¡Cojudo!

—Ya me la arruiné, Cucho. Ese hijo de puta me la cagó cuando se me atravesó. —Boris le sostiene la mirada con la misma energía—. No te preocupes, no soy huevón. Sé bien a quién le digo las cosas.

—No me jodas, Boris. No le vas a contar a nadie. Aquí no ha pasado nada. Ni hoy ni nunca. ¿Entendiste? Entre más rápido limpiemos este auto, más pronto se acaba todo. Así que mueve el culo y después te vas a pasar la borrachera.

—¿Crees que porque nadie lo sepa yo me voy a sentir mejor? —espeta Boris.

—Me importa cómo te sientas—responde Frank poniéndole límite a su hijo—por tu culpa estamos metidos en este problemón. Ni creas que voy a sufrir y consolarte porque me vienes con esas lagrimitas. Esos juegos solo te funcionan con tu madre.

La sentencia del padre lo silencia. Boris, resignado, se acerca al auto. No está en condiciones de seguir con la discusión.

Frank toma un trapo que envuelve la llave del agua del garaje y llena uno de los baldes con detergente. Friega la pintura con energía, como si quisiera borrar no solo las manchas, sino también el mal momento. Desea ver su rostro reflejado en el metal

desnudo. La sangre seca cede al aplicar la fuerza, es un trabajo tedioso y mucho más al darse cuenta de que Boris se ha dormido en el asiento del conductor.

Una carajada despierta al muchacho, quien apenas puede coordinar sus movimientos. Torpe obedece como títere, recoge los pedazos de vidrio que aún quedan en la alfombra y la consola. Sin embargo, vuelve a dormirse, y su padre, desesperado, le propina un puntapié en la pierna.

—¡Levántate, carajo! No sirves para nada.

—Cucho, no puedo más. Te lo juro— balbucea— que lo limpien en la mecánica, para eso les pagas.

—¡Lárgate de aquí! No quiero verte más — ordena resignado.

—Ese cabrón debería limpiar su propio mierdero — sentencia Boris antes de abandonar a Frank.

Las palabras de su hijo resuenan en la mente de Frank: *¿Crees que porque nadie lo sepa yo me voy a sentir mejor?* La frustración lo desborda. No esperaba escuchar algo así. En su casa, las cosas no se dicen; no es necesario. Los hombres callan, y así debe ser, y así lo será.

—Para eso está la madre —gruñe tras patear el aro derecho.

La limpieza se vuelve más ardua. La sangre, ahora Frank la ve por todas partes. Le da asco, la compara con sus viejas corbatas manchadas de grasa. Por más que friega y aplica fuerza, no deja de encontrarse con el rostro de Boris y sus acusaciones.

Cuando llega al limpiaparabrisas, un escalofrío lo sacude. Su cuerpo tambalea, la reacción no puede considerarse exagerada. Su estómago amenaza con traicionarlo.

—Te juro, hermano, quedé en shock. Era un pedazo de carne, ¡con cuero cabelludo! Tenía hasta cabellos. —Así lo describirá años más tarde a sus amigos íntimos.

Observa el desastre y no comprende cómo ese esperpento borracho, ahora tirado en su cuarto, es responsable de la desgracia. La imagen del trozo de cuerpo arrancado lo persigue. Se imagina el dolor que causó y lo siente como propio. A pesar de todo, sabe que no puede cambiar lo ocurrido, comprende la carga de su hijo.

Frota con furia, manchándose las manos en un intento de regresar las cosas a la normalidad. Bruto e inútil, se entrega a la labor. Pero sabe que no será suficiente. Su condena, la de todos será cambiarse la careta cada día. La sangre que fluyó por el auto nunca se irá, no importa cuánto friegue.

Carmulena, sentada frente al tocador, termina de arreglarse. Mientras pasa el lápiz labial lila sobre sus labios, repasa una y otra vez el plan que están a punto de ejecutar.

—¡Apúrate! Pareciera que no tienes nada que hacer. ¡Muévete, por favor! Si salimos tarde, alguien podría ver el auto y sospechar —reclama, mira de reojo a Frank, quien aún está descalzo y con una toalla sobre los hombros.

—¿Estás seguro de que ese maestro es de confianza? Si no, busquemos otro.

—Que sí, mujer. Hace veinte años que llevo los carros a su mecánica. Me conoce, y tú misma escuchaste cómo hablé ayer con él por teléfono.

—¡Dios te oiga! —responde Carmulena, apretando los labios con fuerza—. Pero que te quede claro: esto es tu culpa, Frank.

Su marido suspira con un halo de cansancio y seca su cabello con la toalla, como si quisiera terminar la conversación.

—Él no sabe nada de lo que pasó, mujer. Mientras llevemos el auto limpio, no tendrá motivos para cuestionar nada.

Carmulena se gira, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Estás seguro de que quitaste toda esa piel?

Con la pregunta le retornan las náuseas y la incertumbre de qué pasará. Frank evita su mirada, frotándose las sienes con la toalla. Sabe que no puede ofrecer garantías. Pero también entiende que, a estas alturas, las cartas ya están jugadas. Revisar el auto una vez más no cambiará el resultado.

—Estoy seguro—murmura con voz tensa para convencerse a sí mismo—. No hay nada más que revisar.

Sin embargo, en el fondo, una parte de él quisiera regresar al garaje, pasar nuevamente el trapo por cada rincón del auto y asegurarse de que no queda ni un vestigio. Pero el tiempo apremia, y la mirada penetrante de Carmulena lo ancla a la realidad. Más que limpieza, ahora necesitan suerte.

Han pasado cinco minutos desde que Carmulena y Frank llegaron al taller mecánico en el sector de San Isidro, al norte de Quito. Ambos vehículos permanecen estacionados junto a un muro cuyas paredes desgastadas advierten mejores épocas. Sobre una de las columnas que sostienen la puerta negra del taller, un cartel oxidado de Castrol cuelga precariamente, al borde de caer.

Frank, cansado de esperar y agobiado por los reclamos de su mujer, deja de golpear la puerta metálica que, con cada impacto, resuena como una alarma en el barrio.

Se da la vuelta, resignado, y regresa al auto familiar donde Carmulena lo espera con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa con este señor? ¿A qué hora le dijiste que llegaríamos? Ya son las ocho y tres.

—Ya, mujer, ya debe llegar. ¿Cuándo has visto a uno de éstos ser puntual? No te alteres.

—¿Que no me altere? —responde ella, con un tono que roza el grito—. ¡Todo el mundo nos está viendo, Frank! ¿No te das cuenta? Y lo peor no es que nos miren, sino que ven el auto destruido por tu hijo. Cualquiera con un ojo avispado nos podría denunciar.

—Pero si no hay nadie, es domingo. No seas filática. Deja la paranoia. Tranquilízate, por favor. Si no, mejor me voy al *Twingo*.

—Espero que se apure, sino llegaremos tarde a misa — son sus últimas palabras.

El habitáculo queda sumido en un silencio tenso. Frank, exhausto tras su discusión con Boris, no tiene energía para lidiar también a los arrebatos de su esposa. La tensión se manifiesta en la respiración rápida y marcada de Carmulena. Frank, consciente de que sus palabras han empeorado la situación, intenta suavizar el ambiente. Cambia el dial de la radio, con la esperanza de encontrar una canción que alivie el mal humor de su mujer.

En el retrovisor izquierdo, aparece la silueta de un hombre acercándose. Con su llegada, retorna el dialogo.

—¡Ya llegó! —exclama Carmulena, con una mezcla de entusiasmo y alivio—. Anda, habla con él, por favor. Quiero irme de aquí cuanto antes. Y no te olvides: nada de mi Borichi.

Frank, visiblemente molesto, decide no contestar. Observa al hombre, quien viste una chaqueta de cuero y botas desgastadas, y se dirige hacia él. Un firme apretón de manos es suficiente para que Carmulena respire con una mayor tranquilidad. Ambos hombres se acercan al *Renault Twingo*. Desde el auto, la madre observa atentamente a través del retrovisor. Aunque no escucha lo que dicen, ve cómo Frank señala las abolladuras y está clarísimo el interés del mecánico por sus señalamientos.

—¿Qué está haciendo este imbécil? — murmura la madre cómplice y culpable antes de abrir la puerta del auto familiar.

—¡Fue un perro! —grita apresurada, cerrando de golpe mientras camina rápidamente hacia ellos.

Frank, sorprendido por la intervención, le lanza una mirada fulminante. Antes de que diga otra palabra, se acerca a ella y la toma firmemente de la mano.

—Mi mujer, Don Braulio.

El mecánico, confundido por la interrupción, saluda con cortesía:

—Buenos días, señora.

—Mi amor, todavía no le contaba a Don Braulio qué pasó. Estábamos evaluando los daños. Perdónela, maestro. Todavía está algo nerviosa —replica Frank, fingiendo una sonrisa amable.

Braulio, sin cuestionar, asume que Carmulena fue quien tuvo el accidente.

—No se preocupe, Don Frank. Señora, qué pena, pero tranquila, que al carrito le vamos a dejar como nuevo.

Carmulena, atónita y contrariada, no está de acuerdo con la suposición del mecánico. Busca a su marido con la mirada, espera que diga algo, que asuma su responsabilidad. Pero Frank permanece en silencio. Todo estaba previsto en el plan, menos quién se echaría la culpa. Ante la falta de respuesta y para no levantar sospechas, asiente dubitativa y responde con voz apenas audible:

—Fue un perro. Se me cruzó de repente.

—Así pasa, señora. Lo bueno es que estas latas son fáciles de enderezar — responde Braulio con indiferencia.

El mecánico se dirige con parsimonia a la puerta del taller, saca una llave de su maleta y manipula una cadena grasienta para abrir el candado. Antes de ingresar, pide a la pareja que espere afuera.

—¿Por qué no dijiste nada, Frank? ¡Maricón! Me dejaste como la culpable. ¿Qué se supone que estabas haciendo mientras yo mataba a ese perro? ¡Cretino!

Frank, acostumbrado ya al tono recriminatorio de su mujer desde el accidente, no se inmuta. Sabe que, en el fondo, ella no está dispuesta a aceptar las circunstancias. A su juicio, permitir que Carmulena se lleve la culpa no es tan mala idea. Para él, parece más creíble que una mujer sea la responsable de un accidente.

—¿Acaso se te cayeron los huevos? —continúa Carmulena, elevando la voz—. Si alguien llega a enterarse, no creas que dejaré que me echen la culpa. Tú eres el responsable de todo esto.

Frank no responde. Las palabras de su mujer le suenan distante. Ambos saben que han cruzado una línea y que no hay forma de retroceder.

El mecánico reaparece con una camiseta polvorienta con el logo de la banda Mägo de Oz y unos pantalones negros desgastados que claramente han tenido mejores días. Su cabello, mojado y peinado hacia atrás, refleja un intento de orden entre tanto metal torcido. Abre ambas puertas de par en par y espera a que Frank ingrese el vehículo.

—Se ha topado bastante, don Frank —inicia el discurso para justificar el valor final del trabajo.

Se dirige al padre de familia, sin siquiera mirar a Carmulena. Supone que él es quien pagará el arreglo y con quien deberá negociar.

—Será necesario hacer varias cosas, mi don. Primero, conseguir un nuevo parabrisas. Ese no le saldrá barato. Después, enderezar el capó, reemplazar el guardafangos, igualar el color y pintar. ¡Está grande el camello!

—Le conozco, don Braulio. Diga rápido, ¿de cuánto estamos hablando?

—Con todo lo que hay que hacer, ¿le parece si quedamos en los quinientos cincuenta? —responde con timidez.

—¡Está carísimo! Por lo que veo, también quiere cobrarme por la chompa de cuero que trae puesta.

El mecánico sonríe y desvía la mirada hacia el suelo, intenta ocultar su incomodidad.

—Póngase serio y deme un precio real. Sabe que soy cliente de años.

—¡Frank!, no discutas con el maestro. Lo importante es que arregle el carro rápido.

Carmulena interrumpe con firmeza, harta de tantos actos desatinados de Frank. Se acerca al mecánico con la intención de tomarle las manos, pero al último momento desiste. Se detiene a un paso de él, y por la confusión pierde el equilibrio, casi cae sobre él.

—Haga lo necesario para tenerlo listo cuanto antes. No tengo cómo movilizarme.

Sus palabras, y su postura están cargadas de autoridad y suficiencia, buscan captar toda la atención del mecánico. Quiere que Braulio la mire y le hable con el mismo respeto que a su esposo.

Braulio ajusta su postura y se dirige hacia ella con una atención renovada. La sonrisa tímida desaparece al comprender que no habrá restricciones económicas para el arreglo. Su mirada, que antes estaba fija en el suelo, se concentra en el rostro frío y delgado de la responsable del accidente.

—Yo pagaré. No se preocupe por el dinero —enfatisa Carmulena—, pero necesito que guarde el carro. Hágame ese favor. Aquí le dejo algo para las colitas.

El mecánico asiente sin dudar, complacido con las palabras de Carmulena y el inesperado cambio en el control de la situación. Todo queda decidido con la promesa de discreción y eficacia.

Llegan a la iglesia y ocupan la última banca. Desde que dejaron la mecánica, Carmulena no ha pronunciado una sola palabra. La falta de reacción y las decisiones torpes de su marido la desconciertan. La forma en que él se quedó callado la hace sentir insegura. Se pregunta si Frank responderá por ella y por su hijo. Intenta convencerse de que sí. Sabe que, a diferencia de ella, él no actúa con rapidez ante situaciones inesperadas. Muchas veces se lo ha reprochado: *Siempre te quedas como bruto sin hacer nada. ¡Despabila, Frank!*

A medida que el incienso invade los techos altos de la iglesia, Carmulena se siente más distante de su esposo. ¿Qué pasará si alguien se entera del accidente? ¿Qué hará él? Lo observa con desprecio. *Juntos toda la vida, mi amor.* Reconoce la frase que Frank le repite todos los días y le repugna. Lo mira de nuevo, encontrándose con la misma expresión de arrepentimiento de siempre.

Se levantan cuando el sacerdote entra al templo. Frank aprovecha el momento, le toma la mano y la acaricia suavemente. Ella la suelta al instante. —No, Frank. No molestes aquí.

Él intenta enmendar la situación, pero Carmulena no cede. —Después, Frank, por favor. Te digo que aquí no— murmura irritada.

Frustrado, se levanta y abandona la iglesia. No está en sintonía con su esposa y prefiere desaparecer para evitar más confrontaciones. Ella se sorprende de que deje el templo a mitad del sermón. Es un insulto para el Señor y para ella, pero no hace nada para detenerlo. Le ha colmado la paciencia y lo último que desea es lidiar con él.

Frank se dirige molesto hacia el auto. Están estacionados a dos cuadras de la iglesia porque llegaron tarde. Se da cuenta de que, si vuelve a casa, se encontrará con su hijo, aún dormido y resacoso, y eso es lo último que quiere en ese momento. Decide estar solo y alejarse de todos. Piensa en darle las llaves del auto a su mujer, pero lo descarta. Pasa de largo el auto.

¿A dónde voy?, se pregunta. Nunca ha hecho algo así y la decisión lo asusta. Camina por la avenida Real Audiencia, observa los graffitis a favor de Lucio Gutiérrez

en las lanfor cerradas de los negocios. Reflexiona sobre la discusión con su hijo y el motivo del enojo de su esposa. Su mente divaga, incapaz de llegar a una conclusión clara.

¿Y si en verdad Boris mató a ese muchacho? La idea lo desarma. Una pesadumbre lo invade mientras trata de ordenar sus pensamientos. Ninguno está preparado para enfrentar algo tan serio. Ningún padre lo está; mucho menos un hijo.

Recuerda los pedazos de piel adheridos al metal, esa imagen que lo persigue como su sombra. ¿Cómo puede alguien cargar con la responsabilidad de algo así? ¿Cómo podría ser él quien la lleve?, se pregunta, atrapado en un torbellino de culpas. Piensa en Carmulena, en su postura tajante, no le da la razón: ni él ni ella deberían cargar con algo que no les pertenece. No estuvieron en el auto cuando ocurrió el accidente. Sin embargo, el dolor de Boris también es el suyo, compartido como un eco que resuena en su pecho.

Esa será su cruz. Lo lamenta profundamente aun así no quiera estar en el lugar de su hijo; sabe que no puede hacer mucho más que estar presente, ayudarlo a superar el tropiezo y esperar. Asumir este nuevo rol, el de un apoyo incondicional, no le resulta natural. No está hecho para eso, reflexiona con amargura. El padre puede resolverlo con dinero; ese es su papel principal, el de proveedor. Basta con que haya prometido cubrir hasta el último dólar de los daños provocados por la travesura de su hijo. *Para todo lo demás está la madre*, sentencia. Una sensación de vacío lo invade. ¿Qué clase de padre es? ¿Qué clase de padre ha sido? La pregunta se clava en su mente con la fuerza de un aguijón. Nada parece consolarlo.

Mientras camina, el paisaje se despliega ante él con monotonía: las mismas casas, una tras otra, con sus fachadas repetitivas, se alternan con distinto el color. Todas tienen las puertas cerradas, como si lo esquivaran. El trayecto se le hace eterno. Maldice en voz baja a sus pensamientos, esos compañeros que no callan y no dejan de susurrarle la verdad. Arrastra la culpa de su hijo, esa que no quiere hacer suya y de la que no sabe cómo librarse. Jamás aceptará la responsabilidad como Carmulena; para eso está la madre, recalca. La misma que debe seguir recibiendo misa, perdiendo el tiempo ante un Dios que en la mañana del viernes pasado se olvidó de ellos.

Cómo desearía que todo fuera como antes, que el orgullo por aquel estudiante de ingeniería volviera a llenar su pecho. Que su mujer estuviera en ese momento en misa, sentada en la fría banca de madera, sin prestar mayor atención al sermón. Como siempre, sin la necesidad de comprender. Pero cada paso que da en esa nueva realidad lo aleja más de ese anhelo.

Carmulena, por primera vez, no sabe cómo reaccionar ante la culpa al escuchar las palabras de *Mateo 27:3-5*:

Entonces Judas, el que lo entregaba, al ver que Jesús había sido condenado, sintió remordimiento y devolvió las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, diciendo: 'He pecado entregando sangre inocente'. Pero ellos dijeron: '¿Y eso qué nos importa? ¡Allá tú!'. Entonces Judas arrojó las piezas de plata en el templo, salió y se ahorcó.

No por malicia, sino por hábito

He pecado entregando sangre inocente. Le taladran las palabras en su cabeza. Es un concierto de emociones al ritmo de las alabanzas, una sinfonía que la arrastra sin compasión. Sus labios, desconcertados, se tropiezan entre sí con la sentencia. Por vez primera se ve a sí misma como una impostora ante el clan de desconocidos, una figura más que apenas se sostiene entre los ecos de los rezos. Una extranjera entre tanta apariencia, entre gestos y credos ajenos. Hace fila con el decoro abatido. Le cuesta repetir: *ilumíname, Señor, con tu Espíritu..., Resucítame, Señor, con tu Espíritu.* Las palabras se le atascan en la garganta. Sus manos, tan juntas como si estuviesen pegadas con cola blanca, nunca, rígidas por fuera, temblorosas por dentro, nunca, nunca las ha sentido más hipócritas. Sus pies, desobedientes, que ceden ante el ritmo de la marcha, se arrastran débiles sobre la calzada de astillas, como si cada paso supiera su penitencia. Todos los ojos están sobre su comunión. Los desconocidos la juzgan por ocupar un lugar en la fila, por estar de pie frente al altar como si tuviera derecho a ese acto sagrado.

Se ve a través de ellos, proyectada en múltiples versiones: sentada en la primera, cuarta, séptima y última banca. Tararea y sonríe. Entiende su desprecio. Se concentra en los pasos cansados. *Y déjame... el fuego de tu amor... mi corazón, Señor...* Tararea en voz baja, teme que alguien la escuche, deseando que las miradas desaparezcan.

Uno a uno los comulgantes regresan a sus puestos, dichosos ante la gracia del perdón. Los aborrece por exhibicionistas, por ostentar lo que ella no puede sostener. El retorno lo hacen por el mismo pasillo por donde a ella le cuesta avanzar. Cada roce lo percibe como una provocación. Les sonríe y traga la culpa con compostura. Marcha con el resto de los impostores, con quienes saben y callan, con quienes dudan y siguen.

Como con otros pecados, comulgará sin confesarse. Porque cuando se es madre, hay algunos secretos, que deben quedarse en voz baja.

Antes de que otro pecador invada su espacio, separa las manos y se inclina ligeramente para acariciar la cabeza de un niño que está sentado al borde de la tercera fila. Al principio, el infante no se da cuenta del gesto, hasta que siente un tirón de sus cabellos, apenas perceptible según ella y suficiente para que él voltee a mirarla desconcertado. Ella le devuelve una sonrisa perversa y dice—Siempre debes portarte bien, cariño. — y con un leve movimiento del dedo índice, hace un gesto para que guarde silencio.

No entiende por qué lo hizo, fue un impulso absurdo, una descarga muda para obtener una sensación pasajera de control.

Ante la reacción del infante disimula, lo acaricia con afán, torpemente le deforma el rostro con toscos pellizcos en los cachetes mientras corea: *Y déjame sentir el fuego de tu amor aquí en mi corazón, Señor...*

El niño la mira confundido entre el dolor y la confusión. Entonces la madre, alertada por el gesto brusco, interviene. Le aparta la mano de un manotazo seco.

—¡Hereje! —le espeta Carmulena, sin pensar ni medir sus palabras. Retira el brazo, horrorizada, incrédula de su reacción. Es lo último que le diría a un feligrés. La respiración se le entrecorta. Lo que antes sólo suponía ahora es evidente. Percibe el juicio en los susurros que ya no pretenden disimular. Sabe que ha cruzado la línea. Si la otra mujer reacciona y arma un escándalo saldrá corriendo sin el perdón de Dios.

Un comulgante las interrumpe. Pide permiso para regresar a su puesto, y su presencia basta para calmar los ánimos. El silencio que sigue entre los involucrados es breve pero oportuno. Carmulena lo aprovecha y se recompone; Avergonzada, retorna a la fila con pasos que fingen firmeza. La madre del niño le da la espalda y cambia de lugar con él. Su indiferencia será el castigo.

Llega su turno para recibir la eucaristía. El párroco, sin percatarse del incidente, continúa con la tarea repetitiva. Las manos hipócritas permanecen en su lugar y la mirada sumisa fija sobre la sotana evita verlo a los ojos.

—El cuerpo de Cristo— recita en automático.

Las palabras las percibe lejanas e incomprensibles tanto que la lengua la ha abandonado y los labios desconcertados deben salir en su rescate: se abren lo suficiente para humedecer la hoja de harina de trigo horneada. Ante su ausencia, el vicario repite el discurso.

La mujer que está detrás se acerca y le susurra al oído: *Amen*. Apenas reacciona y lo menciona en voz baja. Solo se retira cuando el párroco, con una leve inclinación, le indica que lo haga. Camina hasta el puesto donde Frank la abandonó y absorbe el perdón con los ojos cerrados.

Entre los fieles que oran en silencio, cobra conciencia. Advierte el sabor seco y parecido al cartón de la hostia. Se le queda pegado al paladar, como si su culpa también se negara a bajar.

Sale de la iglesia minutos antes de que el sacerdote termine la misa. No tiene fuerzas para escuchar el cierre, ni la bendición. El aire fresco la recibe sin consuelo.

Frank no está. Mira ambos lados, cruza la calle con la vista, y luego camina hasta donde estacionaron el auto y halla el Nissan Sentra color plata cerrado. No le hace gracia. Se planta junto a la entrada del templo a esperar a su marido y repasa lo que acaba de vivir. Se avergüenza por la escena y la lástima que le generó al párroco.

Las puertas se abren, los feligreses salen con los rostros renovados y el paso más ligeros. Carmulena se aparta para no estorbar su fortuna. Afuera del templo, ya no siente las miradas acusadoras de antes, ahora le parecen nocivas.

Entre la muchedumbre, la madre del niño la reconoce y se acerca. Carmulena piensa en marcharse, no lo hace. Antes de que la señora llegue, da un paso y la afronta. No quiere dejar su imagen manchada ante la casa del Señor. Se disculpa con un tono suave, casi condescendiente; cada palabra es acompañada de un gesto y calidez que simula arrepentimiento. Mientras habla, busca la mirada del niño que camina unos pasos detrás. Quiere acariciarlo de nuevo, tocarlo, esta vez con ternura. Quiere sonar sincera y lo logra. Se da cuenta por el encogimiento de hombros de la mujer. Termina el discurso y sonríe cortésmente. Se despide con un beso en la mejilla.

El niño, antes de que pueda acercársele, le da la espalda, se suelta de su madre y corre.

El párroco cierra las puertas de la iglesia y se siente una estúpida. Frank no aparece. Comprende lo ridícula que se ve. No se permite derramar la lágrima que amenaza con salir. El cura se le acerca con gesto amable y le pregunta si todo está bien. Ella sonríe, está cansada de sonreír, asiente con la cabeza y responde:

—No podría estar mejor, Padre.

En casa, los parqueaderos están vacíos. La radio de la cocina reproduce *La chica del gorro azul*, de La Oreja de Van Gogh. La apaga de un manotazo: no está de humor para música fresca. Revisa el cajón de verduras, el congelador, la alacena. Abre tres veces la olla arrocera. No, no puede pensar en cocinar.

Toma una revista *Vanidades*, de las que guarda junto a los libros de cocina y, antes de salir al patio, busca en su cartera un *Marlboro Blanco*. El día sigue frío. El cielo grisáceo promete lluvias. Su atuendo de iglesia ha quedado opacado por la gran chompa de jean morada que lleva puesta. Se sienta en el bordillo que separa el césped de la acera interna. Abraza la brisa y disfruta del frío. Enciende el cigarrillo y ojea la revista.

¿Estará muerto? se pregunta con los ojos clavados en el césped para ocultar su sospecha. Han pasado dos días y no ha salida nada relacionado en los noticieros. Sus

pensamientos se susurran a sí mismos. No quiere que nadie, ni siquiera Dios, se entere lo que cree. Aunque esté sola en medio del patio, siente las miradas de los Carrillo, los Benítez y del señor del gas que pasa en ese momento y hace sonar el claxon de su camioneta. No tiene pruebas, aun así, está convencida de que cualquiera podría leerle el rostro.

Carlos de Inglaterra: una verdadera vida de príncipe. En la siguiente página aparece como protagonista, vestido de rojo, lleno de condecoraciones, en medio de un gran salón dorado. En otro momento, estaría muy interesada en la vida social de la monarquía británica. Solo le queda botar la colilla sobre una lombriz que se mueve a través de la tierra húmeda.

Papás fritas y honey mustard

El cigarrillo está por consumirse cuando Carmulena escucha acercarse una moto, seguida de un pitido sostenido. Ingres a la casa y cruza por la sala, ve a Frank sentado con la mirada clavada en el elefante de cristal del aparador. El que compraron en la tienda de la virgen del Quinche, como símbolo de buena suerte.

—Anda a poner la mesa, por favor — le pide, sin saludarlo.

Busca el dinero en su cartera sin reclamos ni reprimendas.

—¿Qué compraste?

—Pollo, Frank.

Él se incorpora y se acerca con la intención de besarla. Busca su boca, pero ella solo le ofrece la mejilla. La escena se sostiene en ese silencio que ambos han aprendido a dominar.

—Hay helado en la nevera —comenta él, tratando de ganársela—. Napolitano — añade, sabe que es el favorito de ella y de su hijo.

Carmulena le dedica una sonrisa breve, contenida. Luego, cada uno toma su propio camino. La situación no es fácil para ninguno de los dos.

Ella regresa a la cocina con el pollo asado y una Coca-Cola desechable, que cuelga de una funda negra. Allí encuentra a Frank sirviendo jugo de tomate de árbol en los vasos de metal. Las miradas se evitan con torpeza. Para aclarar que no tomará del jugo, Carmulena saca la gaseosa, se llena un vaso hasta el borde y le da un gran sorbo. Saca una papa frita de la funda, de la que aún emana vapor al abrirla. Se la lleva a la boca. Luego, cierra la bolsa y la hace un nudo antes de meterla en el horno. El aroma despierta el apetito de Frank, que espera a que su mujer le ofrezca una.

—Voy a despertar al gordo—tras pronunciarlo, abandona la cocina.

Golpea tímidamente. No obtiene respuesta. Empuja la puerta y, apenas la abre, un vaho denso la golpea en la cara como un puñetazo. La mezcla de licor con sudor y ropa húmeda la noquea. Instintivamente, corre a hacia la ventana. Necesita varios segundos para adaptarse al aire viciado.

El cuarto es un chiquero con prendas desperdigadas por el suelo, botellas vacías, y restos de comida. Debe sortear sus propios sustos para recoger parte de la ropa y dirigirse al baño a dejarla en el cesto de la lavandería. El trayecto es un campo minado de

sorpresas desagradables como la taza del inodoro salpicada y varias baldosas con restos de vómito seco.

Arroja la ropa sin mirar y abre la llave del lavabo al máximo, con la esperanza de que la corriente arrastre su grima. Alza la vista. El espejo cubierto de manchas de grasa y stickers deteriorados de bandas de Nu Metal le presentan su peor versión que la avergüenza. Un fantasma huesudo atrapado con las ojeras clavadas en lo pómulos. Aun así, insiste en frotarse el rostro con suficiente fuerza para huir con la corriente.

—¿Cucha? —pregunta Boris, adormilado.

—¿Mi amor, te desperté? —reacciona ella, alarmada, al girarse de golpe.

—Cucha... ¿y si le maté a ese cabrón?

La pregunta la toma por sorpresa. Se queda inmóvil por un segundo como si la sangre la hubiese abandonado por el desagüe.

—¿Qué dices? —reclama al acercarse a la cama.

—Claro que no.— responde con la mirada ausente, anclada en la silla cargada de ropa.

—No, hijito, no. He estado pendiente de los noticieros, y no hay noticias — le acaricia la espalda con torpeza—. El mecánico se creyó lo del perro.

Boris muestra interés, se sienta en la cama con dificultad, y se frota el cuello.

—¿Se lo creyó? ¿En serio no dijo nada?

—No, nada —responde ella con ligereza—. Hasta tu padre quiso regatear el precio con el mecánico.

Boris sonríe y su madre aprovecha el momento.

—Quiero que me prometas que no volverás a pensar en eso, mi amor.

—No sé, Cucha. Quedó hecho plastilina. Yo maté a ese hijo de puta.

—¡Mierda, Borichi! —exclama, con impaciencia—. ¿No me escuchas? Seguro que está en su casa, con un yeso en la pierna, tomándose una sopita caliente. Y tú acá muriéndote de hambre.

Guarda silencio. Ella se acerca y le coloca la mano en la frente, como cuando era niño y tenía fiebre. Acaricia con delicadeza su chibolo.

—Además, tú mismo me contaste, mi amor, él se te lanzó encima. Él lo provocó. ¿O no? —dice en tono complaciente—. Es su responsabilidad. No tuya, mi Borichi.

Su hijo no levanta la cabeza. Carmulena lo mira de cerca. En su mente se imagina el impacto: el cuerpo girando en el aire como una marioneta y el sonido seco contra el pavimento. Traga saliva. Continúa acariciándolo con delicadeza

—No tienes la culpa, mi amor —susurra — eres un gran chico.

Le da varios besos en la mano hasta que una leve sonrisa le regresa al rostro de Boris. Es casi imperceptible, pero suficiente para que ella avance.

—Prométeme que te olvidarás de esto. Por ti, por mí. ¿Sí?

Hace una pausa.

—¿Sí? —insiste con dulzura—. La próxima semana te damos el auto arreglado y te vas con tus amigos a la playa. Quiero que te diviertas y dejes de pensar en boberías.

Boris asiente con la mirada triste por el destino miserable del muchacho. Pero la idea de irse a la playa con los amigos, le reconforta y sonríe resignado.

—Así me gusta verte siempre: contento. Feliz y contento.

La madre se pone de pie, toma la ropa colgada en la silla y la lleva al cesto de la lavandería. Se percata que el grifo del lavabo quedó abierto y que el agua estuvo a punto de desbordarse.

—¿Te das cuenta? Por pensar en boberías casi nos inundamos —ríe con una carcajada exagerada.

Antes de salir de la habitación, respira profundo. Un segundo. Solo uno.

—Ahora sí, levántese a almorzar, que le compré lo que más le gusta.

—No tengo hambre, mami. — responde Boris con tono meloso, casi como niño que busca cariño.

—¿Cómo que no vas a comer? —replica ella, sin perder la paciencia—. Por ti compré pollito y nuggets con honey mustard, como te encanta. Y tu papá te trajo tu helado favorito, Napolitano. Tienes que recuperar fuerzas para la playa, así que venga... lávese la carita y bajamos. Juntos.

La conversación con su hijo la ha dejado profundamente afectada. Si ya antes tenía poco interés en acompañar a su marido, verlo morder con los dientes amarillentos de la pierna de pollo y arrancar el cuero asado como si fuera un trofeo, le provoca rechazo y repulsión.

Las gotas pesan como piedras - Lunes 28 de octubre

Me levanto de un brinco, tan rápido que parezco un robot. Estoy descontrolada. Me cuesta respirar; jadeo tanto que creo que voy a desmayarme. Con esfuerzo, tomo el control de mi cuerpo.

—Tranquila, Carmu, tranquila —me digo.

Estoy empapada en sudor. Un frío penetrante recorre mi cuello mojado. ¿Qué hora será? No llevo puesto el reloj. Aún no ha amanecido. Miro a mi alrededor. ¿Dónde estoy? De a poco me oriento en la oscuridad. Reconozco las siluetas: el velador mal pintado, la cubrecama de cuadritos y la ventana sucia que sostiene las macetas llenas de agua de lluvia. Todo parece estar en su lugar.

¿Frank? ¿Dónde está Frank? Quiero gritar su nombre, pedirle que venga. El miedo me paraliza, como cuando era niña y llamaba a mi madre para que me rescatara del Coco. Su lado de la cama está intacto, como si no hubiera nacido. Las gotas de sudor pesan como piedras. Mi respiración es torpe. Hasta mis ojos parecen sudar. Quiero dormir, pero él no está a mi lado. Intento hacerlo, pero las cobijas pesan más que nunca, más que siempre. Doy vueltas en la cama. Descanso, me giro otra vez, me tapo la cabeza con la almohada, me estiro, me acomodo, me acuesto. Es inútil. Me levanto.

Nada, no pasa nada. Enciendo la televisión con el control remoto y me recuesto. La lluvia golpea tan fuerte que apenas puedo escuchar. ¡Flash informativo! Un accidente de tránsito en la avenida Occidental. ¡Catastrófico! "Mi Borichi", pienso. La reportera detalla un atropello. No puede ser, no pueden estar hablando de él. ¿Dónde diablos está Frank? No, no después de tantos días. No otra vez.

Las cobijas pesan, me oprimen y acorralan. Con dificultad las aparto. No siento frío, vuelvo a taparme. No siento calor. La lluvia arrecia, y mi respiración está más lenta. Me levanto de nuevo. Me doy cuenta de que no llevo nada puesto de la cintura para abajo.

—¿Cómo es posible, Carmu? —me reprocho.

Me acerco a la ventana y observo cómo la lluvia se estrella contra las tupirrosas. Toco el vidrio; no está frío. Coloco ambas manos, nada. Pego mi pecho, tampoco. ¿Qué diablos sucede? —¡Mi Borichi!, — pienso otra vez. Quiero despertarlo, pero no puedo. Ha pasado por tanto... Mis pies no obedecen.

Intento calmarme. Inhalo y exhalo. Cada respiración es una batalla, como si ladrillos quebradizos desgarraran mi tráquea. ¡Qué sed! Siento una sed abrasadora. Con esfuerzo, venzo a las cobijas y logro ponerme de pie. Busco el pantalón del pijama, un calzón, algo que me cubra. Los cajones no abren. El clóset está sellado. ¿Por qué? "¡La ropa sucia!" Pienso en voz alta. Voy al baño, cubriéndome con las manos. Tal vez Frank se quedó dormido en el inodoro.

Enciendo la luz. El foco parpadea y, segundos después, se apaga con un "puff". Pequeñas chispas salen de la boquilla. —¡Maldita sea! —grito. Corro al cuarto. ¿Dónde está ese inútil? —insisto. Que lo arregle él cuando aparezca. Huele a quemado. Una nube negra me envuelve.

¿Por qué todo se ha vuelto tan difícil con él?

Me acerco al lavabo en tinieblas, abro la llave y tomo un trago de agua. No lo siento pasar por mi garganta. Sigue la sed, así que bebo el vaso completo. Nada cambia. Lanzo el recipiente de plástico contra la pared.

Abro al máximo la llave fría de la ducha y me quito la blusa. Las gotas de sudor descienden por mi cuerpo como chorros de aceite que se niegan a mezclarse con el agua. El peso de mi cuerpo parece disiparse con ellas. Por más que el agua me empapa, no siento frío. Abro la llave del agua caliente; el vapor se mezcla con el humo que aún persiste en el baño. Mis hombros se enrojecen, pero apenas lo noto. ¿Por qué no siento el calor?

Salgo apresurada de la ducha y miro mi cuerpo. Estoy colorada. Doy vueltas por el baño, desesperada. Mis brazos tiemblan, mis piernas tiemblan, mis dientes castañetean. Entro de nuevo a la ducha, abro y cierro las llaves. Nada cambia. ¿Qué le pasa a mi cuerpo?

Sin importarme el vestido y regreso al cuarto, a la ventana. La lluvia sigue sin tregua. Mis palpitaciones se vuelven violentas. Me cuesta respirar. La asfixia oprime mi piel. Necesito aire fresco. Corro hacia la puerta, la abro y, con el cuerpo desnudo, voy a la sala. Busco las llaves de la entrada. —¿Dónde están? —, me pregunto frenética. Busco que busco. Por fin las encuentro donde siempre. Salgo.

Las gotas de lluvia caen sobre mis poros. Corro y corro, tratando de alejarme, aunque no sé de qué. Todo está nublado. No hay estrellas, ni calor, ni frío, solo mi piel oscura, como el cielo. La brisa insípida acaricia mi cuerpo y le roba el color. Corro, transpiro, grito. Las palabras resbalan a través de mi piel.

Grito. Nadie responde. Estoy sola, en medio de la calle. Mis lágrimas, confundidas con la lluvia, arrugan mis manos. Grito, carezco de llanto.

Despojada de mí misma, mi cuerpo se desploma. La evaporación térmica del asfalto agudiza la penumbra. Con la cara pegada al suelo, lo veo. Surge, con su rostro desfigurado y la ropa manchada de sangre. Está de pie frente al carro de mi Borichi, apoyado en una pierna. La otra cuelga torcida, inútil. Entre nosotros no hay más que la lluvia, el sudor y mis lágrimas, mezclándose en un silencio.

Me muestra los dientes, un gesto ambiguo entre el dolor y la desesperación. Su figura, borrosa bajo la lluvia, parece alejarse y acercarse a la vez. Apenas puedo distinguir sus rasgos, pero percibo su angustia como un cuchillo que atraviesa la sombra. No dice nada. No necesito palabras.

Todo pesa demasiado: el vacío, las cobijas, las palabras, Frank, el frío, mi Borichi, el calor, la culpa. No hay calor, no hay frío, no hay aire. Mi pecho se hunde, mi respiración se apaga.

Las mejillas pegadas al individual

—Juanita, buenas noches soy Carmulena. Espero no importunarte a esta hora... Queríamos invitarles a almorzar el próximo sábado. ¡Comida tailandesa! La revista *Vistazo* recomienda un nuevo sitio, parece espectacular...Es lo mínimo que podemos hacer por tu ayuda. ¿Qué habría sido de mi Borichi sin ti?

Mucho mejor, chica. El guambra está un poco sedado, ahora con menos dolor. ¿El auto? ¿cuál auto?... Ah, nada de qué preocuparse, está por salir de la mecánica. ¿Tú, todo bien? Por cierto, ¿tuviste algún problema con los vecinos? Imagino que se asustaron con el espectáculo que dimos. ¿Algún reclamo? No debe ser común encontrarse con un parabrisas en medio del parque. Yo, francamente, habría puesto el grito en el cielo.

Entonces nos vemos ese día. Te llevo la ropa que nos prestaste. ¿Con Frank? No, querida, qué indelicadeza. Yo misma te la devolveré. Uy justo timbran a la puerta. Lo siento debo dejarte. Muchas gracias... Chau.

Colgó.

Su único consuelo es en el *Marlboro blanco*, su compañero fiel durante los últimos días. El tabaco invade sus pulmones y su torrente sanguíneo; el humo se entrelaza con la inmensa soledad que la envuelve, le asalta y la conquista. Disfruta ese instante: una pausa maravillosamente esperanzadora en medio de la pasividad que le impone la incertidumbre. Sus ojos se pierden en la nube gris que, como un velo, oculta cualquier rayo de luz y que llena el vacío de sus lágrimas diarias. Exhausta, se deja caer en una silla del comedor diario.

Sólo depende de ti, recuerda las palabras de Humberto en el juego de cartas.

Le parece perversa la jugada que les ha presentado el destino. El segundo cigarrillo danza entre el humo mientras el cenicero, incansable, acumula cenizas. La mente de Carmuela, absorta, no se detiene. Sabe que, si no actúa pronto, el vacío que siente la consumirá.

¿Qué hacer? Se pregunta.

Se recuesta sobre la mesa, apoya el rostro en el individual de plástico que apesta a húmedo. Huele muy mal. No lo retira; siente que se lo merece.

Su mano izquierda deja el cigarrillo en su morada y con los dedos, recorre la superficie de la mesa como si dibujara una sonrisa, un arcoíris y una media luna. Todas en un mismo trazo imaginario, todas de distintos colores. Da una calada profunda y su

mano, inquieta, continúa con la exploración. Alcanza la tabla giratoria del centro de mesa y la hace girar con fuerza, igual que Boris cuando era niño y Frank lo castigaba a permanecer horas frente al plato que no quería terminar.

Gira y gira hasta que un frasco de mondadientes sale despedido, y varios se esparcen arriba de la madera. Toma uno y juega con él, usándolo como pincel para su pintura invisible.

Sólo depende de ti se repite una y otra vez en su cabeza.

Cansada de estar con las mejillas pegadas al individual, se reincorpora. Acerca el mondadientes al cigarro aún encendido. Le maravilla ver cómo se quema de a poco, y toma un tono negruzco. Esa pequeña destrucción le provoca una extraña paz y satisfacción, similar a la que experimenta al dar la primera calada. Le gusta tanto que decide probar con otro y después de hacer lo mismo con otros, intenta algo distinto...

El silencio de la casa la envuelve. La noche, implacable, se impone sobre el cansancio emocional y la arrastra lentamente hacia el dormitorio. A pesar del resentimiento, la incertidumbre y el coraje, Carmulena se recuesta en la sábana todavía fría, dándole la espalda a su marido, que apaga el televisor. Se cubre bruscamente con las cobijas.

A Frank se lo ve decidido a no dejar pasar otra noche sin despedirse, se acerca. Ella, aunque reticente, cede ante la insistencia. Se da la vuelta y acepta a darle un beso en la boca.

—No sé qué vamos a hacer con esta situación, pero quiero que sepas que en esto estamos los tres juntos. — dice mientras vuelve a girarse — No dejaré salirte con la tuya. Tu hijo y yo te necesitamos ¡Buenas noches!

—Depende de nosotros, Frank. Debemos saber qué le pasó a ese muchacho.

Se cubre hasta el cuello. El olor a tabaco aún persiste entre sus dedos y le recuerda al mondadientes quemado.

La cafeína y los favores

Por el tono de la llamada y la impresión que le dejó la última vez que se vieron, Inés confirma que a su excompañera de trabajo le sucede algo. La conoce demasiado bien como para no darse cuenta de que necesitan hablar. Acepta sin objeciones la cita de última hora, aunque eso implique pedirle a su suegra que se haga cargo de los niños durante la tarde y reorganizarse con Humberto.

Inés cuelga el teléfono, preocupada y sorprendida de que Carmulena no haya querido adelantarle nada, y más aún que repitiera tres veces que el asunto debía tratarse en persona.

La agencia central de correspondencias está vacía, como casi todos los miércoles por la tarde. La espera se le hace eterna. Mira la puerta con la ilusión de que ingrese algún cliente y le ayude a distraerse. Pero nadie entra.

¿Qué será eso tan importante que necesita contarle en persona? Se pregunta una y otra vez hasta que dan las cinco de la tarde.

La cita es en el *Café Libro*, en el primer piso de la *Posada de Artes Kingman*. Varias mesas están ocupadas por parejas, estudiantes solitarios y lectores empedernidos. Por los parlantes suena a bajo volumen *París* de La Oreja de Van Gogh. Disfruta del ambiente acogedor, le gusta la mezcla envolvente de aroma a café recién molido, tabaco y buena música. Recorre el lugar hasta que la ve: sentada junto a una de las mesas que dan hacia la calle.

Se detiene en seco. La imagen la descoloca.

—No se puso falda...

Carmulena lleva un pantalón de tela y una blusa blanca, muy distinta a las floreadas que tanto le gustan. El maquillaje discreto no esconde el cansancio en su rostro. El pintalabios rosado acentúa la palidez de su piel, y las profundas ojeras remarcan una mirada

¿Qué le pasó?, se pregunta Inés al avanzar con paso firme a su encuentro. Le acompaña una sonrisa casi mecánica, que podría haber sido provocada por la Gorgona y que no sabe si podrá mantenerla durante los diez metros que separan el lobby y la mesa.

Le recibe un abrazo desesperado, urgente. Inés abandona el cuestionamiento sobre la vestimenta y lo responde con la misma vehemencia. Ninguna quiere soltarse, hay una complicidad adquirida por los años. La sonrisa disimulada desaparece de a poco.

Desde la llamada a Juanita, es la primera vez que alguien consuela a Carmulena. Y ella cede. El cuerpo se le ablanda, suelta lo acumulado; ira, miedo y rencor, descienden a través de las lágrimas que se estampan contra la hombrera izquierda de su excompañera de trabajo.

Inés, sin entender del todo, la sostiene. Sostiene a Carmulena. Se sostiene a sí misma. Extrañada, debe controlar sus rodillas, que le quieren jugar una mala pasada y doblegarse.

El abrazo termina por la aparición del mesero. Este, impaciente, espera con la libreta en la mano. Carmulena se aparta de golpe, ejerce tanta energía que casi pierde el equilibrio y se apoya en una silla para no caerse.

Frente al desconocido, se limpia las lágrimas con una servilleta de tela. Lo hace con urgencia. Inés le alcanza otra sin decir nada, como ha hecho tantas veces.

—¿Nos puede dar cinco minutos, por favor?— reclama su amiga al camarero, con tono firme.

Inés se vuelve hacia Carmulena, intenta aliviar la tensión con una sonrisa cómplice.

—Carmu, ¿y ese nuevo look...? ¡Te queda muy bien! —la halaga con suavidad—
Cuéntame, ¿cómo estás?

Carmulena suelta una risa breve.

—Inesita, ni tú te lo crees. He tenido mejores días.

Se sientan, Carmulena mira el tabaco consumido y saca uno nuevo.

—¿Quieres?

Inés no lo sabe, pero una hora antes del encuentro, Carmulena, escondida en el baño de invitados de su casa, se flageló con un alfiler la parte visible del muslo derecho. La blusa blanca y el pantalón son una estrategia de camuflaje.

—Antes de decirte una sola palabra, debes prometerme que no dirás nada de lo que te voy a contar. A nadie —le exige Carmulena— solo tú me ayudarás a encontrar un poco de calma.

La introducción preocupa a Inés, quien asiente con seguridad, más atraída por la noticia que por congraciarse con su amiga.

—Gracias por tu generosidad y discreción, amiga. Aparte, me lo debes.

La intriga de Inés no le permite entender del todo la demanda.

—Siente mis manos. Así he pasado todos estos días. No puedo dormir, me falta el aire.

—Pero ¿qué pasó? ¿Por qué no me cuentas? —reprocha Inés, impaciente.

—Sólo puedo acudir a ti. Necesito que me ayudes. No me puedes fallar, Inesita.

—Si no me dices qué te pasa, no podré hacerlo —responde Inés, con un tono que denota cansancio.

Inés la incita a apurar el relato y llegar de una vez al problema.

Animada por Inés, Carmulena no se guarda nada; comenta hasta los detalles más escabrosos. La crónica va desde que Boris salió apurado de la casa ese viernes por la mañana hasta las últimas peleas con Frank. A medida que Inés escucha a la madre desesperada, entiende por qué acudió a ella, y eso ya no le gusta. Sabe lo que le va a pedir, pero también sabe lo que le va a responder. No. Realmente no acudió a ella para un abrazo, ni para recrear una de esas tristes tardes en *Correos del Ecuador*. Necesita a su marido. Y necesita que ella lo anime a involucrarse.

No es la primera vez que le piden un favor similar.

—Humberto no conoce ese distrito, él está a cargo del Sur. Igual, no creo que sea el mejor momento— se justifica, con la esperanza de cerrar ahí la conversación.

— Inesita, nunca te pediría algo así si no fueras mi última opción. Sé cómo es tu marido, y lo que menos quiero es causarte un problema, pero necesito saber qué pasó.

No le gusta involucrarse en el trabajo de Humberto. Para ejercer sus funciones, los policías manejan parámetros éticos distintos, que a veces distorsionan los criterios de la correctitud. Después de tantos años de convivencia con un hombre de la fuerza, ha tenido que hacerse de la vista gorda más de una vez. Y lo que menos quiere es mezclar su mundo seguro con el de su marido.

—Tú mismo marido me dijo que actúe, amiga. Todo depende de mí — argumenta la madre con afán de convencerla.

—Si te digo que sí, voy a tener problemas. Lo que puedo ofrecerte es hablar con él, para que seas tú misma quien le pregunte.

Carmulena niega con la cabeza con una angustia infantil que desconcierta a Inés. Una pareja de jóvenes ríe en la mesa del fondo. El bullicio interfiere en el discurso previamente repasado. Da una última calada y apaga el cigarrillo con violencia. Luego, habla en voz baja, casi sin aire:

—Él no me va a escuchar. Sabes cómo es Humberto. Sólo te hace caso a ti.

—No puedo, amiga. No me gusta meterme en esas cosas—sentencia Inés, apagando su cigarrillo con la misma violencia que ella.

—¿Y si fuera tu hijo?

Inés se tensa. El comentario le cae como una bofetada.

—No es mi hijo —responde, seca—. Es el tuyo.

—Pero tú sabes que Boris es inocente— suelta con desespero Carmulena.

El café entero se detiene. Las risas del fondo se callan y se escucha una cuchara chocar contra una taza, pero Inés solo oye la voz de su amiga, temblorosa.

—¿Y si lo que descubres no te gusta? —pregunta al fin.

Carmulena se estremece.

—¡Me lo debes! —le recrimina con gesto de desprecio— jamás he contado tus secretos, Inesita, ni los más inmorales. Como buena cristiana, me he quedado callada. Lo sabes muy bien.

—Yo tampoco los tuyos. Carmu. No me pongas en esa posición. No es justo.

—¡Nada lo es, Inesita! Nosotros no deberíamos pasar por todo esto. Somos gente de bien.

Inés la observa largo rato. Quiere abrazarla e insultarla al mismo tiempo. La ofensa ha sido grande. Ante la falta de reacción, continúa.

—Mira, te prometo que hablaré con él para que te escuche y puedas explicarle lo que necesitas. Nada más. Lo siento, Carmu. Esa debe ser tu pelea.

El tufo acumulado - Viernes 1 noviembre

Va atrasada y espera que Humberto le atienda. No tomó en cuenta que debía cruzar la ciudad en pleno tráfico de viernes. Además, no está acostumbrada a conducir en el sur de Quito, con sus vías llenas de baches. Todo le resulta hostil y confuso. Le deprime transitar entre calles estrechas, con casas adosadas cubiertas de smog.

La cita era a las once y ya han pasado más de quince minutos. Necesita ayuda, pero no cualquiera: conoce los peligros de la periferia. Entre varias personas escoge a una anciana que toma sol en la entrada de una casa con rejas oxidadas. Acerca el *Nissan Sentra* hasta la vereda y se anima a abrir apenas unos centímetros la ventana del copiloto.

—Buenos días, madrecita. ¿Por aquí salgo al cuartel Quitumbe?

La mujer hace una seña con la mano como si espantará una mosca. No responde. Ante la insistencia de Carmulena, que no baja la ventana, la dueña del rostro surcado por arrugas se incorpora con esfuerzo y se acerca arrastrando las sandalias.

Carmulena eleva la voz para obtener una respuesta.

— Aquisito no más está — responde la anciana e indica con el mentón al cerramiento de bloque mal pitando, que se extiende unos metros más adelante.

— ¿Ese, el de ahí? —pregunta, sorprendida por el sitio que parece más bien una sede barrial.

—Sí, ese. Recto, recto —confirma la señora con ademán de cansancio.

Le agradece y arranca despacio. Mira por el retrovisor, todavía con la duda de si la mujer entendió su pregunta.

Pita con discreción. Nadie responde. Con el segundo pitido, el portón negro, abollado y oxidado en varios puntos, se abre con lentitud

—¿Nombre? — pregunta el responsable de la garita, sin mirarla.

No había pensado en ese detalle. En su plan no contempló el registro de visitas. Prefiere no dejar rastro. Pronuncia el primer nombre que le viene a la cabeza.

—Paulina... Rubios.

El cadete frunce el ceño. Parece una broma, pero al ver el rostro serio de Carmulena lo registra.

—¿Motivo de la visita?

Duda entre decir que es amiga del jefe, inventarse o si va por una diligencia. Opta por el último.

—Asunto personal —dice con voz seca.

—Espere aquí— le pide el cadete quien retorna a la garita.

El joven levanta el auricular. Está por marcar cuando ella lo interrumpe. Presiona el claxon nuevamente.

—¡No hace falta que le marque! —grita, sacando la cabeza por la ventana—. Tengo cita con el teniente coronel a las once. Voy atrasadísima. No le marque, no quiero que se moleste más.

El rostro del cadete evidencia sus dudas. Nadie en el cuartel quiere ganarse un problema con el teniente coronel. Cuelga y con un movimiento de cabeza le indica que avance.

Carmulena circula despacio por el acceso estrecho levantando polvo. Se detiene donde el joven le señala: una cancha de tierra descuidada por años. Apaga el motor. Se queda un momento dentro del auto a repasar su discurso

Baja, el aire frío combinado con polvo y aroma de eucalipto, se le pega a la espalda sudada. El sitio le recuerda a la hacienda de Zuleta donde nació: Hierbas sin cortar, árboles desordenados y ese inconfundible olor a ganado que parece filtrarse desde el suelo.

Es necesario que el cadete, joven y flaco, la escolte hasta una de las estaciones prefabricadas. Encuentra a Humberto sentado de espaldas, hablando por teléfono con tono exaltado. Sobre el escritorio, una tarina plástica a medio comer de mote con chicharrón y varios restos desperdigados.

Se queda inmóvil bajo el marco de la puerta. Apenas pasan unos segundos y el perfume a puerco frito y cebollas salteadas le invade las papilas gustativas. En otra situación, lo percibiría placentero, pero en ese momento le genera repugnancia. El olor es tan penetrante que debe meter la mano en el bolso para sacar su perfume, y roza la cadena de oro del Divino Niño que Boris lleva desde bebe. No se había percatado que la guardó el día del accidente y que la lleva con ella ese día. Sonríe sabe que es una buena señal, una gran corazonada.

Espera paciente que termine la llamada. Qué asco, marrano sin modales, piensa, llevándose el perfume a la nariz. Recorre la oficina con la mirada. Las paredes son de un blanco amarillento, desgastado, con varias manchas. Bajo el lema *Servir y Proteger*, pintado en la pared detrás del escritorio, cuelgan dos banderines del Deportivo Quito,

desteñidos y ladeados. Junto a la tarina, hay una pila de papeles arrugada, algunos de los documentos yacen bajo el curtido derramado.

—¡Chucha! Te lo he dicho mil veces, todo debe pasar por mí —lo escucha alterado, casi gritando.

Se da cuenta de que las únicas ventoleras, altas y próximas al techo, están cerradas. No hay ventilación. El ambiente es denso. Como quisiera encender un cigarrillo y contrastar la pestilencia.

—No, no importa que sea una huevadita. Acá el único que decide soy yo. ¿Entendiste, cabrón hijueputa?

Intenta concentrarse en los objetivos de su visita. Hace un esfuerzo por ignorar el lenguaje de Humberto. Se ajusta discretamente el bolso sobre el hombro y fija la vista en un punto neutro de la pared.

—Es la última vez que la paso. No te metas donde no debes. ¿Está claro?

Cierra su *Motorola V66* con un golpe seco. Al girarse, encuentra a Carmulena de pie ante él. Por un segundo, se miran sin decir una palabra. Él disimula una sonrisa; ella apenas contiene el impulso de dar la media vuelta.

—Que sorpresa hijita. ¿No te enseñaron a golpear? —pregunta con una sonrisa cómplice.

Ella no sabe que responder y espera a que él se ponga de pie y se acerque a saludarla. Humberto se sacude las migas e intenta limpiar como puede la reciente mancha de ají de su uniforme.

—¿Te costó llegar? Estos aniñados del norte ni conocen su propia ciudad —bromea, dándole un beso en la mejilla.

—¡No te imaginas cuánto! Odio el sur, qué horrible que es. —responde Carmulena con una risa nerviosa—. ¿Cómo puedes venir todos los días?

Lo dice con la intención de cambiar el rumbo de la conversación y sepultar la llamada telefónica que todavía flota en el ambiente. Se sienta en una de las sillas frente al escritorio sin que Humberto la invite a hacerlo y se da cuenta que el lo desaprueba.

—No, no. La Inesita me dijo que se trata de algo personal. Prefiero no tratarlo acá— señala el policía, tras tomar su chompa del perchero—. Vamos, por favor.

El tono deja de ser fraterno, sino el del oficial acostumbrado a dar órdenes. Al salir del despacho, Humberto, que aún despide un tufo entre cebolla encurtida y sudor añejo, la guía hacia su auto.

—Tengo un sitio donde podemos conversar tranquilos, amiga —dice, con voz incierta. Desactiva la alarma de su *Rodeo 4x4* negra y sube. Ella, incomoda, vacila antes de abrir la puerta. —Apure, mamita—le ordena el policía. Sube al interior y queda pasmada por la penumbra de los vidrios polarizados. Prefiere no decir nada. Las pocas cuadras que recorren hasta llegar al parque de Fundeporte gobierna el silencio. Humberto se dirige al estacionamiento posterior, a la zona donde sabe que a esa hora no habrá otro vehículo. Conduce hasta el final del parqueadero y apaga el motor cuando sabe que está bastante lejos de la garita. Ella estira la mano hacia la manilla de la puerta, él la detiene con firmeza, mira por los retrovisores, se cerciora que estén solos.

—No hace falta salir. Hablemos aquí —dice, sin mirarla—¿Qué necesitas de mí?

Carmulena traga saliva. No entiende por qué no pueden hablar afuera. Le cuesta estar en el habitáculo, saturado por una mezcla de sudor, cebolla y aromatizante barato. El encierro en la penumbra artificial, le provoca claustrofobia y abatimiento. Por más que intenta, no sabe cómo abordar la situación. Todo le abruma.

—¿Entonces? —insiste él, con voz seca.

La incomodidad y presión le lleva a hundir una uña sobre la cicatriz de su muslo derecho y rasguñarla con sutileza.

—No sé cuánto te haya contado Inesita... —dice con voz que se quiebra.

—Nada. No me dijo nada —interrumpe Humberto, tajante.

Respira profundo, intenta reunir fuerzas. No es fácil, está por contarle a la policía algo que nadie debe saber. Algo que se juró ocultar.

—Antes de comenzar, necesito saber que puedo confiar en ti, Humberto. Lo que diré, es algo que no quisiera contar. Y seguramente a ti no te interesa conocer. —admite, esperando su comprensión.

—Mijita, en ese trabajo he visto de todo. Hable nomás, y ya veremos cómo nos arreglamos— responde Humberto, con ironía. Se concentra en frotar con saliva una mancha de ají arriba de su pantalón.

—¡Necesito fumar! —exclama, e intenta abrirla.

El clic del seguro automático la interrumpe. Humberto bloquea los pestillos desde el mando central.

Le sudan las manos. Mira aterrada el seguro bloqueado.

No puede creer que ese longo con uniforme la tenga encerrada. ¿Y si no acepta? ¿Y si la entrega? ¿Y si la está grabando? Todas esas preguntas pasan por su cabeza.

— No perdamos más tiempo ¿Me lo vas a decir? —reclama, ya sin paciencia.

El gesto fraternal con que solía tratarle ha desaparecido. Ya no es el mismo de siempre, el que intenta lucirse frente a Frank ni el que suelta los peores chistes para romper el hielo. Está frente al teniente coronel: el distante, el implacable y dueño absoluto de la situación.

Le retumban las sienes. Se muerde el labio. Lo sabe: o habla, o se hunde. Desconcertada. El guion armado en su cabeza se desmorona. Aun así, intenta imponerse. Habla del accidente desde la inocencia, lo presenta como una tragedia hacia ellos. Donde su hijo es la víctima y exige justicia para él. Justifica su presencia, su decisión de acudir a él y no a otro, apela al gran vínculo que han construido. En cada pausa, su mano regresa al muslo, busca el dolor original.

Humberto no cambia la postura, a Carmulena le cuesta interpretar el silencio de su mirada que está más entretenida en la vaya de tupirrosas que en su discurso. Quiere que al menos mueva la cabeza y la regrese a ver. Necesita de su compasión.

—Es muy grave lo que me cuentas, Carmulena —advierte—no sé por qué pensaste que acudir a mí sería buena idea.

El comentario la sacude y la desarma. Aunque las lágrimas descienden por su rostro, está decidida a convencerlo.

—Tienes razón... No debí venir. Pero ¿quién más que tu podría ayudarnos? —aduce— ¡Eres un gran hombre! Pensé que, por el cariño que les tenemos a ti y a Inesita, nos darías una mano.

El nombre de su esposa queda flotando en el aire como una deuda moral.

—No metas a mi mujer en esto. Así no se manejan las cosas. Acá hay leyes, procedimientos. No es cuestión de favores.

—Lo sé —responde ella, con sorna—. Te escuché hablar por teléfono.

Humberto gira el rostro. Es la primera vez que la mira desde que entraron al auto. La tensión se instala entre ambos.

—¿Qué quieres decir?

—Nada que no sepas. Veo que las leyes se aplican según convenga. Según lo decidan.

—Cállate. No sabes lo que hablas.

Él se pone rígido. Su mano busca la radio del vehículo, pero no la prende. La conversación, áspera y cargada.

—Lo único que sé —dice ella, alzando la voz por primera vez— es que mi Borichi es todo lo que tengo. No quiero que le destruyan la vida. Si decides dejarlo solo... Podría contar lo que escuché.

Humberto suelta una leve sonrisa.

—Mijita, sí que tienes agallas a amenazarme. ¿Crees ser la primera?

—No es una amenaza —corrige Carmulena—. Es una súplica. Necesito tu ayuda, debo saber qué pasó con el muchacho. Sólo eso. Te la compensaré, sabes que lo haré.

Humberto ríe con fastidio.

—Por eso me aseguré de venir sola, sin avisar a nadie. Ayúdanos por favor. Estamos juntos en esto, ¿verdad? —pregunta, al bajar la voz.

Ante la falta de respuestas, ella intenta mantener la compostura. Se acomoda en el asiento y reclina un poco el respaldar. Siente que va a desvanecerse. Para disimular la picazón creciente en el muslo, apoya el brazo en el marco de la ventana. Mira a Humberto tamborilear los dedos sobre el volante e inclinarse hacia el retrovisor.

—¿Sabes que esto puede costarme la carrera? Casi me quemé una vez por cubrir a un idiota. Esto no es un juego, Carmulena.

—Te entiendo, se lo que pido. Pero... —se toma un momento—. Tú lo dijiste: has visto de todo y se te hará sencillo.

Las suplicas hacen que el dolor en el muslo le penetra y recorre por ráfagas cada centímetro del cuerpo. Por más que sufre, también disfruta.

Humberto baja la ventana. El aire del medio día entra como una liberación. Se escucha a niños jugando pelota. Afuera del habitáculo la vida continúa a pesar de la encrucijada que se vive dentro. Luego el policía golpea el volante con el canto de la mano.

—Si fuera sencillo, todos lo harían.

—Por eso estoy dispuesta a compensarlo. Entonces... ¿qué hacemos, Humberto?

—Esto te va a costar.

—Lo necesario— responde ella todavía envalentonada.

Humberto baja del 4x4, toma su celular y se aleja. La puerta se cierra con un golpe seco que libera a Carmulena. Respira como si fuera su primera vez después de emerger de un naufragio. El aire entra con violencia, ella jadea, suelta la adrenalina acumulada. Se deshace de todo: la rabia, la vergüenza y el miedo. Baja por completo la ventana. No soporta el tufo acumulado. Nota que el poliéster oscuro de su pantalón está húmedo. Baja la mirada y hay una mancha que cubre su muslo. No es sudor, no es por el calor. Saca un

pañuelo de papel del bolso y se limpia. Apenas roza la tela una descarga eléctrica le atraviesa el cuerpo. El chillido sale de lo más hondo, involuntario.

Desde fuera, Humberto da una mirada con gesto confundido. Ella se asoma por la ventana, esboza una sonrisa. —No es nada— y hace señas para que continúe en lo suyo. Extrae otro pañuelo. Esta vez lo coloca sutilmente y con lentitud. No lo presiona. Deja que la fibra absorba el ardor que como agujas le brota por los poros. Se recuesta un poco más. Cierra los ojos. Respira el sufrimiento, lo deja entrar. Cada ráfaga recorre su cuerpo como si lo reescribiera. Disfruta las punzadas que tallan una nueva piel por dentro tanto que se anima a presionarla. No retira la mano, la mantiene firme. El calor sube y se expande. Gime con un sonido casi animal que la descoloca. Un latido oscuro, poderoso, íntimo.

Exhausta, regresa su atención hacia Humberto, quien continúa al teléfono. Decide esperarlo paciente. Ha sido suficiente y deja de tocarse la herida. Enciende la radio. Está sintonizada una emisora de fútbol. Se acuerda de los banderines del Deportivo Quito colgados en el despacho y se compadece. Lo considera un ordinario. Cambia de dial en dial hasta que da con una emisora que reproduce a Miguel Bosé. Se reincorpora con pausa sobre el asiento, busca sus cigarrillos en la cartera y sale del vehículo.

El aire puro le recuerda nuevamente a Zuleta. Cómo quisiera volver a ese tiempo de niña donde su mayor preocupación era levantarse a las cinco de la mañana para ir a clases en Cayambe. Enciende el cigarrillo y, tras la primera calada el humo juega con ella y las tupirrosas. Deja al teniente coronel con el asunto y se aleja, rodeando la cerca. A lo lejos, un grupo de niños que corre tras de una pelota. La escena le recuerda a Boris. A pesar de su corpulencia, cada año sus amigos le otorgaban la camiseta con el número diez impresa. Reconocimiento más que merecido.

Escucha y un pitido y tras de él su nombre. Está la mitad del cigarrillo, le da una pitada larga, no se conforma, lo hace de nuevo. Acto seguido lo lanza y entierra con fuerza en la tierra seca. Regresa a paso rápido. Encuentra a Humberto apoyado en el costado con el celular en la mano. Nota su impaciencia.

—¿Cómo esperas que te ayude si te vas? —le reclama, fastidiado—. Súbete, nos vamos.

No le responde. Prefiere callar y escuchar. Espera a que Humberto le cuente, pero por los sonidos que hace, se da cuenta que está molesto por el cambio de emisora. Deben esperar hasta que la ubique de nuevo y sólo cuando la encuentra enciende el vehículo. No lo lamenta, sí se arrepiente haber dejado el cigarrillo a la mitad.

Carmulena mira por la ventana mientras el auto avanza. La canción de Bosé ya no suena, ahora escuchan una discusión entre comentaristas acerca si se le debió o no cobrar un penal al Deportivo Quito el fin de semana anterior. No le gusta el fútbol y se está impacientando. Aún así no pregunta, no hasta que sepa que él esté más tranquilo.

—Listo—comenta de repente, Humberto—lo sabrás. Debes llamar a este número el miércoles, después del mediodía. No antes. Anótalo.

Por la rapidez que lo repite, se da cuenta de que no es un número desconocido para él. Debe sacar el primer papel que encuentra en la cartera y registrarlo.

—¿Yo tendré que llamar? —pregunta, confundida.

—¿Qué esperabas? ¿Qué yo lo solucione? Ellos te darán razón, ya saben qué hacer.

—¿Y si no contestan?

Humberto no responde. Levanta el volumen. Se fija en el retrovisor que nadie los sigue al salir por la avenida Moran Valverde. Ella siente verdadero miedo. Esperaba a que él la ayude y todo quede entre ambos. Hablar con un extraño y confiar en que no la delate es demasiado. Saca un nuevo cigarrillo de su cartera y lo enciende. Humberto la mira con displicencia, pero no reclama y acelera.

Al llegar al distrito el polvo entra por la rendija de la ventana. Estacionan el auto y antes de bajarse le dice:

—Sí te va a contestar. Sabe que yo te envío. Déjalo trabajar y al final le das mi parte.

No le gusta esa respuesta. Ahora ella es la que no quiere salir del vehículo

—No quiero que me vuelvas a contactar por esto. Te arreglas con él.

La llamada - miércoles 6 noviembre

El barrio, enmarcado por frondosos eucaliptos, tiene más de la mitad de los solares baldíos. El tránsito es tan escaso que, al llegar un auto, los perros de las guachimanías enloquecen, y sus ladridos se convierten en anuncio de un nuevo visitante. La novedad sacude la quietud de los pocos vecinos que se precipitan hacia las ventanas, motivos por una curiosidad casi infantil.

Para Carmulena, cada nuevo ladrido es un sobresalto que la paraliza. Aunque quisiera acercarse a mirar, su cuerpo, de apenas cuarenta kilos, parece de pronto cuadruplicarse y enraizarse al parquet. No importa si es el vecino de siempre o una moto que entrega una encomienda en la casa de enfrente: el pensamiento que le atraviesa es siempre el mismo. *Es la policía*, murmura con un tono apagado, como si ese hilo de aliento le robara diez años. Imagina que, por fin, han resuelto el caso y vienen a buscar a su hijo. El timbre nunca suena, pero la espera jamás cesa. No puede evitarlo. Han transcurrido más de dos semanas desde el incidente, y la calma es esquiva para los integrantes de la Familia Guerra. Es miércoles, el día que debe llamar al número que le entregó Humberto.

Boris almuerza con impaciencia el caldo de patas que Carmulena compró para evitar cocinar. Verlo sorber el hueso con tanta vehemencia, respirar agitado y chupar con ansiedad le provoca tal repulsión que le quita el apetito. Prefiere cederle su tarrina, que ya muestra una capa de nata gelatinosa. La calienta en el microondas y le deja sobre la mesa.

—Sírvete tú, mijito. No me siento muy bien— dice, mientras se acaricia el estómago.

Boris sonríe y apodera de la segunda porción. Carmulena abandona la cocina y sube a su habitación. Cierra la puerta con seguro y toma el teléfono inalámbrico. Del cajón del velador saca el papel arrugado donde tiene anotado el contacto, escrito con su temblorosa caligrafía. Duda. Le cuesta creer que, tras ese número, se esconde la respuesta que tanto teme y desea conocer.

Quita el seguro y sale de la habitación. Se asoma al descanso de la escalera, con la esperanza de que Boris la llame desde abajo, que le pida algo, cualquier cosa, y así postergue la llamada. Pero su hijo no se ha movido de la silla. Está por vaciar la segunda tarrina del caldo.

Lo escucha, como antes, con los mismos sonidos. La repulsión le estalla de golpe. Corre de nuevo hacia el cuarto.

Finalmente se decide y marca. Uno, dos, tres tonos. Está a punto de cortar cuando del otro lado alguien contesta. No hay palabras, solo escucha la estática. Ella no cuelga. Tampoco habla. Espera.

Una voz ronca rompe el silencio:

—Serán mil dólares —pide con frialdad quien está detrás del auricular.

Son las últimas palabras que esperaba oír. Aunque no le importe el dinero, Frank deberá encargarse, la petición la desconcierta. Algo en la forma de hablar del policía la inquieta profundamente.

Entra al baño y cierra la puerta con cuidado. No quiere que nadie la escuche. Asegura el pestillo, se mira en el espejo, y luego responde en voz baja:

—No hay problema. Pero... cuénteme, ¿qué pasó con el muchacho?

—Perfecto. Nos vemos en media hora en el parque de la Concepción. ¿Lo conoce?
—responde, ahora con un tono forzosamente cordial—. Lleve el dinero en un sobre.

Carmulena aprieta los labios. Una sombra de duda le recorre el rostro. La ausencia vuelve a instalarse entre ambos. La idea del encuentro la inquieta: no conoce a ese hombre, no sabe si realmente sea de confianza. ¿Y si es una trampa? Ella imaginó que todo se resolvería por teléfono, no en un parque y sin Humberto de por medio.

Ante la falta de una respuesta, la voz al otro lado recupera el tono seco del inicio:

—En los juegos infantiles, frente de la cancha de fútbol.

—No tengo esa cantidad conmigo. Tendré que ir al banco— es lo único que logra articular, buscando ganar tiempo y aclarar sus ideas.

— En una hora, entonces. Vaya con la plata.

Y sin más, cuelga la llamada. No le da espacio a responder. Carmulena baja lentamente el teléfono. Siente que el suelo se desplaza bajo sus pies. Apoya las manos en el lavamanos. No puede darse el lujo de paralizarse. Tiene una hora. Debe moverse. Con el estómago anudado regresa al dormitorio. Va directa hacia la cómoda y saca de su cartera una pequeña llave. Abre el único cajón que tiene cerrojo. Entre papeles doblados, sobres y fotografías, encuentra la libreta de ahorros de la cuenta conjunta que mantiene con Frank. Revisa el último movimiento. La guarda con cuidado y sale.

Conoce bien el parque. Es el punto de encuentro de los partidos de fútbol de Boris; lo ha llevado allí decenas de veces. Sin embargo, ahora le parece más gris de lo habitual. Las copas de los árboles se agitan con un viento tenso que arrastra la polvareda y levanta

pequeños remolinos en la cancha de tierra y los brotes de hierba que todavía están en los bordes. Los bancos de hierro están sucios, llenos de polvo, y la pintura descascarada de los juegos infantiles apenas conserva su color. Todo tiene un aire de abandono.

No hubo mayor fila en el banco, lo que le permite llegar con diez minutos de antelación. Aparca en la acera. El parque parece quieto. Dos niños juegan en un rincón con una pelota desinflada mientras su madre los vigila desde una banca cercana. Nada parece fuera de lugar, salvo el sobre que aprieta contra su pecho, y que marca aún más su delgadez.

Escanea el sitio en busca de un patrullero o algún vehículo oficial. No hay más autos estacionados. Suspira. Abre la puerta del vehículo, y el viento la sacude. Camina despacio, bordea la cerca metálica hasta dar con una entrada; debe hacer fuerza para levantar el picaporte oxidado, que chirría en señal de alerta, su llegada.

Se instala en la banca frente a los columpios, como le indicaron. El frío del metal se le cuele por la ropa. La madre de los niños ocupa la banqueta contigua, Y hojea una revista. Carmulena la observa. Por un instante, cree que ella es la persona que le dará la noticia. Intenta leer señales en su expresión, en el modo en que pasa las páginas, en cualquier gesto. La mujer, incómoda por las miradas insistentes, levanta la vista y le dedica una sonrisa breve, educada, antes de volver a su lectura.

Se siente ridícula. ¿Cómo pudo pensar eso? Se avergüenza de sí misma. No reconoce quién es ahora, ¿cómo pudo dudar de una madre? *No puedes ver el mal donde no existe*, se dice, furiosa, por exponerse, por todo. Reprimida, recompone el gesto, devuelve una sonrisa seca a la mujer y se pone de pie.

Entonces, lo oye: unos pasos se acercan por la grava. Lentos, firmes. No se atreve a girar la cabeza. El sonido se detiene justo detrás de ella.

—¿Señora Guerra?

La voz es seca. Sin presentación. Masculina, pero sin peso. No suena a policía.

Se da la vuelta, con el corazón encogido, y lo ve: es un hombre bajo, de orejas grandes, gafas oscuras que cubren casi medio rostro y un uniforme policial que le queda grande. El conjunto es ridículo, casi cómico. Y, sin embargo, allí está. Una mezcla de torpeza e impunidad. Le cuesta creer que ese hombre le haya robado el sueño los últimos días.

—De Guerra —corrige, en un intento de recuperar la dignidad arrebatada.

El hombre no se inmuta.

—Demos la vuelta. Camine —ordena sin darle opción.

Lo acompaña. Se alejan de la madre y los niños, en busca de un apartado. Cuando están lo bastante lejos, el hombre pregunta:

—¿Lo trae?

—Sí, lo tengo acá —responde ella, y muestra el sobre apenas unos centímetros—. Usted trabaja con Humberto, ¿verdad? — quiere asegurarse, usar el nombre de Humberto para que le garantice algo de control.

Él chasquea la lengua, impaciente, con el rostro fastidiado por la obviedad.

—No hay tiempo para eso —contesta molesto, como si ya hubiese repetido esa frase demasiadas veces—. Entréguelo.

—¿Está vivo?

El hombre sonríe apenas, un gesto torcido e incómodo. Se rasca la oreja con insistencia. Ajusta las gafas oscuras que le cuelgan torcidas en la nariz. Luego señala con la barbilla en dirección a la cancha de básquet.

—¿Ve ese carro? —pregunta, sin esperar respuesta—. El Volkswagen verde, detrás del aro. La ventana del conductor está abierta. Camina hasta allí, lo lanza dentro... y vuelve. Después hablaremos.

Carmulena entrecierra los ojos, desconfiada. Fija la vista en el bólido. La ventana polarizada trasera marca una película blanquecina que denotar estar empañada. Un detalle que le enciende todas las alarmas. No necesita más para saber que algo no cuadra. Automáticamente, piensa que es una trampa.

—Si tanto quiere el dinero, tenga. — responde con iras—. ¡Tenga! —Saca el paquete con brusquedad, temblando, y estira el brazo para entregárselo. Lo odia. Lo odia a él, al parque, al aire espeso que la rodea, y a sí misma por estar en esa situación miserable.

Él deja de sonreír. Un gesto descompuesto e incómodo como los botones del uniforme mal abrochados le invade.

—¿Qué le pasa? ¿Está loca o qué? —protesta, rascándose la oreja con más violencia—. ¡Guárdelo! —Le toma la muñeca con torpeza, y empuja el sobre de vuelta contra su pecho, obligándola a guardarlo en el blazer.

Se acerca hacia ella, tan cerca que Carmulena puede oler el sudor del cuello de su camisa. Baja la voz, grave, afilada:

—Si quiere respuestas, señora De Guerra... —hace una pausa larga, carraspea exagerado—. Hará lo que yo le diga. ¿O prefiere que le cuente a otro lo que sé?

La humillación le sube por la garganta, caliente, amarga. Traga saliva. El hombre retrocede, se rasca la oreja una vez más y, con una sonrisa torcida que ya no es torpeza, sino amenaza, remata:

—No se busque más problemas, señora Mosquera de Guerra. No sea tonta. Deje el sobre que acá conversamos — apela con un tono entre cordial y amenazante.

Sin otra opción, se aleja del sujeto, que se apoya con desgano a un joven arrayán. Despotrica contra él, quería que la acompañara. No soporta la idea de acercarse sola al vehículo. Cada pisada pesa mil miradas. Mira a los niños, todavía entretenidos con la pelota. Luego, inevitablemente, sus ojos se clavan en la madre. La envidia, allí sentada, ajena de todo, distante del juego, concentrada en la lectura. Desearía que una ráfaga le arrancase la revista y esa parsimonia prepotente que tanto la irrita desde hace días. Daría todo lo que fuera por ser ella. Por volver a esos tiempos en lo que lo más complicado era frotar las rodillas rasmilladas de Boris o tener lista la leche chocolatada cuando regresaba de jugar fútbol con los vecinos. Donde podía sentarse en una banca de parte y perder su mente en las páginas brillantes de la última revista *Cosmopolitan*, sin miedo a visitas inesperadas, ni envoltorios. Libre y absorta. Odia a esa madre y todo lo que representa. La odia con una violencia que se sorprende. Es un espejo cruel de lo que fue y de lo que está perdiendo.

El paso es lento, como toda la espera. El paquete seguro contra el pecho. El esperpento con las gafas torcidas expectante. Ella, a pesar del viento helado, con sudor de espalda. Avanza. El Volkswagen está sucio, descuidado. La ventana del conductor permanece entreabierta, tal como él le dijo. Al acercarse, percibe un olor rancio. Algo se mueve dentro, tal vez es su imaginación. Esta lista para correr hacia su vehículo en caso de que se abra una puerta. Se detiene junto a la puerta y saca el sobre del bolsillo con precaución, como si fuese un tesoro. Casi se resbala el papel por el temblor de los dedos. Acompañada por el eco lejano de los niños, estira la mano y lo ingresa dentro de la abertura. Da un paso atrás, todavía con la mano extendida, a la espera de que de un momento a otro alguien salga, la tome del brazo y todo termine todo allí.

No ocurre nada. Ningún movimiento, ninguna voz. Gira y apura el regreso. La rabia sostenida es invadida por un vacío desconocido. Sabe que, a partir de allí, no habrá marcha atrás, es formalmente es cómplice del accidente de su hijo.

—¿Vio que no pasó nada, señora Mosquera? — la provoca el hombre con cinismo —Qué frío, ¿no? Acá al frente venden café con humitas.

Él abandona la sombra del arrayán y se dirige tranquilamente hacia el local señalado. Carmulena, agotada, harta de todo, se planta en el sitio y lo encara.

—¡Ya le di lo que quería! ¿No piensa decirme lo que sabe?

—Primero el café— dice sin mirarla, ya caminando.

Al llegar, le toma el brazo con brusquedad, deteniéndola justo antes de cruzar la puerta.

—No — ordena con todo seco, más autoritario que antes—. Pida para llevar. Dos capuchino y cuatro humitas para mí y para usted lo que quiera.

Le abre la puerta con falsa cortesía, se hace a un lado y la deja pasar. Antes de cerrarla, le lanza:

—Por favor, dígales que paso despuesito por lo mío. Gracias.

Carmulena reprime las ganas de escupirle a la cara. No está allí para obedecer caprichos, ni ser criada de nadie. Visiblemente molesta ingresa, cruza el umbral del local. Le invade el olor a café recién hecho, lejos de reconfortarla aumenta su malestar. No pide, exige lo solicitado con urgencia.

Al salir, lo encuentra apoyado sobre el marco de cemento, rascándose la oreja, con el mismo gesto torpe de antes. Respira hondo.

—¿Sabe qué? Se me olvidó decirles que venía luego. Tenga —le extiende la funda—. Así que, si quiere que le guarden, vaya usted mismo a pedirlo.

Por primera vez, el gesto del hombre se desarma, se muestra descolocado. Lanza una maldición entre dientes y entra al local arrastrando los pies. Ella lo observa con una sonrisa agria, sin alegría, pero con satisfacción de devolverle el desprecio.

Regresan al parque. Carmulena está cansada del juego y fingir obediencia. Cuando considera estar lo bastante lejos de oídos curiosos, se planta de frente.

—Entonces, ¿qué averiguó?

Él no se apura. Parece saborear el momento. Luego, finalmente, deja caer:

—Tiene suerte señora, Mosquera.

—De Guerra. Carmulena de Guerra—le corrige ella.

—Si le cogen, apenas se comerá tres años—continúa el policía sin hacerle caso.

La frase le cae encima, densa y sofocante como un ladrillo. ¿Suerte? En esa situación, la suerte ha estado en contra desde el primer momento. Todo desde aquella mañana ha sido una caída sin fondo. Nadie podría llamarle suerte a lo que están viviendo.

—¿Qué quiere decir? —ruega una respuesta, ahora sí con la voz quebrada, incapaz de ocultar el estremecimiento.

El hombre se encoge de hombros, casi divertido por su reacción.

—Que está vivo, pues, señora Mosquera.

Vivo. La palabra invade su pecho. Es la que más había esperado. Por un instante, el odio se disuelve. Una punzada cálida le recorre el estómago. Mezcla de alivio y vergüenza. Ha pasado noches enteras imaginando funerales, policías en la puerta, titulares en los periódicos. Ahora, al fin, tiene algo que aferrarse. Lo demás no importa.

El hombre no le permite quedarse en ese consuelo.

—No sabemos por cuanto tiempo— comenta, con un tono cargado de duda—, está en estado crítico. —Continúa más incisivo.

—Y ahí serían unos siete años, mínimo. Claro si el chico muere, y encuentran a su hijo.

—No—responde aterrada, trata de mantener la compostura—. No va a morir. Basta. No le pagué para que me asuste.

—Si no quiere mi ayuda, me limitaré a decirle lo que sé—responde molesto.

—Concéntrese en eso— exige, con los puños tensos.

El hombre suelta lo que guarda.

—Se llama Hans Ñacato Chantó.

Escuchar el nombre le da cuerpo al miedo. Una identidad que deja de ser ente, un rostro con ojos apagados que se postran ante ella desde una camilla. Le desborda la emoción. Deja de contenerse. Baja la mirada para que él no vea las lágrimas que arrastran su maquillaje.

Él sigue. Disfruta al exponer los detalles.

—Tenía veinte y cuatro años —dice el error con malicia—. Está en la UCI del hospital del sur desde que su hijo lo atropelló. Y, como le dije... es más que seguro que no salga.

—¿Y qué saben de Boris? —pregunta, forzando las palabras.

—¿Boris?

—Mi hijo. ¿Qué saben de él?

El hombre se encoge de hombros, indiferente.

—Solo me mandaron a averiguar del otro.

El viento sopla, hace más frío. Al otro lado del parque, la madre de los niños se incorpora, recoge las chompas y camina hacia ellos. La revista queda olvidada encima de la banca. Carmulena la observa en silencio a la espera de lo que viene.

Jueves 7 noviembre

Un leve olor a café rancio y medicamentos impregna el aire. Un viejo calefactor ruge a sus pies. El escritorio, cubierto de papeles y una vieja computadora que parpadea, es su reino. Desde allí, el recepcionista vigila, archiva y murmura.

La puerta del ingreso al hall de emergencias no descansa. Oscila al vaivén de los folders de historias médicas que Henry recibe y regulariza. Es media mañana; los ingresos superan con creces a las salidas. El caos, sin embargo, está controlado. La costumbre amortigua al espanto.

Henry hojea y registra los expedientes médicos uno por uno, con desgano. La libreta de tapas duras y bordes doblados, descansa a su lado. En la primera página, escrita con tinta azul, puede leerse: Procedimientos y cirugías. Esa libreta es lo único que le motiva a seguir con su trabajo. Cuando encuentra algo que le interesa, la abre en la sección correspondiente y anota su hallazgo. Luego, le da seguimiento hasta que el caso se cierra o presenta algún cambio significativo.

Sección Mamitas: Fecha: 07/11/2002. Registro número: 34. Pronóstico: Sin registro. Diagnóstico: Aborto séptico. Edad:25. Nombre: Zulema. Notas: Qué guapísima, un desperdicio.

Se relame los labios y continúa con los expedientes hasta que otro llama su atención:

Sección Los Casi Casi: Fecha: 07/11/2002. Registro número: 356 Pronóstico: Reservado. Diagnóstico: Neumonía severa Edad:78. Nombre: Manuel Naranjo. Notas: 3 días, no pasa del fin de semana (doc. Pontón).

Aprovecha para repasar el listado completo de esa sección, la que más le interesa. Revisa hoja por hoja, se asegura de que los nombres, sin tachar, pertenezcan a los internos. Es un trabajo largo. De los cuatrocientos treinta y seis registros, diez permanecen con el nombre intacto. Conoce el destino de algunos y los marca con un punto a lado. A los que no recuerda, los señala con dos puntos.

Cierra la libreta de golpe al escuchar pasos que se aproximan. La fotografía en el gafete se balancea de un lado a otro por el movimiento brusco.

—Disculpe... buenos días —saluda una voz quebrada y casi inaudible—. Soy... —toma aire— la madrina de Hans Ñacato.

Frente al mostrador de Henry, Carmulena se sostiene con una postura condescendiente, con los hombros caídos y una leve joroba que le aparentan fácil diez años más. La cara lavada resalta el cansancio de cruzar nuevamente la ciudad desde el norte hasta ese sur hostil, con su tráfico espeso y las calles plagadas de vendedores ambulantes en cada semáforo.

La observa desde su cubículo. Hace una mueca que finge cortesía. En realidad, desea despacharla rápido, quitársela de encima. Por la rendija de la puerta de emergencias, ve pasar un vendedor de cevichocos empujando su carrito.

—¿Ñacato? —pregunta él, incorporándose, la camisa apretada que le tira de los botones.

Carmulena baja ligeramente la mirada, tal lo ensayado.

—Hace años que no los veo. Estamos... distanciados. —titubea, con ese tono agudo y tembloroso que practicó en el camino—. Me dijeron que está muy malito... —respira profundo—y lo tienen acá.

Escuchar la palabra *malito* enciende algo irresistible en Henry. El diminutivo le encanta y hace que preste mayor interés en lo que dice la mujer.

—¿Cómo se encuentra mi Hansito? —insiste con prudencia, se inclina levemente sobre el mostrador—. Es mi ahijado favorito. No quiero problemas con la familia... pero... ¿alguien ha venido hoy?

Henry levanta una ceja. Huele a pleito familiar. Deja las llaves del cubículo en el bolsillo. El cevichocho tendrá que esperar. Se sienta de nuevo, activa la computadora. En sus lentes se reflejan figuras y líneas verdes sobre fondo negro. Teclea con torpeza.

—¿Me repite el apellido?

Ella obedece. Él revisa la información, da varios clics hasta que abandona el teclado. Toma su libreta. Busca la sección de *Los Casi Casi* hasta encontrarlo, tiene un punto marcado a lado de su nombre:

Fecha. 25/10/2002. Registro número: 329 Pronóstico: Reservado. Diagnóstico: TEC severo. Craneotomía pendiente. Edad: 24. Nombre: Hans Ñacato. Notas: Paramédica gritona. Visita policías (dos veces).

Posterior a los gendarmes, anota: *Bronca familiar, madrina aparecida.*

El calefactor resopla con un zumbido bajo. Henry muerde el esfero mientras la observa.

—¿Y dice que no lo veía hace años? —insiste, balanceándose en la silla.

—Solo vine a saber cómo está. No quiero líos. —hace una pausa, baja la mirada—. Si me ve la madre, será un desastre.

Henry disfruta por dentro. Podría mandarla por el pasillo equivocado... pero no. Cuanto más enredada es la historia, más entretenimiento es el turno.

—Lo siento. Esa información es confidencial. Solo se brinda a familiares.

Carmulena visiblemente incómoda, se acerca un poco más hacia él. Levanta el rostro y lo sostiene con determinación.

—Será un escándalo —susurra casi sin mover los labios— problemas de alcoba — admite mirando con sigilo a su alrededor.

Saca un billete doblado del interior del cárdigan y lo deja sobre el mostrador con suavidad.

—Por favor—suplica.

El recepcionista observa el billete. Suspira. El cevichoco puede esperar. Pero un caldo de manguera con *Coca Cola* de litro para el desayuno... eso es otra cosa.

—No los quiero molestar en este momento —insiste ella y desliza otro billete sobre el tablero — hágame ese favor.

Sus ojos coquetos acompañan al movimiento. Se pasa la lengua por los labios, se acomoda la camisa y antes de abandonar el esfero, marca un signo de dólares sobre las notas de Hans.

—Bueno... todo sea por evitar un escándalo —afirma con complicidad, Henry.

Para no ponerse de pie, guarda el dinero en el bolsillo trasero del pantalón, realiza varios movimientos toscos que provocan en Carmulena una leve risa. Por suerte para ella, no se percata del gesto.

Perdido en el detalle de la historia médica, reconoce a Ñacato. Es el responsable de que el doctor McKenzie, jefe de la UCI, le reprendiera. Aquel bastardo al que quiso mirarle los sesos y que casi le introduce un dedo dentro del cráneo. La risita se disuelve. Su rostro se esconde tras la pantalla. El morbo regresa con la intensidad del bochorno y la vergüenza por el agravio. Necesita un momento. Los clics incesantes del mouse se convierten en su coartada.

Después del último clic, la impresora matricial chirría con su ritmo metálico y constante. El zumbido lo cobija. Aclara la voz. Como si también él llevara una bata blanca, pronuncia con solemnidad cada término médico que aparece en la pantalla monocromática.

—Craneotomía pendiente, presión intracraneal elevada, respuesta pupilar disminuida.

Las pausas son largas, como lo haría un especialista al dar el parte. Interpreta los conceptos y expone, con sus propias palabras, lo poco que entiende. Lanza comentarios correctos y desacertados, eso sí, todos con tono agravado. Se esfuerza por parecer uno más del equipo de galenos del hospital del Sur.

—Probabilidades de recuperación... inciertas. Pronóstico reservado —sentencia. Mira de reojo a Carmulena, a la espera de su aprobación.

Aunque ella se ha perdido en ese discurso confuso, le queda claro que la situación Hans es sumamente grave.

—Gracias a que lo atendió el doctor McKenzie —añade—, su ahijado, ese... joven, sigue con vida.

Lo dice con convicción, en un intento por redimirse con su jefe, a quien ha evitado desde el incidente. Y no consigue borrar de su memoria la fragancia a éxito que lo rodea.

—¿Y ellos? —consulta, desconcertada, Carmulena.

Henry parpadea. No entiende de inmediato la pregunta. Le cuesta procesar a qué *ellos* se refiere. Tarda un segundo en darse cuenta.

—¿La madre? Solo viene ella —responde, con voz apagada.

Carmulena se muestra triste, como si la respuesta le despertara un recuerdo lejano. La expresión de la mujer desarma momentáneamente a Henry quien, sin que se lo pida y queriendo saciar su propia curiosidad, continua.

—¿No tiene padre, verdad?

Ante la sorpresiva pregunta, retrocede un par pasos del mostrador. Intenta que su sobresalto, su nerviosismo parezca simple molestia por el comentario desatinado. Necesita retomar el control de la conversación. Sin mirarlo directamente, responde con tono cortante y ademanes exagerados:

—Por favor, no me saque ese tema. Ya le dije que tuvimos problemas por eso.

Henry sonríe. Considera que ha comprobado su punto. Asiente y con la confianza ganada y seguridad vacilante suelta:

—Sabía que desapareció hace mucho tiempo. Era un alcohólico. La misma señora Delia me lo contó.

—Pobrecita... —murmura Carmulena, como para sí.

Suspira aliviada. Con la confesión imprevista del Henry le confirma que logró encarrilar el diálogo a su favor. Se entusiasma: el recepcionista se ha abierto más de lo

previsto. Es una gran victoria. No puede dejar pasar la oportunidad. Saca el último billete doblado del bolsillo y, sin que el otro lo espere, lo desliza con disimulo sobre el tablero.

Las preocupaciones de quienes están en la sala de espera no les permiten ser testigos del acto indecoroso. El zumbido del calefactor se mezcla con el goteo inconstante de una tubería oxidada. Henry sube el volumen del pequeño televisor que repite una vieja telenovela.

—¿Y está sola? ¿Nadie más la acompaña? —repite, con voz suave—. Quisiera que estos detalles me los comente con la mayor discreción.

Henry se acerca un poco, como si se confesara.

—Claro, mi señora linda. Delo por hecho. Le cuento que, a veces, viene con unas vecinas. Gente mayor. Ellas le suelen ayudar con los pasajes del bus.

Ella le mira fijamente a los ojos con la intensión de que continúe con el resto de los detalles.

—Casi siempre viene por la mañana. Y si puede, regresa para el horario de visitas de la tarde. Se queda hasta que la echan. Es lo que le podría contar.

Asiente con un gesto breve, como si ya supiera todo lo que necesitaba. Agradece una vez más, y antes de dar la media vuelta y alejarse con paso lento, le pide un último favor.

—Si sabes algo más... cualquier cambio, por pequeño que sea... ¿me avisarás? Aquí te dejo mi número.

—Claro que sí.

—Es un consuelo hablar con alguien que lo ve cada día... Me ayuda a sentirme menos inútil.

En la libreta de Henry, junto al nombre de Hans y símbolo de dólares, se anota una nueva observación con letra inclinada: *Madrina rara, pero paga bien.*

Espera hasta que ella desaparezca por completo, toma uno de los billetes que le entregó y atraviesa el piso recién encerado con dirección a la puerta de salida.

Lista de referencias

- Coetzee, J.M. 2022. *Desgracia*. Barcelona: Penguin Random House.
- Coetzee, J.M. 2009. *Hombre lento*. Barcelona: Penguin Random House.
- Oé, Kenzaburo. 2015. *Una cuestión personal*. Barcelona: Anagrama.
- Shweblin, Samanta. 2015. *Siete casas vacías*. Madrid: Páginas de espuma.
- Maldonado, Lucrecia. 2005. *Salvo el calvario*. Quito: Planeta.
- Rúales, Huilo. 2011. *Qué risa, todos lloraban*. Quito: Eskeletra.
- Toole, John Kennedy. 2006. *La conjura de los necios*. Barcelona: Anagrama.
- Ibargüengoitia, Jorge. 2024. *Dos crímenes*. México. A. Machado Libros.
- Highsmith, Patricia. 2022. *El talento de Mr. Ripley*. Barcelona: Anagrama.
- Fitzgerald, F. Scott. 2006. *El gran Gatsby*. Madrid: Mestas ediciones.
- Carrere, Emanuel. 2021. *Yoga*. Barcelona: Anagrama.
- Cercas, Javier. 2016. *El punto ciego*. Madrid: Titivillus.
- Bernhard, Thomas. 2006. *El aliento*. Barcelona: Anagrama.